# LECTURAS SOLIDARIAS PARA LA EDUCACIÓN PRIMARIA

Fernando Alonso, «El hombrecito vestido de gris» de *El hombrecito vestido de gris y otros cuentos*, Alfaguara, 1978.

Rafael Alberti: «La niña que se va al mar» en Varios Autores: *Trabajar no es un juego*, Planeta-CEAR, 1997.

Blaise Cendrars: «¿Por qué nadie coge al caimán para meterlo en el agua?» de *Cuentos negros para niños blancos*, Espasa-Calpe, 1988.

Julio Cortázar: «Los venenos» en Varios Autores: *Trabajar no es un juego*, Planeta-CEAR, 1997.

Jaume Escala y Carme Solé: *Los niños del mar*, Siruela, 1991.

Juan Farias, «40 niños y un perro» de *Algunos niños, tres perros y más cosas*, Espasa-Calpe, 1981.

Gloria Fuertes: «La avestruz troglodita» de *Cangura para todo*, Lumen, 1967.

Christophe Gallaz y Roberto Innocenti: *Rosa Blanca*, Lóguez, 1987.

José Agustín Goytisolo, *El lobito bueno*, Edebé, 1984.

Helme Heine: *La perla*, SM, 1986.

Tove Jansson : «Cedric» en Varios Autores: *Cuentos sin edad*. Selección de Enrique Pérez Díaz, Gente Nueva, 1998.

Susan Jeffers: *Hermano cielo, hermana águila*, J.J. de Olañeta, 1993.

Jean Joubert: «Los grandes cazadores de Pulguín y Pulgón» en Varios Autores: *Cuentos sin edad*, Gente Nueva, 1998.

Elvira Lindo: «La paz mundial» en Varios Autores: *Trabajar no es un juego*, Planeta-CEAR, 1997.

Ana Mª Matute, «Los chicos» de *Historias de la Artámila*, Destino, 1961.

Toshi Maruki: *El destello de Hiroshima*, Miñón, 1986.

Gianni Rodari: «La casa de Tres Botones» en Nuria Ventura y Teresa Durán, *Cuentacuentos. Una colección de cuentos... para poder contar*, Siglo XXI, 1986.

Joles Sennell: *La rosa de San Jorge*, SM, 1989.

Úrsula Wölfel: «Campos verdes, campos grises» de *Campos verdes, campos grises. Historias verídicas*, Lóguez, 1981.

Reiner Zimnik: *Los tambores*, Lumen, 1981.

# El hombrecito vestido de gris

Fernando Alonso

Había una vez un hombre que siempre iba vestido de gris.

Tenía un traje gris, tenía un sombrero gris, tenía una corbata gris y un bigotito gris.

El hombrecito vestido de gris hacía cada día las mismas cosas.

Se levantaba al son del despertador.

Al son de la radio, hacía un poco de gimnasia.

Tomaba una ducha, que siempre estaba bastante fría; tomaba el desayuno, que siempre estaba bastante caliente; tomaba el autobús, que siempre estaba bastante lleno; y leía el periódico, que siempre decía las mismas cosas.

Y, todos los días, a la misma hora, se sentaba en su mesa de la oficina.

A la misma hora.

Ni un minuto más, ni un minuto menos.

Todos los días, igual.

El despertador tenía cada mañana el mismo zumbido.

Y esto le anunciaba que el día que amanecía era exactamente igual que el anterior.

Por eso, nuestro hombrecito del traje gris, tenía también la mirada de color gris.

Pero nuestro hombre era gris sólo por fuera.

Hacia adentro... ¡un verdadero arco iris!

El hombrecito soñaba con ser cantante de ópera.

Famoso.

Entonces, llevaría trajes de color rojo, azul, amarillo... trajes brillantes y luminosos.

Cuando pensaba aquellas cosas, el hombrecito se emocionaba.

Se le hinchaba el pecho de notas musicales, parecía que le iba a estallar.

Tenía que correr a la terraza y...

-¡Laaa-lala la la la laaa...!

El canto que llenaba sus pulmones volaba hasta las nubes.

Pero nadie comprendía a nuestro hombre.

Nadie apreciaba su arte.

Los vecinos que regaban las plantas, como sin darse cuenta, le echaban una rociada con la regadera.

Y el hombrecito vestido de gris entraba en su casa, calado hasta los huesos.

Algún tiempo después las cosas se complicaron más.

Fue una mañana de primavera.

Las flores se despertaban en los rosales.

Las golondrinas tejían en el aire maravillosas telas invisibles.

Por las ventanas abiertas se colaba un olor a jardín recién regado.

De pronto, el hombrecito vestido de gris comenzó a cantar:

-¡Granaaaadaa...!

En la oficina.

Se produjo un silencio terrible.

Las máquinas de escribir enmudecieron.

Y don Perfecto, el Jefe de Planta, le llamó a su despacho con gesto amenazador.

Y, después de gritarle de todo, terminó diciendo:

-¡Ya lo sabe! Si vuelve a repetirse, lo echaré a la calle.

Días más tarde, en una cafetería, sucedió otro tanto.

El dueño, con cara de malas pulgas, le señaló un letrero que decía:

Se prohíbe cantar y bailar

Y lo echó amenazándole con llamar a un guardia.

Nuestro hombre pensó y pensó.

¡No podía perder su empleo!

Tampoco quería andar por el mundo expuesto a que lo echaran de todas partes.

Y, al fin, se le ocurrió una brillante idea.

Al día siguiente, fingió tener un fuerte dolor de muelas.

Se sujetó la mandíbula con un pañuelo y fue a su trabajo.

Así no podría cantar.

¡Aunque quisiera!

Y día tras día, año tras año, estuvo nuestro hombrecito, con su pañuelo atado, fingiendo un eterno dolor de muelas.

La historia termina así.Así de mal. Así de triste.La vida pone, a veces, finalestristes a las historias.Pero a muchas personasno les gusta leer finalestristes; para ellos hemosinventado un final feliz...

Pero, nuestro pobre hombrecito, merecía que le dieran una oportunidad.

Así que...

Cierto día, conoció a un director de orquesta.

Y éste quiso oírle cantar.

El hombrecito, muy contento, pero con un poco de miedo, salió al campo con el director de orquesta.

Y allí, rodeados de flores y de pájaros, nuestro hombrecito se quitó el pañuelo y cantó mejor que nunca.

El director de orquesta estaba tan entusiasmado que lo contrató para inaugurar la temporada del Teatro de la Ópera.

Y la noche de su presentación, que se anunció en todos los periódicos, don Perfecto, el Jefe de Planta, los vecinos que le habían regado, el dueño de la cafetería y todos los que le habían perseguido con sus risas, hicieron cola y compraron entradas para oírle cantar.

Y asistieron al triunfo del hombrecito.

Y el hombrecito quemó todos sus trajes y corbatas de color gris.

Tiró por la ventana el despertador.

Se afeitó el bigotito de color gris y nunca, nunca más, volvió a tener la mirada de color gris.

La niña que se va al mar

¡Que blanca lleva la falda

la niña que se va al mar!

¡Ay niña, no te la manche

la tinta del calamar!

¡Que blancas tus manos, niña,

que te vas sin suspirar!

¡Ay niña, no te la manche

la tinta del calamar!

¡Que blanco tu corazón

y que blanco tu mirar!

¡Ay niña, no te la manche

la tinta del calamar!

Rafael Alberti

¿FIN?

**JULIO CORTAZAR Los Venenos**

    El sábado tío Carlos llegó a mediodía con la máquina de matar hormigas. El día antes había dicho en la mesa que iba a traerla, y mi hermana y yo esperábamos la máquina imaginando que era enorme, que era terrible. Conocíamos bien las hormigas de Bánfield, las hormigas negras que se van comiendo todo, hacen los hormigueros en la tierra, en los zócalos, o en ese pedazo misterioso donde una casa se hunde en el suelo, allí hacen agujeros disimulados pero no pueden esconder su fila negra que va y viene trayendo pedacitos de hojas, y los pedacitos de hojas eran las plantas del jardín, por eso mamá y tío Carlos se habían decidido a comprar la máquina para acabar con las hormigas.

    Me acuerdo que mi hermana vio venir a tío Carlos por la calle Rodríguez Peña, desde lejos lo vio venir en el tílbury de la estación, y entró corriendo por el callejón del costado gritando que tío Carlos traía la máquina. Yo estaba en los ligustros que daban a lo de Lila, hablando con Lila por el alambrado, contándole que por la tarde íbamos a probar la máquina, y Lila estaba interesada pero no mucho, porque a las chicas no les importan las máquinas y no les importan las hormigas, solamente le llamaba la atención que la máquina echaba humo y que eso iba a matar todas las hormigas de casa.

    Al oír a mi hermana le dije a Lila que tenía que ir a ayudar a bajar la máquina, y corrí por el callejón con el grito de guerra de Sitting Bull, corriendo de una manera que había inventado en ese tiempo y que era correr sin doblar las rodillas, como pateando una pelota. Cansaba poco y era como un vuelo, aunque nunca como el sueño de volar que yo siempre tenía entonces, y que era recoger las piernas del suelo, y con apenas un movimiento de cintura volar a veinte centímetros del suelo, de una manera que no se puede contar por lo linda, volar por calles largas, subiendo a veces un poco y otra vez al ras del suelo, con una sensación tan clara de estar despierto, aparte que en ese sueño la contra era que yo siempre soñaba que estaba despierto, que volaba de verdad, que antes lo había soñado pero esta vez iba de veras, y cuando me despertaba era como caerme al suelo, tan triste salir andando o corriendo pero siempre pesado, vuelta abajo a cada salto. Lo único un poco parecido era esta manera de correr que había inventado, con las zapatillas de goma Keds Champion con puntera daba la impresión del sueño, claro que no se podía comparar.

    Mamá y abuelita ya estaban en la puerta hablando con tío Carlos y el cochero. Me arrimé despacio porque a veces me gustaba hacerme esperar, y con mi hermana miramos el bulto envuelto en papel madera y atado con mucho hilo sisal, que el cochero y tío Carlos bajaban a la vereda. Lo primero que pensé fue que era una parte de la máquina, pero en seguida vi que era la máquina completa, y me pareció tan chica que se me vino el alma a los pies. Lo mejor fue al entrarla, porque ayudando a tío Carlos me di cuenta que la máquina pesaba mucho, y el peso me devolvió confianza. Yo mismo le saqué los piolines y el papel, porque mamá y tío Carlos tenían que abrir un paquete chico donde venía la lata del veneno, y de entrada ya nos anunciaron que eso no se tocaba y que más de cuatro habían muerto retorciéndose por tocar la lata. Mi hermana se fue a un rincón porque se le había acabado el interés por todo y un poco también por miedo, pero yo la miré a mamá y nos reímos, y todo aquel discurso era por mí hermana, a mí me iban a dejar manejar la máquina con veneno y todo.

    No era linda, quiero decir que no era una máquina máquina, por lo menos con una rueda que da vueltas o un pito que echa un chorro de vapor. Parecía una estufa de fierro negro, con tres patas combadas, una puerta para el fuego, otra para el veneno y de arriba salía un tubo de metal flexible (como el cuerpo de los gusanos) donde después se enchufaba otro tubo de goma con un pico. A la hora del almuerzo mamá nos leyó el manual de instrucciones, y cada vez que llegaba a las partes del veneno todos la mirábamos a mi hermana, y abuelita le volvió a decir que en Flores tres niños habían muerto por tocar una lata. Ya habíamos visto la calavera en la tapa, y tío Carlos buscó una cuchara vieja y dijo que ésa sería para el veneno y que las cosas de la máquina las guardarían en el estante de arriba del cuarto de las herramientas. Afuera hacía calor porque empezaba enero, y la sandía estaba helada, con las semillas negras que me hacían pensar en las hormigas.

    Después de la siesta, la de los grandes porque mi hermana leía el Billiken y yo clasificaba las estampillas en el patio cerrado, fuimos al jardín y tío Carlos puso la máquina en la rotonda de las hamacas donde siempre salían hormigueros. Abuelita preparó brasas de carbón para cargar la hornalla, y yo hice un barro lindísimo en una batea vieja, revolviendo con la cuchara de albañil. Mamá y mi hermana se sentaron en las sillas de paja para ver, y Lila miraba entre el ligustro hasta que le gritamos que viniera y dijo que la madre no la dejaba pero que lo mismo veía. Del otro lado del jardín ya se estaban asomando las de Negri, que eran unos casos y por eso no nos tratábamos. Les decían la Chola, la Ela y la Cufina, pobres. Eran buenas pero pavas, y no se podía jugar con ellas. Abuelita les tenía lástima pero mamá no las invitaba nunca a casa porque se armaban líos con mi hermana y conmigo. Las tres querían mandar la parada pero no sabían ni rayuela ni bolita ni vigilante y ladrón ni el barco hundido, y lo único que sabían era reírse como sonsas y hablar de tanta cosa que yo no sé a quién le podía interesar. El padre era concejal y tenían Orpington leonadas. Nosotros criábamos Rhode Island que es mejor ponedora.

    La máquina parecía más grande por lo negra que se la veía entre el verde del jardín y los frutales. Tío Carlos la cargó de brasas, y mientras tomaba calor eligió un hormiguero y le puso el pico del tubo; yo eché barro alrededor y lo apisoné pero no muy fuerte, para impedir el desmoronamiento de las galerías como decía el manual. Entonces mi tío abrió la puerta para el veneno y trajo la lata y la cuchara. El veneno era violeta, un color precioso, y había que echar una cucharada grande y cerrar en seguida la puerta. Apenas la habíamos echado se oyó como un bufido y la máquina empezó a trabajar. Era estupendo, todo alrededor del pico salía un humo blanco, y había que echar más barro y aplastarlo con las manos. "Van a morir todas", dijo mi tío que estaba muy contento con el funcionamiento de la máquina, y yo me puse al lado de él con las manos llenas de barro hasta los codos, y se veía que era un trabajo para que lo hicieran los hombres.
—¿Cuánto tiempo hay que fumigar cada hormiguero? —preguntó mamá.
—Por lo menos media hora —dijo tío Carlos—. Algunos son larguísimos, más de lo que se cree.

    Yo entendí que quería decir dos o tres metros, porque había tantos hormigueros en casa que no podía ser que fueran demasiado largos. Pero justo en ese momento oímos que la Cufina empezaba a chillar con esa voz que tenía que la escuchaban desde la estación, y toda la familia Negri vino al jardín diciendo que de un cantero de lechuga salía humo. Al principio yo no lo quería creer pero era cierto, porque en el mismo momento Lila me avisó desde los ligustros que en su casa también salía humo al lado de un duraznero, y tío Carlos se quedó pensando y después fue hasta el alambrado de los Negri y le pidió a la Chola que era la menos haragana que echara barro donde salía el humo, y yo salté a lo de Lila y taponé el hormiguero. Ahora salía humo en otras partes de casa, en el gallinero, más atrás de la puerta blanca, y al pie de la pared del costado. Mamá y mi hermana ayudaban a poner barro, era formidable pensar que por debajo de la tierra había tanto humo buscando salir, y que entre ese humo las hormigas estaban rabiando y retorciéndose como los tres niños de Flores.

    Esa tarde trabajamos hasta la noche, y a mi hermana la mandaron a preguntar si en la casa de otros vecinos salía humo. Cuando apenas quedaba luz la máquina se apagó, y al sacar el pico del hormiguero yo cavé un poco con la cuchara de albañil y toda la cueva estaba llena de hormigas muertas y tenía un color violeta que olía a azufre. Eché barro encima como en los entierros, y calculé que habrían muerto unas cinco mil hormigas por lo menos. Ya todos se habían ido adentro porque era hora de bañarse y tender la mesa, pero tío Carlos y yo nos quedamos a repasar la máquina y a guardarla. Le pregunté si podía llevar las cosas al cuarto de las herramientas y dijo que sí. Por las dudas me enjuagué las manos después de tocar la lata y la cuchara, y eso que la cuchara la habíamos limpiado antes.

    Al otro día fue domingo y vino mi tía Rosa con mis primos, y fue un día en que jugamos todo el tiempo al vigilante y ladrón con mi hermana y con Lila que tenía permiso de la madre. A la noche tía Rosa le dijo a mamá si mi primo Hugo podía quedarse a pasar toda la semana en Bánfield porque estaba un poco débil de la pleuresía y necesitaba sol. Mamá dijo que sí, y todos estábamos contentos. A Hugo le hicieron una cama en mi pieza, y el lunes fue la sirvienta a traer su ropa para la semana. Nos bañábamos juntos y Hugo sabía más cuentos que yo, pero no saltaba tan lejos. Se veía que era de Buenos Aires, con la ropa venían dos libros de Salgari y uno de botánica, porque tenía que preparar el ingreso a primer año. Dentro del libro venía una pluma de pavorreal, la primera que yo veía, y él la usaba como señalador. Era verde con un ojo violeta y azul, toda salpicada de oro. Mi hermana se la pidió pero Hugo le dijo que no porque se la había regalado la madre. Ni siquiera se la dejó tocar, pero a mí sí porque me tenía confianza y yo la agarraba del canuto.

    Los primeros días, como tío Carlos trabajaba en la oficina no volvimos a encender la máquina, aunque yo le había dicho a mamá que si ella quería yo la podía hacer andar. Mamá dijo que mejor esperáramos al sábado, que total no había muchos almácigos esa semana y que no se veían tantas hormigas como antes.

    —Hay unas cinco mil menos —le dije yo, y ella se reía pero me dio la razón. Casi mejor que no me dejara encender la máquina, así Hugo no se metía, porque era de esos que todo lo saben y abren las puertas para mirar adentro. Sobre todo con el veneno mejor que no me ayudara.

    A la siesta nos mandaban quedarnos quietos, porque tenían miedo de la insolación. Mí hermana desde que Hugo jugaba conmigo venía todo el tiempo con nosotros, y siempre quería jugar de compañera con Hugo. A las bolitas yo les ganaba a los dos, pero al balero Hugo no sé cómo se las sabía todas y me ganaba. Mi hermana lo elogiaba todo el tiempo y yo me daba cuenta que lo buscaba para novio, era cosa de decírselo a mamá para que le plantara un par de bifes, solamente que no se me ocurría cómo decírselo a mamá, total no hacían nada malo. Hugo se reía de ella pero disimulando, y yo en esos momentos lo hubiera abrazado, pero era siempre cuando estábamos jugando y había que ganar o perder pero nada de abrazos.

    La siesta duraba de dos a cinco, y era la mejor hora para estar tranquilos y hacer lo que uno quería. Con Hugo revisábamos las estampillas y yo le daba las repetidas, le enseñaba a clasificarlas por países, y él pensaba al otro año tener una colección como la mía pero solamente de América. Se iba a perder las de Camerún que son con animales, pero él decía que así las colecciones son más importantes. Mi hermana le daba la razón y eso que no sabía si una estampilla estaba del derecho o del revés, pero era para llevarme la contra. En cambio Lila que venía a eso de las tres, saltando por los ligustros, estaba de mi parte y le gustaban las estampillas de Europa. Una vez yo le había dado a Lila un sobre con todas estampillas diferentes, y ella siempre me lo recordaba y decía que el padre le iba a ayudar en la colección pero que la madre pensaba que eso no era para chicas y tenía microbios, y el sobre estaba guardado en el aparador.

    Para que no se enojaran en casa por el ruido, cuando llegaba Lila nos íbamos al fondo y nos tirábamos debajo de los frutales. Las de Negri también andaban por el jardín de ellas, y yo sabía que las tres estaban locas con Hugo y se hablaban a gritos y siempre por la nariz, y la Cufina sobre todo se la pasaba preguntando: “¿Y dónde está el costurero con los hilos?” y la Ela le contestaba no sé qué, entonces se peleaban pero a propósito para llamar la atención, y menos mal que de ese lado los ligustros eran tupidos y no se veía mucho. Con Lila nos moríamos de risa al oírlas, y Hugo se tapaba la nariz y decía: “¿Y dónde está la pavita para el mate?” Entonces la Chola que era la mayor decía: “¿Vieron chicas cuántos groseros hay este año?”, y nosotros nos metíamos pasto en la boca para no reírnos fuerte, porque lo bueno era dejarlas con las ganas y no seguírsela, así después cuando nos oían jugar a la mancha rabiaban mucho más y al final se peleaban entre ellas hasta que salía la tía y las mechoneaba y las tres se iban adentro llorando.

    A mí me gustaba tener de compañera a Lila en los juegos, porque entre hermanos a uno no le gusta jugar si hay otros, y mi hermana lo buscaba en seguida a Hugo de compañero. Lila y yo les ganábamos a las bolitas, pero a Hugo le gustaba más el vigilante y ladrón y la escondida, siempre había que hacerle caso y jugar a eso, pero también era formidable, solamente que no podíamos gritar y los juegos así sin gritos no valen tanto. A la escondida casi siempre me tocaba contar a mi, no sé por qué me engañaban vuelta a vuelta, y piedra libre uno detrás de otro. A las cinco salía abuelita y nos retaba porque estábamos sudados y habíamos tomado demasiado sol, pero nosotros la hacíamos reír y le dábamos besos, hasta Hugo y Lila que no eran de casa. Yo me fijé en esos días que abuelita iba siempre a mirar el estante de las herramientas, y me di cuenta que tenía miedo de que anduviéramos hurgando con las cosas de la máquina. Pero a nadie se le iba a ocurrir una pavada así, con lo de los tres niños de Flores y encima la paliza que nos iban a dar.

    A ratos me gustaba quedarme solo, y en esos momentos ni siquiera quería que estuviera Lila. Sobre toda al caer la tarde, un rato antes que abuelita saliera con su batón blanco y se pusiera a regar el jardín. A esa hora la tierra ya no estaba tan caliente, pero las madreselvas olían mucho y también los canteros de tomates donde había canaletas para el agua y bichos distintos que en otras partes. Me gustaba tirarme boca abajo y oler la tierra, sentirla debajo de mí, caliente con su olor a verano tan distinto de otras veces. Pensaba en muchas cosas, pero sobre todo en las hormigas, ahora que había visto lo que eran los hormigueros me quedaba pensando en las galerías que cruzaban por todos lados y que nadie veía. Como las venas en mis piernas, que apenas se distinguían debajo de la piel, pero llenas de hormigas y misterios que iban y venían. Si uno comía un poco de veneno, en realidad venía a ser lo mismo que el humo de la máquina, el veneno andaba por las venas del cuerpo igual que el humo en la tierra, no había mucha diferencia.

    Después de un rato me cansaba de estar solo y estudiar los bichos de los tomates. Iba a la puerta blanca, tomaba impulso y me largaba a la carrera como Buffalo Bill, y al llegar al cantero de las lechugas lo saltaba limpio y ni tocaba el borde de gramilla. Con Hugo tirábamos al blanco con la Diana de aire comprimido, o jugábamos en las hamacas cuando mi hermana o a veces Lila salían de bañarse y venían a las hamacas con ropa limpia. También Hugo y yo nos íbamos a bañar, y a última hora salíamos todos a la vereda, o mi hermana tocaba el piano en la sala y nosotros nos sentábamos en la balaustrada y veíamos volver a la gente del trabajo hasta que llegaba tío Carlos y todos lo íbamos a saludar y de paso a ver si traía algún paquete con hilo rosa o el Billiken. Justamente una de esas veces al correr a la puerta fue cuando Lila se tropezó en una laja y se lastimó la rodilla. Pobre Lila, no quería llorar pero le saltaban las lágrimas y yo pensaba en la madre que era tan severa y le diría machona y de todo cuando la viera lastimada. Hugo y yo hicimos la sillita de oro y la llevamos del lado de la puerta blanca mientras mi hermana iba a escondidas a buscar un trapo y alcohol. Hugo se hacía el comedido y quería curarla a Lila, lo mismo mi hermana para estar con Hugo, pero yo los saqué a empujones y le dije a Lila que aguantara nada más que un segundo, y que si quería cerrara los ojos. Pero ella no quiso y mientras yo le pasaba el alcohol ella lo miraba fijo a Hugo como para mostrarle lo valiente que era. Yo le soplé fuerte en la lastimadura y con la venda quedó muy bien y no le dolía.

    —Mejor andate en seguida a tu casa —le dijo mi hermana—, así tu mamá no se cabrea.
Después que se fue Lila yo me empecé a aburrir con Hugo y mi hermana que hablaban de orquestas típicas, y Hugo había visto a De Caro en un cine y silbaba tangos para que mi hermana los sacara en el piano. Me fui a mi cuarto a buscar el álbum de las estampillas, y todo el tiempo pensaba que la madre la iba a retar a Lila y que a lo mejor estaba llorando o que se le iba a infectar la matadura como pasa tantas veces. Era increíble lo valiente que había sido Lila con el alcohol, y cómo lo miraba a Hugo sin llorar ni bajar la vista.

    En la mesa de luz estaba la botánica de Hugo, y asomaba el canuto de la pluma de pavorreal. Como él me la dejaba mirar la saqué con cuidado y me puse al lado de la lámpara para verla bien. Yo creo que no había ninguna pluma más linda que ésa. Parecía las manchas que se hacen en el agua de los charcos, pero no se podía comparar, era muchísimo más linda, de un verde brillante como esos bichos que viven en los damascos y tienen dos antenas largas con una bolita peluda en cada punta. En medio de la parte más ancha y más verde se abría un ojo azul y violeta, todo salpicado de oro, algo como no se ha visto nunca. Yo de golpe me daba cuenta por qué se llamaba pavorreal, y cuanto más la miraba más pensaba en cosas raras, como en las novelas, y al final la tuve que dejar porque se la hubiera robado a Hugo y eso no podía ser. A lo mejor Lila estaba pensando en nosotros, sola en su casa (que era oscura y con sus padres tan severos) cuando yo me divertía con la pluma y las estampillas. Mejor guardar todo y pensar en la pobre Lila tan valiente.

    Por la noche me costó dormirme, no sé por qué. Se me había metido en la cabeza que Lila no estaba bien y que tenía fiebre. Me hubiera gustado pedirle a mamá que fuera a preguntarle a la madre pero no se podía, primero con Hugo que se iba a reír, y después que mamá se enojaría si se enteraba de la lastimadura y que no le habíamos avisado. Me quise dormir tantas veces pero no podía, y al final pensé que lo mejor era ir por la mañana a lo de Lila y ver cómo estaba, o llamar por el ligustro. Al final me dormí pensando en Lila y Buffalo Bill y también en la máquina de las hormigas, pero sobre todo en Lila.

    Al otro día me levanté antes que nadie y fui a mi jardín, que estaba cerca de las glicinas. Mi jardín era un cantero nada más que mío, que abuelita me había dado para que yo hiciese lo que quisiera. Una vez planté alpiste, después batatas, pero ahora me gustaban las flores y sobre todo mi jazmín del Cabo, que es el de olor más fuerte sobre todo de noche, y mamá siempre decía que mi jazmín era el más lindo de la casa. Con la pala fui cavando despacio alrededor del jazmín, que era lo mejor que yo tenía, y al final lo saqué con toda la tierra pegada a la raíz. Así fui a llamarla a Lila que también estaba levantada y no tenía casi nada en la rodilla.

    —¿Hugo se va mañana? —me preguntó, y le dije que sí, porque tenía que seguir estudiando en Buenos Aires el ingreso a primer año. Le dije a Lila que le traía una cosa y ella me preguntó qué era, y entonces por entre el ligustro le mostré mi jazmín y le dije que se lo regalaba y que si quería la iba a ayudar a hacerse un jardín para ella sola. Lila dijo que el jazmín era muy lindo, y le pidió permiso a la madre y yo salté el ligustro para ayudarla a plantarlo. Elegimos un cantero chico, arrancamos unos crisantemos medio secos que había, y yo me puse a puntear la tierra, a darle otra forma al cantero, y después Lila me dijo dónde le gustaba que estuviera el jazmín, que era en el mismo medio. Yo lo planté, regamos con la regadera y el jardín quedó muy bien. Ahora yo tenía que conseguir un poco de gramilla, pero no había apuro. Lila estaba muy contenta y no le dolía nada la lastimadura. Quería que Hugo y mi hermana vieran en seguida lo que habíamos hecho, y yo los fui a buscar justo cuando mamá me llamaba para el café con leche. Las de Negri andaban peleándose en el jardín, y la Cufina chillaba como siempre. No sé cómo podían pelearse con una mañana tan linda.

    El sábado por la tarde Hugo se tenía que volver a Buenos Aires y yo dentro de todo me alegré porque tío Carlos no quería encender la máquina ese día y lo dejó para el domingo. Mejor que estuviéramos él y yo solamente, no fuera la mala pata que Hugo se saliera envenenando o cualquier cosa. Esa tarde lo extrañé un poco porque ya me había acostumbrado a tenerlo en mi cuarto, y sabía tantos cuentos y aventuras de memoria. Pero peor era mi hermana que andaba por toda la casa como sonámbula, y cuando mamá le preguntó qué le pasaba dijo que nada, pero ponía una cara que mamá se quedó mirándola y al final se fue diciendo que algunas se creían más grandes de lo que eran y eso que ni sonarse solas sabían. Yo encontraba que mí hermana se portaba como una estúpida, sobre todo cuando la vi que con tiza de colores escribía en el pizarrón del patio el nombre de Hugo, lo borraba y lo escribía de nuevo, siempre con otros colores y otras letras, mirándome de reojo, y después hizo un corazón con una flecha y yo me fui para no pegarle un par de bifes o ir a decírselo a mamá. Para peor esa tarde Lila se había vuelto a su casa temprano, diciendo que la madre no la dejaba quedarse por culpa de la lastimadura. Hugo le dijo que a las cinco venían a buscarlo de Buenos Aires, y que por qué no se quedaba hasta que él se fuera, pero Lila dijo que no podía y se fue corriendo y sin saludar. Por eso cuando lo vinieron a buscar, Hugo tuvo que ir a despedirse de Lila y la madre, y después se despidió de nosotros y se fue muy contento diciendo que volvería al otro fin de semana. Esa noche yo me sentí un poco solo en mi cuarto, pero por otro lado era una ventaja sentir que todo era de nuevo mío, y que Podía apagar la luz cuando me daba la gana.

    El domingo al levantarme oí que mamá hablaba por el alambrado con el señor Negri. Me acerqué a decir buen día y el señor Negri estaba diciéndole a mamá que en el cantero de las lechugas donde salía el humo el día que probamos la máquina, todas las lechugas se estaban marchitando. Mamá le dijo que era muy raro porque en el prospecto de la máquina decía que el humo no era dañino para las plantas, y el señor Negri le contestó que no hay que fiarse de los prospectos, que lo mismo es con los remedios que cuando uno lee el prospecto se va a curar de todo y después a lo mejor acaba entre cuatro velas. Mamá le dijo que podía ser que alguna de las chicas hubiera echado agua de jabón en el cantero sin querer (pero yo me di cuenta que mamá quería decir a propósito, de chusmas que eran y para buscar pelea) y entonces el señor Negri dijo que iba a averiguar pero que en realidad si la máquina mataba las plantas no se veía la ventaja de tomarse tanto trabajo. Mamá le dijo que no iba a comparar unas lechugas de mala muerte con el estrago que hacen las hormigas en los jardines, y que por la tarde la íbamos a encender, y si veían humo que avisaran que nosotros iríamos a tapar los hormigueros para que ellos no se molestaran. Abuelita me llamó para tomar el café y no sé qué más se dijeron, pero yo estaba entusiasmado pensando que otra vez íbamos a combatir las hormigas, y me pasé la mañana leyendo Raffles aunque no me gustaba tanto como Buffalo Bill y muchas otras novelas.

    A mí hermana se le había pasado la loca y andaba cantando por toda la casa, en una de esas le dio por pintar con los lápices de colores y vino adonde yo estaba, y antes de darme cuenta ya había metido la nariz en lo que yo hacía, y justo por casualidad yo acababa de escribir mi nombre, que me gustaba escribirlo en todas partes, y el de Lila que por pura casualidad había escrito al lado del mío. Cerré el libro pero ella ya había leído y se puso a reír a carcajadas y me miraba como con lástima, y yo me le fui encima pero ella chilló y oí que mamá se acercaba, entonces me fui al jardín con toda la rabia. En el almuerzo ella me estuvo mirando con burla todo el tiempo, y me hubiera encantado pegarle una patada por abajo de la mesa, pero era capaz de ponerse a gritar y a la tarde íbamos a encender la máquina, así que me aguanté y no dije nada. A la hora de la siesta me trepé al sauce a leer y a pensar, y cuando a las cuatro y media salió tío Carlos de dormir, cebamos mate y después preparamos la máquina, y yo hice dos palanganas de barro. Las mujeres estaban adentro y hacía calor, sobre todo al lado de la máquina que era a carbón, pero el mate es bueno para eso si se toma amargo y muy caliente.

    Habíamos elegido la parte del fondo del jardín cerca de los gallineros, porque parecía que las hormigas se estaban refugiando en esa parte y hacían mucho estrago en los almácigos. Apenas pusimos el pico en el hormiguero más grande empezó a salir humo por todas partes, y hasta por entre los ladrillos del piso del gallinero salía. Yo iba de un lado a otro taponando la tierra, y me gustaba echar el barro encima y aplastarlo con las manos hasta que dejaba de salir el humo. Tío Carlos se asomó al alambrado de las de Negri y le preguntó a la Chola, que era la menos sonsa, si no salía humo en su jardín, y la Cufina armaba gran revuelo y andaba por todas partes mirando porque a tío Carlos le tenían mucho respeto, pero no salía humo del lado de ellas. En cambio oí que Lila me llamaba y fui corriendo al ligustro y la vi que estaba con su vestido de lunares anaranjados que era el que más me gustaba, y la rodilla vendada. Me gritó que salía humo de su jardín, el que era solamente suyo, y yo ya estaba saltando el alambrado con una de las palanganas de barro mientras Lila me decía afligida que al ir a ver su jardín había oído que hablábamos con las de Negri y que entonces justo al lado de donde habíamos plantado el jazmín empezaba a salir humo. Yo estaba arrodillado echando barro con todas mis fuerzas. Era muy peligroso para el jazmín recién trasplantado y ahora con el veneno tan cerca, aunque el manual decía que no. Pensé si no podría cortar la galería de las hormigas unos metros antes del cantero, pero antes de nada eché el barro y taponé la salida lo mejor que pude. Lila se había sentado a la sombra con un libro y me miraba trabajar. Me gustaba que me estuviera mirando, y puse tanto barro que seguro por ahí no iba a salir más humo. Después me acerqué a preguntarle dónde había una pala para ver de cortar la galería antes que llegara al jazmín con todo el veneno. Lila se levantó y fue a buscar la pala, y como tardaba yo me puse a mirar el libro que era de cuentos con figuras, y me quedé asombrado al ver que Lila también tenía una pluma de pavorreal preciosa en el libro, y que nunca me había dicho nada. Tío Carlos me estaba llamando para que taponara otros agujeros, pero yo me quedé mirando la pluma que no podía ser la de Hugo pero era tan idéntica que parecía del mismo pavorreal, verde con el ojo violeta y azul, y las manchitas de oro. Cuando Lila vino con la pala le pregunté de dónde había sacado la pluma, y pensaba contarle que Hugo tenía una idéntica. Casi no me di cuenta de lo que me decía cuando se puso muy colorada y contestó que Hugo se la había regalado al ir a despedirse.

—Me dijo que en su casa hay muchas —agregó como disculpándose pero no me miraba, y tío Carlos me llamó más fuerte del otro lado de los ligustros y yo tiré la pala que me había dado Lila y me volví al alambrado, aunque Lila me llamaba y me decía que otra vez estaba saliendo humo en su jardín. Salté el alambrado y desde casa por entre los ligustros la miré a Lila que estaba llorando con el libro en la mano y la pluma que asomaba apenas, y vi que el humo salía ahora al lado mismo del jazmín, todo el veneno mezclándose con las raíces. Fui hasta la máquina aprovechando que tío Carlos hablaba de nuevo con las de Negri, abrí la lata del veneno y eché dos, tres cucharadas llenas en la máquina y la cerré; así el humo invadía bien los hormigueros y mataba todas las hormigas, no dejaba ni una hormiga viva en el jardín de casa.

**40 niños y un perro**

**Juan Farias**

No podía deciros de dónde ni por qué camino llegó el perro sin amo. Tampoco podría deciros a qué raza pertenece. Apareció en la plaza del pueblo, por las buenas, a la media tarde, un día de sol, en invierno. Flaco y solitario, aterido de frío, tenía en los ojos esa tristeza de los que pasan hambre. Quizá se había escapado de un circo. Pienso esto porque lo primero que hizo fue ponerse sobre las patas traseras y ladrar un vals. A esto hay que añadir que era zurdo. Una sola función al pie de la estatua y los niños decidieron que el perro sin amo era feo pero simpático, que cada uno podía darle un poco de su merienda y que todos iban a ser amigos. El Señor Alcalde había salido a la ventana, a fumarse un puro. Estaba contento porque se sentía importante. Vio al perro sin amo jugando a los indios con un niño pelirrojo y sonrió. Pero luego le dijeron que aquel perro era un vagabundo y entonces el Señor Alcalde partió el puro de un mordisco, se puso furioso y empezó a gritar:

- ¡No quiero ver a ese animal en el pueblo! ¡Hay que matarlo! ¿Qué esperan para matarlo? El niño pelirrojo dejó de ser Toro Sentado para decirle al perro: -Corre, amigo, escápate porque quieren hacerte daño. El perro sin amo lo entendió muy bien, se puso triste y empezó a correr. Hubiera podido escaparse, pero al llegar a la esquina se volvió para ver por última vez a su amigo y entonces lo cogieron con un lazo, por la espalda, a traición y lo llevaron a la jaula. - Mañana lo mataremos – dijo el señor Alcalde. El niño pelirrojo, sin entender nada, se puso a llorar. El viejo Juan no era capaz de ver a un niño triste y por eso llevó al niño pelirrojo a pasear en su barca. Intentó hacerle reír con el cuento de le ballena saltarina, emocionarlo con la historia de una batalla naval. Pero el niño pensaba en el perro sin amo y sólo sabía preguntar. -¿Matarlo? ¡Pobre animal!¿Por qué hay que matarlo, Juan? Al fin Juan decidió explicarle al niño las razones de los adultos por si era capaz de entenderlas . -Ese perro puede morderle a cualquier persona y, como está sucio y sin vacunar, el mordisco se infectaría. El niño se dio cuenta de que los adultos no sabían ser generosos. Saltó de la barca y fue a buscar a sus amigos. Y encontró a dos hermanos gemelos, a la negrita, al hijo del barbero y muchos más. Primero fueron siete, en seguida quince y al fin treinta y nueve. Subieron a celebrar consejo en su guarida, que era en las ruinas del castillo. Cerca del pueblo, sobre una roca enorme, hay un castillo antiguo que está en

ruinas Hace mucho tiempo vivieron allí un caballero con penacho, una dama con cucurucho, dos criados con el traje a rayas y una vaca parda. Ahora en el castillo sólo anidan las lagartijas, las urracas y los niños. El niño pelirrojo se subió a la piedra de decir los discursos, llamó a todos a su alrededor y les dijo: -Los adultos van a matar al perro sin amo porque no tiene quien le pague la vacuna el jabón. Por culpa de la sorpresa, que fue muy dolorosa, se hizo un silencio tremendo. Incluso las lagartijas y las urracas y el viento se quedaron inmóviles. -Lo harán al amanecer –añadió el niño pelirrojo. Fue entonces cuando aquel ejército de treinta y ocho niños y un viejo se puso en marcha hacia el Ayuntamiento. Había que hacer algo y pronto porque no quedaba mucho tiempo. Mientras, el perro sin amo, en la jaula, tenía miedo. Sabía que lo iban a matar y seguramente sería apretándole el cuello. El Señor Alcalde salía de su despacho, de ser importante. Iba al bar, a tomarse dos aceitunas y un vaso de vino y presumir de haber hecho un millón de cosas formidables. Cruzaba la plaza cuando de pronto se vio rodeado por treinta y ocho niños y un viejo, y uno de los niños, el que tenía el pelode color de las zanahorias, se adelantó a todos y dijo: -Venimos a pagar para que vacunen a nuestro perro y lo dejen libre y escriban un papel diciendo que su amo somos todos nosotros y Fulgencio que no pudo venir porque está en la cama con sarampión. -Pero ¿con qué vais a pagar?- preguntó el alcalde que además de vanidoso era incrédulo- ¿con qué? Con una manzana a la que sólo le habían dado un mordisco, el mango de un paraguas, un grillo en una caja de cerillas, una bola de barro, la llave que perdió la cerradura, el tornillo que no faltaba en ningún sitio, una cosa de

metal dorado que nadie sabía lo que era, y más cosas, montones de cosas maravillosas, miles de maravillas de madera, lata, barro y cristal, docenas de <<¿pare qué será esto, Dios mío?>> cosas sin nombre, y una gota de mercurio, seguramente de un termómetro, guardada en un frasquito de vitamina A. El Señor Alcalde, que en el fondo no era malo que en el fondo era vanidoso, sintió que se emocionaba. -¿Seréis capaces de bañarlo una vez por semana? -preguntó mientras se secaba una lágrima. Los niños entendieron sin más palabras y bailaron alrededor del Alcalde y la alegría se contagió a todos y a todo. El perro sin amo tiene ahora cuarenta amos a los que ladra y que le ladran a él porque los perros entienden a los niños y los niños, si quieren, pueden hablar como los perros.

# 40 CHILDREN AND ONE DOG

I couldn’t tell you where the dog without an owner came from or which way he took to arrive. I couldn’t tell you the pedigree of de dog. It appeared in the square of the village, suddenly, in the evening, a sunny day, in winter. The dog was slim and alone, stiff with cold and very hungry. Perhaps it had escaped from a circus .I think so because de fist thing it did was to stand on its bag legs and to bark a waltz. Besides it was left handed. Only one performance in front of the statue and the children decided that the

dog without an owner was ugly but funny, that anyone could give it a bit of his sandwich and that everybody was going to be a friend. The Mayor of the village was in the window smoking a cigar. He was happy because he thought that he was very important. He saw that the dog without an owner was playing with a red haired child and smiled. But after he was told that the dog was a stray and then the Mayor bit the cigar into pieces, became angry and started to shout: - I don’t want to see that animal in the village! We have to kill it! What are you waiting for killing it? The red haired boy left his “Sitting Bull “role and told the dog: - Run my friend, escape because they want to hurt you. The dog without an owner understood very well and started to run. He could have escaped but when he arrived at the corner, he had a look at his friend for the last time and then they caught it with a lace, from the back, treacherously and put it in a cage. Tomorrow we will kill it –said the mayor. The red haired boy didn’t understand anything and he started crying. The old Juan didn’t want to see a child crying and took the boy to have a walk in his boat. He tried to make him laugh with the tale “The jumping wale” but the boy was thinking about the dog and asking: -To kill it? Poor animal! Why do they want to kill it, Juan? At last Juan decided to tell the child the adults’ reasons just in case he was able to understand. That dog may bite somebody and as it is dirty and without having been vacci

nated, the bite may become infected. And why don’t they vaccinate and wash the dog?- asked the child. He has no owner and he has no money to pay the vaccine or the soap. The boy jumped out of the boat and went to look for his friends. And he found a lot of them till he counted thirty nine. They went to the old castle where thy usually had the meetings and the boy said: -The adults are going to kill the dog without an owner because it has nobody who pay the vaccine or the soap. They are going to do it tomorrow morning. Then the thirty eight children and the old man went to the town hall. The mayor was going to the pub when he saw them and the red haired child told him: -We want to pay for the dog to be vaccinated and washed. We want to be the owners of the dog. -But you haven´t got any money! – said the mayor. Then the children took out all the things they had in their pockets. Lots of fantastic things made of wood, plastic, metal and glass. These things were their treasure. The mayor, that he was not so bad as he looked like, felt a deep emotion. -Are you going to be able to wash the dog once a week? – He asked while a tear was dropping from his eyes. The children were very happy and they danced around the mayor. The dog without and owner has got forty owners now and the children, the old man, the mayor and the dog are very happy.

**LA AVESTRUZ TROGLODITA. Versión original de GLORIA FUERTES.**

Troglodita era la única avestruz que quedaba en el desierto. En el desierto cercano al nuevo reino recién civilizado. La avestruz los domingos se iba al cine y se compraba cinco pesetas de imperdibles que devoraba nerviosa mientras los malos tiroteaban a los buenos. Entre semana sólo comía lo que encontraba: cremalleras, latas, corchetes, chinchetas y alguna que otra tachuela. Troglodita se llevaba bien con la gente pero echaba de menos a sus semejantes las avestruces. De tanto comer lo que comía, la avestruz puso un huevo de aluminio. Y del huevo salió un tractor. Un tractor chiquitito pero útil. El tractor salió andando, andando y llegó hasta una granja pobre y se ofreció para trabajar gratis. Troglodita siguió los pasos de su extraño hijito y se quedó cerca de él mirando cómo arrancaba las malas hierbas. Unos tremendos ruidos le hicieron temblar de pico a pata. Los ruidos crecían. Troglodita llevaba una semana sin poder sacar la cabeza de entre la arena, ya no podía más. -¿Cómo es posible que una tormenta dure tanto tiempo?- Se decíaMiedo me da, pero me asomo. Se asomó y . . . ¡Qué tormenta ni mono vivo! Aquello era algo peor que tormenta y tormento. ¡Aquello era una guerra! ¡Una “cacería”! Pero qué cacería tan increíble. Los pacíficos negritos de un lado de la selva se habían liado a “cazar” a los pacíficos negritos del otro lado. Todos iban vestidos por primera vez, hasta llevaban correaje. Los niños, que nunca habían tenido un juguete entre sus manos, tenían ahora un fusil. ¡Disparos, explosiones, truenos, rayos y tambores! La avestruz no entendía nada. Temblando de miedo volvió a meter la cabeza bajo el ala. Los disparos le peinaban todas las plumas, tiesas del susto. La avestruz meditaba: “Es una vergüenza que yo esté así, pensando egoisticamente sólo en mí y temblando como un cobarde conejo! Troglodita sacó la cabeza de debajo del ala y miró alrededor. ¡Qué horror! Con la noche se apagaron los ruidos y los fogonazos. Todo era como boca de lobo. Troglodita no veía nada. Tenía un hambre que no veía. Andaba despacito, levantando mucho sus largas patas para no tropezar con cuerpos. A los lados del río descansaban los guerreros. -¡Esta es la mía!- se dijo la avestruz-. –¡Vaya festín que me voy a dar! Y así fue. Mientras dormían los soldados de ambos lados, Troglodita se tragó todos los fusiles de unos y otros. Las armas estaban en malas condiciones y Troglodita casi se muere intoxicada. Y GRACIAS A LA HERÓICA AVESTRUZ REINÓ LA PAZ EN EL REINO.

 Moraleja: Lo que no hace un político sin luz, Lo hace una avestruz.

### EL LOBITO BUENO

### El lobito bueno

Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.

Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.

Todas estas cosas
había una vez.
Cuando yo soñaba
un mundo al revés.

**José Agustín Goytisolo**
(*Palabras para Julia y otras canciones*, 1979)

Paco Ibañez - El Lobito Bueno - José Agustín Goytisolo

<https://www.youtube.com/watch?v=-7iN7PH6ADo>

**Hermano Cielo, Hermana Águila – El mensaje del Jefe Seattle**

**E**n una época tan remota que casi todo su rastro se ha perdido en el polvo de la pradera, un antiguo pueblo vivía en esta tierra que hoy llamamos América. Vivió allí durante miles de años y sus descendientes se convirtieron en las grandes civilizaciones indias de los choctaw y cherokee, los navajos, los iroqueses y los sioux entre muchas otras. Pero llegó un momento en que los colonos blancos procedentes de Europa iniciaron una sangrienta guerra contra los indios y, en el tiempo que dura una vida, reclamaron para sí, y se la quedaron, toda la tierra de los indios, y a éstos les dejaron tan sólo pequeñas porciones de tierra donde vivir.

Cuando las últimas guerras indias estaban llegando a su fin, uno de los jefes más valientes y respetados de las Naciones del Noroeste, el Jefe Seattle, se sentó a una mesa con el hombre blanco para firmar un documento que le presentó el nuevo Comisario de Asuntos Indios del Territorio. El gobierno de los Estados Unidos deseaba comprar las tierras del pueblo del Jefe Seattle.

Con una presencia impresionante y unos ojos que reflejaban la grandeza del alma que habitaba en su interior, el Jefe se levanto para dirigir con voz retumbante unas palabras a los reunidos.

¿Acaso podéis comprar el cielo?, empezó el Jefe Seattle ¿Acaso podéis poseer la lluvia y el viento?

Mi madre me dijo que toda esta tierra es sagrada para nuestro pueblo.

Cada aguja de pino. Cada playa arenosa.

Cada niebla en los bosques oscuros.

Cada prado y cada insecto zumbador.

Todos son sagrados en la memoria de nuestro pueblo.

Mi padre me dijo:

Conozco la savia que corre por los árboles como conozco la sangre que fluye por mis venas. Somos una parte de la tierra y ella es parte de nosotros Las flores perfumadas son nuestras hermanas.

El oso, el ciervo, la gran águila… ellos son nuestros hermanos.

Las cumbres rocosas, las praderas, los caballos – todos pertenecen a la misma familia.

La voz de mis antepasados me dijo:

El agua resplandeciente que corre por torrentes y ríos no es simplemente agua, sino la sangre del abuelo de tu abuelo.

Cada reflejo espectral de las claras aguas de los lagos nos habla de recuerdos de la vida de nuestro pueblo.

El murmullo del agua es la voz de la abuela de tu abuela.

Los ríos son nuestros hermanos. Apagan nuestra sed. Transportan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos.

Debéis tener para con los ríos la bondad que tendríais para con un hermano.

La voz de mi abuelo me dijo:

El aire es precioso. Comparte su espíritu con toda la vida que él sostiene. El viento que me dio mi primer aliento también recibió mi último suspiro.

Debéis dejar en paz a la tierra y el aire, para que sigan siendo sagrados y el hombre pueda gozar del viento perfumado por las flores de la pradera.

Cuando el último hombre rojo y la última mujer roja hayan desaparecido con su naturaleza salvaje y su recuerdo no sea más que la sombra de una nube que atraviesa la pradera, ¿existirán aún las playas y los bosques? ¿Quedará algo del espíritu de mi abuelo?

Mis antepasados me han dicho: Esto es lo que sabemos: La tierra no nos pertenece. Nosotros pertenecemos a la tierra.

La voz de mi abuela me dijo:

Enseña a tus hijos lo que te han enseñado.

La tierra es nuestra madre.

Lo que le sucede a la tierra les sucede a todos los hijos de la tierra.

Escuchad mi voz y la voz de mis antepasados, dijo el Jefe Seattle.

El destino de vuestro pueblo es un misterio para nosotros. ¿Qué ocurrirá cuando todos los bisontes hayan muerto y los caballos salvajes estén domesticados? ¿Qué ocurrirá cuando los rincones más secretos del bosque estén llenos del olor de muchos hombres?

¿Qué ocurrirá cuando la visión de las hermosas colinas esté empañada por la presencia de múltiples cables parlantes?

¿Dónde estará el bosque espeso? Desaparecido.

¿Dónde estará el águila? ¡Desaparecida!

¿Y qué ocurrirá cuando digamos adiós al rápido potro y a la cacería?

Será el final de la vida y el principio de la supervivencia.

Esto es lo que sabemos: todas las cosas están relacionadas como la sangre que nos une. Nosotros no hemos tejido la red de la vida, no somos más que un hilo de ella.

Todo lo que hacemos a esta red, nos lo hacemos a nosotros mismos.

Amamos esta tierra como un recién nacido ama el latido del corazón de su madre.

Si os vendemos nuestra tierra, cuidadla como nosotros la hemos cuidado.

Guardad en la memoria el recuerdo de la tierra tal como era cuando la recibisteis.

Conservad la tierra, el aire y los ríos para los hijos de vuestros hijos, y amadla como nosotros la hemos amado.

Los orígenes de las palabras del Jefe Seattle están en parte oscurecidos por las brumas del tiempo Unos dicen que eran una carta, y otros un discurso. Lo que se sabe es que Seatle era un jefe respetado y pacífico de una de las naciones indias del noroeste de los Estados Unidos. A mediados de la década de 1850, cuando el gobierno norteamericano quiso comprar las tierras de su pueblo, agotado y derrotado, Seattle respondió en su lengua nativa, con una elocuencia natural que surgía de su tradición oral.

Sus palabras fueron transcritas por el Dr. Henry A. Smith, que le conocía bien, y esta transcripción ha sido interpretada y reescrita más de una vez en nuestro siglo. Yo también he adaptado el mensaje del Jefe Seattle para este libro. Lo importante es que las palabras del Jefe Seattle transmitían –y siguen transmitiendo– un mensaje lleno de verdad y de exigencia: en nuestra ansia de construir y poseer, podemos perder todo cuanto tenemos .

Hemos tardado mucho en tener conciencia de la necesidad de conservar el entorno natural, pero hace más de un siglo muchos grandes jefes de los indios americanos –entre ellos Alce Negro, Nube Roja y Seattle– ya lanzaron un mensaje resonante al respecto.

Para todos los nativos de América, todo ser y toda parte de la tierra eran sagrados; creían que dilapidar o destruir la naturaleza y sus maravillas era destruir la vida misma. Sus palabras no se comprendieron en su tiempo. Y ahora nos persiguen. Ahora se han hecho realidad, y antes de que sea demasiado tarde debemos escuchar.

*Susan Jeffers
Palma de Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 1993*

**La Paz Mundial (De Manolito Gafotas) Por Elvira Lindo**

Hace diez días con sus diez noches mi sita Asunción entró en la clase a las nueve en punto de la mañana, sin dejamos esos cinco minutos que tenemos todos los días para echamos en cara lo que nos hicimos los unos a los otros el día anterior. La sita Asunción tomó aire y casi todos bostezamos porque era muy temprano para aguantar uno de sus discursos. Nuestra sita dijo lo siguiente: Este año quiero que preparemos el Carnaval como si fuera el último carnaval de nuestra vida. Vamos a presentarnos a un concurso de Eurovisión de disfraces que van a hacer en una discoteca de Carabanchel el próximo sábado. Van a presentarse niños de los colegios de todo el barrio y tenéis que demostrar al mundo que sois unos niños como Dios manda y no esos delincuentes que parecéis. No la dejamos acabar, se montó un mogollón en la clase que no veas. Yihad se levantó para decir: - Aviso: yo me voy a disfrazar de Superman y lo digo para que no se disfrace nadie más de Superman porque en esta galaxia Superman sólo hay uno y ése soy yo y no quiero tener que partirme la cara con nadie. Repito: es un aviso.

Entonces dice el Orejones:-¿Y de qué me disfrazo yo si sólo tengo el disfraz de Superman y mi madre no me va a querer comprar otro? Y se empezó a oír un eco en toda la clase: «Y yo... y yo... y yo....», porque todos los niños tienen el mismo disfraz de Superman por los siglos de los siglos. Yihad había avisado. Se tiró descontrolado a por el primero que pillara, porque a Yihad en esos momentos de alta tensión ambiental le da igual ocho que ochenta. No sé por qué tuvo que pillarme a mí; a lo mejor tiene razón mi madre cuando dice que siempre estoy en medio, como el jueves. Menos mal que soy un niño con reflejos y me defendí rápidamente: - No hace falta que me rompas las gafas esta vez, Yihad. Todo el mundo sabe que yo prefiero ser el Hombre Araña.

Entonces salió un tío de mi clase diciendo que el Hombre Araña era él, y una niña que quería ser la Bella y pedía a gritos una Bestia... Así que, tal y como se habían puesto las cosas, no nos quedó más remedio que empezar a pegamos, porque es la única forma que tenemos en mi clase de solucionar nuestros problemas de convivencia. La sita Asunción, fuera de sus casillas, dio tres punterazos en la mesa y eso nos hizo acordamos en masa de que estábamos en el colegio, en una clase y con una sita despiadada: la sita Asunción. Mi sita dice que da los punterazos en la mesa para desahogarse. En el fondo lo que a ella le gustaría sería darlos sobre cabezas humanas, lo que pasa que tiene la mala suerte de que ahora se lo prohíbe la Constitución española. «Si no fuera por la Constitución dice a veces mi sita Asunción, ibais a estar más tiesos que unas velas del Santo Sepulcro.» Mi sita Asunción dijo que nada de supermanes, ni de hombres arañas, ni de bellas ni de bestias; que teníamos que demostrar a Carabanchel, a España, a Estados Unidos y al planeta Tierra que éramos unos niños buenas personas, que luchábamos por la paz del Mundo Mundial y que ella había pensado que nos íbamos a vestir los treinta niños bestias que somos de palomas de la paz. Si no hubiera sido porque la sita Asunción iba armada con su puntero y porque además es nuestra señorita y porque somos una pandilla de cobardes, le habríamos dicho a coro: «Anda, vete, salmonete».Estábamos bastante desilusionados; había sido el chasco más grande de nuestra existencia. Nos quedamos muy callados; ya nada nos hacía ilusión en este mundo mundial. Entonces mi sita continuó: El jurado, que es la Asociación de Vecinos, nos dará el primer premio, porque no hay jurado en España que se resista a dar el primer premio a treinta niños que van vestidos de palomas de la paz. Además nos llevaremos muchos regalos. Seremos por un día los símbolos de la paz mundial y nuestro grito de guerra hasta el sábado será: ¡Los vamos a machacar!

Eso sí que nos gustó; con un grito de guerra como ése podíamos ir hasta el fin del mundo. Íbamos a machacar a todos los niños de todos los colegios del barrio con nuestros trajes de superpalomas de la paz. Mi madre y las madres de los treinta niños bestias que somos nos hicieron esa semana los trajes de paloma con papel cebolla. Mi madre se quejaba bastante porque dice que, para mi sita, cualquier excusa es buena con tal de tenerla gastando dinero y trabajando. Que el disfraz de Hombre Araña ella me lo había comprado para no tener problemas hasta que yo hiciera la mili y me dieran el disfraz de soldado. Que cómo se hacía un disfraz de paloma y que paz era lo que ella necesitaba, mucha paz en una playa desierta de Benidorm y sin niños, que eso era para ella la paz mundial. Se quedó callada treinta milésimas de segundo y luego siguió protestando y diciendo que sino me estaba quieto jamás podría probarme, que conmigo hay que tener mucho cuidado porque los trajes por la cabeza nunca me entran. «Este niño -se refiere a mí- otra cosa no tendrá, pero nació con veinticinco dedos de frente.» Mi abuelo la consuela a ella y me consuela a mí diciendo: Como Einstein. Todos los sabios han tenido siempre veinticinco dedos de frente. Al Imbécil le tuvo que hacer otro traje de paloma porque el Imbécil es culo-veo-culo-quiero, y como no le hagan el mismo disfraz que a mí ha cogido la costumbre de no comer y mi madre dice que un día se nos va a deshidratar. A mí me da igual que se deshidrate; el que se deshidrata hoy día es porque quiere. Ah, se siente. Total, que el día C la C es por Concurso y por Carnaval mi madre nos vistió con nuestros trajes de papel cebolla y nos dijo que nos fuéramos yendo para el colegio. A ella le gusta mucho ver que salimos vestidos de paz mundial y cogidos de la mano. No me preguntes por qué, nunca he podido explicármelo. Nos encontramos a la Luisa por la escalera y la Luisa va y nos dice: Mira tu madre la maña que se ha dado para vestiros de pingüinos. Así que no tuve más remedio que agarrar al Imbécil y volver a subir a mi casa para decirle a mi madre que nosotros de pingüinos no queríamos salir a la calle, ni aunque fuera por la paz mundial. Mi madre nos dijo que la Luisa no sabía distinguir entre un pingüino de su marido y entre una paloma de su madre, y que fuéramos arreando para el colegio, que siempre tenemos que llegar tarde a todas partes. Por la calle una señora le dijo a otra: Mira que pingüinos tan ricos, mujer. Pero ya no quise volver a casa porque mi madre en ciertos momentos de su vida se puede llegar a poner violenta y, al fin y al cabo, nosotros estábamos representando a la paz mundial. Cuando llegamos al colegio nos quedamos alucinados: en la puerta estaba Yihad vestido con unas plumas que parecía una gallina, estaba el Orejones que parecía un pavo, la Susana parecía un avestruz, Paquito Medina un pelícano, y así hasta treinta y tres. No había dos pájaros iguales. Bueno, sí, el Imbécil y yo: Esos pingüinos tan ricos. Mi abuelo, que acababa de llegar, dijo: - Esto lo tenía que haber visto Alfred Hitchkock para hacer Los Pájaros. Segunda parte.

Todos nos quedamos mirando los unos a los otros, y muy mosqueados nos fuimos escoltados por la sita Asunción hasta la discoteca «Silicona», donde se celebraba el Festival. La sita Asunción no se quedaba atrás; también se había vestido y parecía una pata o una gansa. Moviendo las alas nos dijo que iban a retransmitir el Festival por Radio Carabanchel, que es una radio que se hace en mi barrio y que, como no tienen dinero para micrófonos, mi abuelo dice que hacen los programas por el viejo sistema indio de abrir la ventana y hablar a gritos. La sita Asunción estaba tan contenta que no parecía la sita Asunción. Si no hubiera sido porque nosotros también íbamos de pajarracos nos habríamos partido de risa viéndola por mitad de Carabanchel vestida de paz mundial. La sita nos dijo que cuando saliéramos al escenario, ella diría: ¡Una, dos y tres! Y nosotros teníamos que responder moviendo las alas y gritando todos a una, hasta rompernos la garganta: ¡Viva la paz mundial! La sita quería que ensayáramos, así que en plena calle chilló como una loca: ¡Una, dos y tres! Nosotros íbamos a gritar ¡Viva la paz mundial! pero, al ir a mover las alas, nos empezamos a enredar unos con otros, y si la sita no llega a poner orden habríamos llegado a la discoteca completamente desplumados. La sita nos dijo que nos olvidáramos de mover las alas, que ya las moveríamos después de ganar el premio. Ya estábamos en la discoteca. Nos sentamos los treinta y el Imbécil en un rincón. El presentador era el director de la Guardería «El Pimpollo», que está al lado de mi casa. Iba vestido el tío de Superman; a Yihad le rechinaban los dientes de la envidia cochina que tenía. Yo aproveché la ocasión para hacerle un poco la pelota a mi amigo el chulito Yihad. Le dije: Ese tío no puede ser Superman con la barriga que tiene. Un tío con una barriga como ésa no puede sobrevolar las cataratas del Niágara, porque la fuerza de gravedad de nuestro planeta atrae a los cuerpos gordos como ése. Y entonces, ¿qué ocurriría? dijo Yihad, que estaba interesadísimo en mis teorías. Que se espanzurraría contra el suelo. Yihad no solamente se había quedado muy impresionado con mis altos conocimientos científicos, sino además muy contento. Lo de que «se espanzurraría contra el suelo» le había devuelto su optimismo de siempre; ya no sentía envidia, ahora miraba al presentador-Superman por encima de las plumas, como mira un superhéroe profesional a un superhéroe de pacotilla.

Superbarriga iba anunciando a los grupos de los colegios, que iban saliendo al escenario entre los abucheos de los que estábamos sentados. Como comprenderás no íbamos a aplaudir a nuestros enemigos. Acuérdate de que nuestro lema era: ¡Los vamos a machacar! Salieron unos disfrazados de árboles. El grupo se llamaba «El Otoño». Llevaban una cadena que colgaba de una rama, tiraban de la cadena y automáticamente caían las hojas. El público se quedó alucinado por la tontería que acababa de ver. Los padres de este grupo se habían llevado una pancarta para animar a sus hijos; fueron los únicos que les aplaudieron, claro. Los demás miramos en silencio cómo se pasaron diez minutos en el escenario recogiendo las hojas que habían tirado. Luego, salieron los clásicos superhéroes, unos niños que iban disfrazados de reality-chows con cuchillos clavados en la espalda, otros que iban de bollicaos... Nosotros salimos los quintos, estábamos amaestrados para gritar detrás del «Un, dos, tres» de la sita Asunción eso de «¡Viva la paz mundial!», pero no nos dio tiempo a hacer nuestro número porque cuando la sita dijo «Un, dos y tres», se oyó la voz de un chaval que va aun colegio de Formación Profesional de mi barrio que se llama «Baronesa Thyssen»:¡Yihad, qué bien te sienta el traje de gallina! Yihad se tiró del escenario para volverle la cabeza del revés al tío gracioso ése. La Susana detrás para defender a Yihad y todos los demás detrás de la Susana y de Yihad, porque si no defendemos a Yihad luego nos pega él a nosotros. El padre del chaval del «Baronesa Thyssen» dijo: - Mi niño tiene parte de razón: Yihad parece una gallina y está concursando de paloma, y eso, se mire como se mire, es intolerable.

Mi sita Asunción se quedó sola en el escenario. Lloraba la pobre con su disfraz de pata. Nosotros tuvimos que separar a nuestros padres de los padres del «Baronesa Thyssen» porque estaban a punto de faltarse al respeto, y nosotros, al fin y al cabo, estábamos representando la paz mundial. Aquel carnaval tenía toda la pinta de ser el peor de nuestras vidas, pero no te vas a creerlo que pasó al final, porque lo que pasó no se lo esperaban ni los chinos de Rusia. Una vez que la pelea se calmó y se despejó el escenario, salió Superbarriga con su pinta de Superman de la Tercera Edad y quiso hacer como que volaba. Por poco se mata el tío en uno de sus intentos por despegar del suelo. Ya ves, si eso fuera tan fácil todo el mundo sería superhéroe, no te fastidia. La verdad es que hubo que agradecerle el tropezón: fue lo que más gracia le hizo al público en toda la tarde. Yihad le estaba explicando a unos de otro colegio: Ese tío no puede ser Superman con la barriga tan gorda que tiene porque la «falta de variedad» del planeta Tierra le empuja a espanzurrarse contra el suelo. ¡La falta de variedad! Qué bestia que es Yihad, la única palabra que había conseguido aprenderse bien de mi teoría era el famoso «espanzurrarse». Pero no te creas que le llamé la atención; si le llego a corregir, yo también hubiera sabido lo que era espanzurrarse contra este planeta del que tanto hablamos. Superbarriga leyó los premios yendo del tercero al primero para hacer esos momentos más emocionantes: El tercer premio le corresponde ¡al grupo «Reality-Chows»!, por su simpatía y originalidad. El público en pleno se deshizo en abucheos: ¡¡¡Fuera!!! El segundo premio se lo hemos concedido al grupo «El Otoño», por la belleza en la representación de una estación del año tan importante como las demás. ¿Había dicho «por la belleza»? Le dije a Yihad que aquel jurado se merecía que lo tirasen por las cataratas de Niágara, seguido de Superbarriga, claro. Una vez más estábamos de acuerdo. El más chulito de mi clase y yo estábamos de acuerdo en todo; de repente yo era su mejor amigo. Estaba muy orgulloso de mí mismo, porque cuando el tío más chulo de tu colegio es tu amigo, eso quiere decir que tienes las espaldas cubiertas; es como si tuvieras al genio de la lámpara a tu disposición, siempre dispuesto a defenderte ante cualquier enemigo. Y el primer premio... Superpatoso hizo una pausa para crear más expectación. Te aseguro que se podía oír el rechinar de dientes de los espectadores ansiosos . El primer premio se lo hemos con cedido por unanimidad al grupo «Los pájaros», por su defensa de especies en vías de extinción. Como nadie salía, el presentador lo tuvo que repetir. Nos miramos los unos a los otros:¿Pero nosotros no habíamos venido por la paz mundial? Se ve que de lo de la paz mundial no se había enterado nadie, así que tuvimos que admitir que éramos un grupo de pájaros en vías de extinción. No siempre uno es lo que quiere ser en esta vida. Nos hicieron salir otra vez al escenario para recoger el premio. El premio estaba en una caja grande. Nos tiramos todos a por la caja para abrirla. El Imbécil intentaba abrirla a mordiscos. Con el follón nos estábamos quedando sin alas, pero eso ya no nos importaba; al fin y al cabo ya no teníamos la responsabilidad de representar a la paz mundial: éramos pájaros en peligro de extinción. Mi sita se abrió paso dando unos cuantos pellizcos a traición y consiguió abrir la caja con sus manos poderosas. Superbarriga pidió un gran aplauso para el premio. Era material escolar: libros, cuadernos y cosas así. ¡Todo el rollo repollo de la paz mundial para ganar libros para estudiar! El único que aplaudió fue el Imbécil; como todavía no ha estudiado en lo que lleva en este planeta, no sabe lo que es eso, hay que perdonarle por su ignorancia. Abandonamos el escenario. Ya no teníamos nada que hacer allí. El regalo se lo podía quedar la sita Asunción y comérselo con patatas. Ella estaba encantada mirando todos los libros y seguramente planeando nuevos deberes con los que destrozarnos el cerebro. Nuestros padres estaban orgullosos de aquellos hijos en peligro de extinción. Por la tarde me dejaron bajar al parque del Ahorcado. Me vestí con mi supertraje de Hombre Araña. Mi madre le dijo a la Luisa: Los niños son así. Ellos se ponen su disfraz de superhéroes y tan contentos. Lo que yo digo: Los niños son A, B y C, y de ahí no les saques. Estuve a punto de bajar trepando por las paredes de mi torre, pero soy un niño consciente de mis limitaciones y sé que lo único que tengo de Hombre Araña es el disfraz. Cuando llegué al parque del Ahorcado ya me estaban esperando mis amigos: Yihad, de Superman; el Orejones, de Superman, pero sin capa porque le tocaba ser el ayudante de Superman; la Susana, de la Bella, aunque en cuanto estás con ella un rato te das cuenta de que es la Bestia disfrazada de la Bella; Paquito Medina, de Robín de los Bosques, y el Imbécil, que seguía con su traje de pingüino porque mi madre le había convencido de que era el más bonito del barrio (a esa edad todavía te crees las mentiras de las madres).

Jugamos a superhéroes. Hicimos dos equipos. Yihad me pidió a mí para el suyo. Le dije que si le parecía bien que nuestro lema de ataque fuera: «Los vamos a machacar por la paz mundial.» Le pareció chachi. Estaba claro que yo me había convertido en su gran amigo .Jugamos al pañuelo, a la peste bubónica y al churro mediamanga mangaentera que es un juego que consiste en que un equipo se agacha y el otro se tira encima sin piedad, es un juego de los llamados «educativos». Yo hacía todo lo que podía, corría y aguantaba con todas mis fuerzas, pero los demás siempre conseguían ganarme. Es el único defecto que le encuentro yo a los juegos de correr y de fuerza, que siempre me ganan. Cuando Yihad se dio cuenta de que conmigo en su equipo no se comía una rosca, decidió que a partir de ese momento ya nadie iría en equipo. El único interés de Yihad era ganar como fuera a Paquito Medina. Ganarnos al Orejones, a la Susana, al Imbécil o a mí no tiene emoción para Yihad. Cogí al Imbécil de la mano y nos fuimos para casa. En realidad me fui porque no podía aguantarme las ganas de llorar. Había pasado de ser el gran amigo de Yihad a ser una rata de alcantarilla, y eso es algo que fastidia a cualquiera. El Imbécil me vio llorar y se puso a llorar él también. A él se le contagia todo, lo bueno y lo malo. Eso es lo que dice mi madre. Tuvimos que compartir el pañuelo. Primero me soné yo y luego le puse a él el pañuelo en la nariz. Hizo lo de siempre: prepararse con mucha concentración, tomar aire y luego echarse los mocos para adentro en vez de echarlos en el pañuelo. Es su estilo. Y yo me tuve que reír aunque tenía lágrimas en los ojos porque hay que reconocer que aunque sea el Imbécil también es bastante gracioso. En algo se tenía que parecer a mí. En esas estábamos cuando llegó corriendo Paquito Medina y nos dijo: ¿Qué hacéis? Llorando de la risa le contesté yo.

A ver si te crees que le iba a confesar la verdad. Entonces Paquito Medina me dijo que si quería ir el domingo a jugar a su casa con el ordenador. Yo le pregunté: ¿También vas a invitar a Yihad? Yihad me lo puede romper. Es un bestia. Le dije que sí. La verdad es que era un rollo repollo jugar con Paquito Medina al ordenador porque Paquito Medina gana en todo; igual que yo pierdo en todo, pero no me importaba. El tío más listo que yo había conocido en mi vida en la Tierra me quería invitar a mí solo: ¿Por qué? Porque Manolito Gafotas no rompe los ordenadores, porque Manolito Gafotas no es un bestia como otros, porque Manolito Galotas es un tío de toda confianza. Estaba claro que Paquito Medina había decidido que yo fuera su gran amigo. Creo que fue uno de los momentos más felices de mi vida. Me dieron ganas de subir a mi casa trepando por las paredes con mi disfraz de Hombre Araña, pero no lo hice. A mi madre no le gusta que el Imbécil suba solo las escaleras. El Imbécil y yo echamos una carrera hasta mi piso. Le gané, claro. Hay dos personas en el mundo mundial a las que gano corriendo: al Imbécil y a mi abuelo Nicolás. ¿Qué pasa? ¡Los hay peores! Cuando nos estábamos poniendo el pijama, mi abuelo nos decía: - Uno, dos y tres. Y el Imbécil y yo gritábamos con todas nuestras fuerzas: ¡Viva la paz mundial! Lo estábamos pasando bestial hasta que vino el plasta del vecino de arriba a protestar por el follón. Estaba claro que el famoso lema de la sita Asunción siempre traía problemas a nuestras vidas.

# Los chicos

[Cuento - Texto completo.]

Ana María Matute

Eran cinco o seis, pero así, en grupo, viniendo carretera adelante, se nos antojaban quince o veinte. Llegaban casi siempre a las horas achicharradas de la siesta, cuando el sol caía de plano contra el polvo y la grava desportillada de la carretera vieja, por donde ya no circulaban camiones ni carros, ni vehículo alguno. Llegaban entre una nube de polvo que levantaban sus pies, como las pezuñas de los caballos. Los veíamos llegar y el corazón nos latía de prisa. Alguien, en voz baja, decía: «¡Que vienen los chicos…!» Por lo general, nos escondíamos para tirarles piedras, o huíamos.

Porque nosotros temíamos a los chicos como al diablo. En realidad, eran una de las mil formas de diablo, a nuestro entender. Los chicos, harapientos, malvados, con los ojos oscuros y brillantes como cabezas de alfiler negro. Los chicos, descalzos y callosos, que tiraban piedras de largo alcance, con gran puntería, de golpe más seco y duro que las nuestras. Los que hablaban un idioma entrecortado, desconocido, de palabras como pequeños latigazos, de risas como salpicaduras de barro. En casa nos tenían prohibido terminantemente entablar relación alguna con esos chicos. En realidad, nos tenían prohibido salir del prado bajo ningún pretexto. (Aunque nada había tan tentador, a nuestros ojos, como saltar el muro de piedras y bajar al río, que, al otro lado, huía verde y oro, entre los juncos y los chopos.) Más allá, pasaba la carretera vieja, por donde llegaban casi siempre aquellos chicos distintos, prohibidos.

Los chicos vivían en los alrededores del Destacamento Penal. Eran los hijos de los presos del Campo, que redimían sus penas en la obra del pantano. Entre sus madres y ellos habían construido una extraña aldea de chabolas y cuevas, adosadas a las rocas, porque no se podían pagar el alojamiento en la aldea, donde, por otra parte, tampoco eran deseados. «Gentuza, ladrones, asesinos.. .» decían las gentes del lugar. Nadie les hubiera alquilado una habitación. Y tenían que estar allí. Aquellas mujeres y aquellos niños seguían a sus presos, porque de esta manera vivían del jornal que, por su trabajo, ganaban los penados.

El hijo mayor del administrador era un muchacho de unos trece años, alto y robusto, que estudiaba el bachillerato en la ciudad. Aquel verano vino a casa de vacaciones, y desde el primer día capitaneó nuestros juegos. Se llamaba Efrén y tenía unos puños rojizos, pesados como mazas, que imponían un gran respeto. Como era mucho mayor que nosotros, audaz y fanfarrón, le seguíamos adonde él quisiera.

El primer día que aparecieron los chicos de las chabolas, en tropel, con su nube de polvo, Efrén se sorprendió de que echáramos a correr y saltáramos el muro en busca de refugio.

-Sois cobardes -nos dijo-. ¡Esos son pequeños!

No hubo forma de convencerle de que eran otra cosa, de que eran algo así como el espíritu del mal.

-Bobadas -nos dijo. Y sonrió de una manera torcida y particular, que nos llenó de admiración.

Al día siguiente, cuando la hora de la siesta, Efrén se escondió entre los juncos del río. Nosotros esperábamos, detrás del muro, con el corazón en la garganta. Algo había en el aire que nos llenaba de pavor. (Recuerdo que yo mordía la cadenita de la medalla y que sentía en el paladar un gusto de metal raramente frío. Y se oía el canto crujiente de la cigarra entre la hierba del prado.) Echados en el suelo, el corazón nos golpeaba contra la tierra.

Al llegar, los chicos escudriñaron hacia el río, por ver si estábamos buscando ranas como solíamos. Y para provocarnos, empezaron a silbar y a reír de aquella forma de siempre, opaca y humillante. Era su juego: llamarnos sabiendo que no apareceríamos. Nosotros seguíamos ocultos y en silencio. Al fin, los chicos abandonaron su idea y volvieron al camino, trepando terraplén arriba. Nosotros estábamos anhelantes y sorprendidos, pues no sabíamos lo que Efrén quería hacer.

Mi hermano mayor se incorporó a mirar por entre las piedras y nosotros le imitamos. Vimos entonces a Efrén deslizarse entre los juncos como una gran culebra. Con sigilo trepó hacia el terraplén, por donde subía el último de los chicos, y se le echó encima.

Con la sorpresa, el chico se dejó atrapar. Los otros ya habían llegado a la carretera y cogieron piedras, gritando. Yo sentí un gran temblor en las rodillas, y mordí con fuerza la medalla. Pero Efrén no se dejó intimidar. Era mucho mayor y más fuerte que aquel diablillo negruzco que retenía entre sus brazos, y echó a correr arrastrando a su prisionero al refugio, donde le aguardábamos. Las piedras caían a su alrededor y en el río, salpicando de agua aquella hora abrasada. Pero Efrén saltó ágilmente sobre las pasaderas y, arrastrando al chico, que se revolvía furiosamente, abrió la empalizada y entró con él en el prado. Al verlo perdido, los chicos de la carretera dieron media vuelta y echaron a correr, como gazapos, hacia sus chabolas.

Sólo de pensar que Efrén traía a una de aquellas furias, estoy segura de que mis hermanos sintieron el mismo pavor que yo. Nos arrimamos al muro, con la espalda pegada a él, y un gran frío nos subía por la garganta.

Efrén arrastró al chico unos metros, delante de nosotros. El chico se revolvía desesperado e intentaba morderle las piernas, pero Efrén levantó su puño enorme y rojizo y empezó a golpearle la cara, la cabeza, la espalda. Una y otra vez, el puño de Efrén caía, con un ruido opaco. El sol, brillaba de un modo espeso y grande sobre la hierba y la tierra. Había un gran silencio. Sólo oíamos el jadeo del chico, los golpes de Efrén y el fragor del río, dulce y fresco, indiferente, a nuestras espaldas. El canto de las cigarras parecía haberse detenido. Como todas las voces.

Efrén estuvo un rato golpeando al chico con su gran puño. El chico, poco a poco, fue cediendo. Al fin, cayó al suelo de rodillas, con las manos apoyadas en la hierba. Tenía la cara oscura, del color del barro seco, y el pelo muy largo, de un rubio mezclado de vetas negras, como quemado por el sol. No decía nada y se quedó así, de rodillas. Luego, cayó contra la hierba, pero levantando la cabeza, para no desfallecer del todo. Mi hermano mayor se acercó despacio, y luego nosotros.

Parecía mentira lo pequeño y lo delgado que era. «Por la carretera parecían mucho más altos», pensé. Efrén estaba de pie a su lado, con sus grandes y macizas piernas separadas, los pies calzados con gruesas botas de ante. ¡Qué enorme y brutal parecía Efrén en aquel momento!

-¿No tienes aún bastante? -dijo en voz muy baja, sonriendo. Sus dientes, con los colmillos salientes, brillaban al sol-. Toma, toma…

Le dio con la bota en la espalda. Mi hermano mayor retrocedió un paso y me pisó. Pero yo no podía moverme: estaba como clavada en el suelo. El chico se llevó la mano a la nariz. Sangraba, no se sabía si de la boca o de dónde. Efrén nos miró.

-Vamos -dijo-: Este ya tiene lo suyo-. Y le dio con el pie otra vez.

-¡Lárgate, puerco! ¡Lárgate en seguida!

Efrén se volvió, grande y pesado, despacioso hacia la casa, muy seguro de que le seguíamos.

Mis hermanos, como de mala gana, como asustados, le obedecieron. Sólo yo no podía moverme, no podía, del lado del chico. De pronto, algo raro ocurrió dentro de mí. El chico estaba allí, tratando de incorporarse, tosiendo. No lloraba. Tenía los ojos muy achicados, y su nariz, ancha y aplastada, brillaba extrañamente. Estaba manchado de sangre. Por la barbilla le caía la sangre, que empapaba sus andrajos y la hierba. Súbitamente me miró. Y vi sus ojos de pupilas redondas, que no eran negras, sino de un pálido color de topacio, transparentes, donde el sol se metía y se volvía de oro. Bajé los míos, llena de una vergüenza dolorida.

El chico se puso en pie despacio. Se debió herir en una pierna, cuando Efrén le arrastró, porque iba cojeando hacia la empalizada. No me atreví a mirar su espalda, renegrida, y desnuda entre los desgarrones. Sentí ganas de llorar, no sabía exactamente por qué. Únicamente supe decirme: “Si sólo era un niño. Si era nada más que un niño, como otro cualquiera”.

FIN

El destello de Hiroshima

Aquella mañana, el cielo en Hiroshima estaba muy despejado.
El sol calentaba con gran fuerza. Los siete ríos de Hiroshima fluían silenciosamente. Los tranvías iban despacio.
A pesar de la guerra.
Tokio, Osaka, Nagoya y otras ciudades habían sido bombardeadas. Sólo permanecía intacta Hiroshima.
Sus habitantes decían con temor: «pronto nos tocará».
Para evitar que el fuego se propagara, derribaron edificios y ensancharon calles. Hicieron acopio de agua y prepararon los lugares que servirían de refugio.
Nadie salía sin proteger su cabeza con una capucha. Y siempre llevaban consigo unas pocas medicinas.
Miichan estaba desayunando con sus padres.
El arroz tenía un color rosado porque estaba mezclado con batatas que les había traído un pariente del campo.
—¡Mmm... qué rico! —dijo Miichan, con la boca llena.
—Está muy bueno —afirmó sonriendo el padre.
Miichan tenía sólo siete años.

6 de agosto de 1945.
8,15 horas.

De pronto sucedió.
Se oyó un ruido ensordecedor y un horrible resplandor atravesó el cielo.
Era una luz naranja; no, una luz muy blanca, deslumbrante, amenazadora, como si cien relámpagos estallaran a la vez.
Un bombardero americano B-29 había lanzado la primera bomba atómica, la primera, en la historia de la Humanidad. Se llamaba «Littleboy» — niño.
Cuando Miichan recobra el sentido, todo a su alrededor está oscuro.
Todo es quietud y silencio.
«Dios mío. Pero ¿qué ha pasado?, ¿qué sucede? No me puedo mover...»
Se acercaba un ruido crepitante y en la oscuridad se elevó una roja llamarada.
¡Fuego! ¡Un incendio!
—¡Miichan! —gritó su madre.
Miichan estaba allí, inmóvil, apresada bajo unas maderas.
Al fin pudo salir arrastrándose. La madre la abrazó con fuerza.
Rápido, rápido. ¡El fuego!
¿Papá?
El padre estaba entre las llamas.
—No, ¡no te acerques!
Miichan y su madre, desesperadas, contemplaban las llamas, juntando sus manos en un rezo.
De pronto oyeron un ruido y vieron al padre entre el fuego. La madre corrió a salvarle.
—Papá está herido. ¡Tiene agujeros en el cuerpo —gritó Miichan.
Con el cinturón del kimono le vendaron las heridas.
«¿De dónde sacaría mamá tanta fuerza?»
Cargando al padre sobre su espalda tomó a Miichan de la mano y echaron a correr.

¡El río!
—¡Agua! —gritaba suplicante Miichan.
A tropiezos llegaron hasta la orilla y cayeron al río.
Miichan se soltó de la mano de su madre.
—Ánimo, ¡corre! —le gritó mamá.
Mucha gente, a su alrededor, corría también escapando del fuego.
Tenían los ojos y los labios hinchados, y sus kimonos, abrasados.
—Agua, ¡agua! —suplicaban los niños casi sin voz.
Algunos vagaban como fantasmas, y su piel quemada les caía a jirones. Otros, sin fuerzas, permanecían en el suelo.
Había montones de cuerpos.
¡Ni el infierno podría ser más espantoso!
Desesperados, continuaron su huida y aún cruzaron otro río. Pero la madre de Miichan desfallecía de cansancio.
«Hop, hop» —Miichan escuchó un ruido junto a sus pies.
Eran golondrinas que, con sus alas quemadas, ya no podían volar.
El río arrastraba cuerpos y restos humanos, también un gato.
A lo lejos —al volver la cabeza— Miichan vio a una madre con su bebé en brazos.
—He podido escapar hasta aquí, pero al darle de mamar vi que estaba muerto.
Y así, con el niño en sus brazos, se sumergió en la profundidad del agua, hasta que Miichan no la vio más.
El cielo se oscureció y se oyeron truenos.
Comenzó a llover.
La lluvia era negra, densa como aceite, y aunque era el mes de agosto, un frío intenso heló el ambiente.
El arco iris apareció en la oscuridad del cielo brillando con fuerza sobre muertos y heridos.

El fuego seguía extendiéndose.
Miichan y su madre, con el padre al hombro, corrían en silencio.
El suelo estaba lleno de tejas rotas, cables y postes derribados.
Atravesaban casas en llamas y así, alcanzaron otro río.
Ya dentro del agua, el cansancio se apoderó de Miichan... ¡Glu, glu...! Tragó agua... Un brazo le tiende ayuda, es mamá.
Por fin se acercan a Miyajima Guchi.
Una niebla de color violeta envolvía la isla.
El mar era transparente. Podían apreciarse los pinos y los arces, que crecían en Miyajima.
Cruzarían en barco a la isla y el fuego no les atraparía...
Pensando en ello, los ojos de Miichan se cerraban de sueño, y también sus padres, agotados, se quedaron dormidos.

El sol se había ocultado, se hizo de noche.
Amaneció, llegó la mañana y de nuevo sobrevino la noche.
El sol apareció otra vez, un nuevo día sucedió a la noche.
—Perdone, ¿qué día es hoy? —preguntó la madre a alguien que pasaba.
—Hoy es 9 —respondieron.
Contó con sus dedos...
Habían pasado 4 días desde aquello...
Miichan lloraba.
A su lado, una anciana que parecía sin vida, se levantó de repente, sacó de su bolsa una torta de arroz, y se la ofreció a Miichan.
La anciana se desplomó, quedando inmóvil.

—¿Pero aún tienes los palillos en las manos? ¡Suéltalos!
Los dedos de Miichan sostenían aún los palillos con que comía aquel arroz rosado. Su madre le separó los dedos y al fin, después de cuatro días, los palillos cayeron de sus manos.
Llegaron los bomberos de una aldea cercana.
Los soldados recogían a los muertos.
El olor de los cuerpos quemados hacía el aire irrespirable.
En una escuela, que el fuego había respetado, hicieron un hospital. No tenían camas, ni sábanas.
No había médicos, vendas ni medicinas.
Los heridos permanecían en el suelo, y el padre de Miichan era uno de ellos.

«¿Qué habría pasado con la casa?»
Miichan y su madre regresaron a ella.
—¡Mira tu tazón de arroz, todo roto!
—¿Qué le habrá pasado a Sachan, mi vecina?
Y Tichan, ¿dónde estará? Miichan no encontró a ninguno de sus amigos.
No quedaban árboles, ni casas, ni hierba, en Hiroshima.
Sólo un inmenso campo abrasado.
Una sola bomba, que explotó en un instante, había causado innumerables muertos, otros más murieron tiempo después.
No todos los muertos fueron japoneses.
También murieron coreanos, que habían sido trasladados a la fuerza, para trabajar en Japón. Sus cuerpos quedaron abandonados, y se dice que fueron picoteados por miles de cuervos.

El 9 de agosto, fue lanzada en Nagasaki la segunda bomba atómica.
Murieron muchos japoneses y coreanos, pero también chinos, indonesios y rusos, e incluso americanos, del país que había arrojado la bomba.

Miichan no creció más. Aún después de mucho tiempo parece que siguiera teniendo siete años.
—Es por culpa del destello —dice su madre con lágrimas en los ojos.
—Me pica aquí —dice a veces Miichan, señalando su cabeza con el dedo. Y su madre, entre los cabellos, encuentra un pequeño cristal incrustado, de cuando ocurrió «el destello».
El padre había mejorado, y cuando sus siete heridas cicatrizaron, todos creyeron que estaba curado.
Pero un día, tras un otoño lluvioso, su pelo cayó a mechones y murió de una hemorragia. Su cuerpo se había cubierto de manchas moradas y lanerías moradas.
Los que no habían sufrido heridas o quemaduras se alegraban de haber sobrevivido, pero con el paso del tiempo morían como el padre de Miichan.
Los que vinieron a Hiroshima, buscando a sus familiares, también murieron, del mismo modo.
Aún hoy, en los hospitales de esta ciudad muchas víctimas del «destello» siguen enfermas. No se pueden curar.

El 6 de agosto de cada año, los siete ríos de Hiroshima se llenan de farolillos.
Cada ciudadano inscribe en ellos los nombres de los seres queridos que murieron por el «destello»: «Chiyo-chan», «Tomi-chan», «Hermanito», «Mamá», «Papá»...
Los siete ríos de Hiroshima se iluminan y, como cintas de fuego, fluyen hacia el mar.
Y como en el día del destello, cuando la corriente arrastraba los cuerpos, los farolillos van flotando hasta el mar.
Miichan escribió: «Papá», en un farol, y en otro puso: «golondrinas».
El pelo de mamá se ha vuelto todo blanco.
Con sus manos acaricia la cabeza de Miichan, que sigue teniendo 7 años, y dice:

—Las bombas no caen solas, las tiran los hombres... Los hombres son los responsables de esta atrocidad, no el azar, ni la casualidad... Que otros hombres puedan impedir que esto suceda de nuevo.

\*\*\*

Hace aproximadamente 27 años, exponía mis pinturas en una pequeña ciudad de Hokkaîdo, con el tema: «Imágenes de la bomba atómica».
Desde la entrada, me dirigía a la gente diciendo: «¡Basta de bombas! ¡No más guerras!», e invitaba a los visitantes a firmar un manifiesto.
De pronto, una mujer, con aire indignado, irrumpió en la sala y contempló en silencio los cuadros expuestos.
—¡Cómo podrán pintar sobre el sufrimiento humano! Eso pensé al pasar delante de esta exposición, sin aceptar la idea; pero, tras un instante, retrocedí y decidí entrar a verla...
...Y esta mujer nos habló de Hiroshima, de la catástrofe que el «destello» había provocado; de cómo había huido sosteniendo a su marido y con su hijita de la mano.
Terminó su relato diciendo:
—Después del «destello», vine a vivir a Hokkaîdo. La gente de aquí piensa que exagero o que cuento mi historia para que me compadezcan... Había decidido no hablar más, y admitir que no es un tema agradable de conversación, y que quizá es mejor callar.
Todos los presentes la habían escuchado con atención. Incluso algunos lloraban. Esta escena quedó profundamente grabada en mi memoria. ¿Qué le sucedería a Miichan, que tras el «destello» no volvió a crecer?
¿Qué será de esta mujer en cuya historia me inspiré, y de otras víctimas de la bomba con quienes hablé para escribir este libro?
Pronto cumpliré 70 años, y no tengo hijos. Este libro es mi testamento a favor de todos los niños.
Me llevó mucho tiempo terminarlo. Lo he reescrito muchas veces, dudando, tratando de expresar fielmente mis sentimientos.
Toshi Maruki

«Que no vuelva a suceder nunca», es el mensaje que nos deja Toshi Maruki, pintora japonesa.
En colaboración con su esposo, Iri Maruki, ha realizado numerosas obras de arte, entre las que destacan los frescos titulados «Imágenes de la bomba atómica».

Toshi Maruki
El destello de Hiroshima

**La casa de Tres Botones. De Gianni Rodari.**

Había una vez un carpintero que se llamaba Tres Botones. La verdad es que quizá se llamase Jaime o Napoleón, pero le habían puesto el sobrenombre de Tres Botones hacía ya tanto tiempo que ni tan siquiera él se acordaba de su verdadero nombre. Vivía en un pueblo muy pobre, muy pobre, donde la gente no tenía dinero para hacerse muebles nuevos. Los encargos que recibía en un año más o menos eran una mesa y cuatro sillas. Y al año siguiente le encargaban apenas un taburete. — ¿No queréis un armario? — ¡Uy! ¡Lo que debe costar! — ¿Y una cómoda? — ¡Uy! ¡Debe costar un ojo de la cara! --¿Una percha? — ¡Muy bien! ¿Y qué colgaremos en la percha? Los pocos vestidos que tenían los llevaban puestos encima. Tres Botones pensó: Me conviene cambiar de pueblo. Pero si voy a un nuevo pueblo tendré que comprar una casa o al menos alquilarla. Vale más que me haga una casita de madera con ruedas para llevármela por todas partes y cuando haya hecho fortuna me casaré, y cuando me haya casado la daré a mis hijitos para jugar. Dicho y hecho, se puso a trabajar. Era un buen carpintero; el trabajo no le asustaba y no tenía miedo de darse un martillazo en los dedos. Además, Tres Botones era menudo. Además era flaco. No precisaba de una casa muy grande. De hecho, la hizo pequeñísima; dentro cabían él, el martillo y la gubia, pero la sierra no, la sierra tuvo que colgarla de un clavo al otro lado de la puerta. Encima de la puerta pintó su nombre: Tres Botones. De-bajo de la casa puso cuatro ruedecitas. Y para arrastrarla una barra de madera. — Mira, mira —decía la gente—, Tres Botones se ha hecho una casa con mango. Y se reían. Pero Tres Botones hacía ver que no había oído. Cuando se fue, arrastrando tras de sí su casita con ruedas, la gente decía: «Mira, mira, Tres Botones se ha comprado una roulotte. ¿Y la gasolina dónde la metes si no tienes depósito? ¿Que?, te la bebes». Tres Botones levantó su sombrero para saludar y se fue, La casa era ligera. En las bajadas, Tres Botones se montaba encima, como si fuese una carretilla, y ¡hala! Anda que te andarás llegó la noche, y Tres Botones se paró en un prado. —Dormiré aquí, que por hoy ya he hecho bastante camino. Lo despertó, algunas horas después, la lluvia, que golpeaba el tejado. Había estallado un temporal y los rayos relampagueaban por todas partes. — Mira cómo truena —se dijo Tres Botones—. Pero no eran sólo los truenos. Alguien llamaba en las paredes de la casita, llamaba, llamaba, y una voz imploraba: — ¡Abreme, por favor! ¡Abreme, Tres Botones! — ¿Quién es? — Me estoy mojando, déjame entrar. — Inténtalo —dijo Tres Botones, abriendo la puertecita—. Yo la casa me la he hecho a medida, pero si tú también cabes, tan contento. — Donde hay sitio para uno, hay sitio para dos. Entró un viejecito, se retorció la barba para escurrir el agua y se acostó. — ¿Ves como quepo? — Ya lo veo, ya lo veo. ¿Pero tú, quién eres? —Soy tu tío Caramelo. Me he quedado solo, no tengo ya a nadie que me dé un plato de sopa, y he pensado en ti. Imagínate lo mal que lo he pasado cuando en el pueblo me han dicho que te habías marchado. Por suerte los chiquillos habían visto qué camino habías cogido y me lo han indicado. Te has hecho una casa nueva ¿eh? Entonces ¿las cosas te van bien? — Muy bien, muy bien —dijo Tres Botones—. — Estupendo, me alegro —dijo el tío Caramelo—. Ahora perdóname, pero necesito dormir. Hablaremos mañana. — Feliz descanso —dijo Tres Botones—. Pero él se quedó despierto rascándose la cabeza y pensaba: Pobre viejo, apuesto a que ni tan siquiera ha cenado. Igual que yo. Y mientas tanto tronaba y tronaba. Pero no eran sólo truenos. Había alguien que llamaba a la puerta, y una voz rogaba: — ¡Abrid, por favor! ¡Abrid! — ¿Quién es? — Una pobre mujer con sus tres hijos. El temporal nos ha pillado en camino y no tenemos dónde resguardarnos. — Entrad —dijo Tres Botones, abriendo la puerta—, si podéis. Yo me he hecho la casa a medida, pero si también cabéis vosotros, tan contento. — Donde hay sitio para dos, hay sitio para tres. Y los niños, ya se sabe, no hacen bulto. Entró la mujer, entraron sus hijos, se acostaron y cabían todos. — Os lo agradezco mucho —dijo la mujer; se está muy bien aquí dentro. — Perdóneme, pero ¿a dónde iba usted con este tiempecito? — Iba a la ventura, iba —dijo la mujer, poniéndose a llorar—. Me he quedado viuda con estos tres hijitos, ya no podía pagar el alquiler y el patrón de la casa me ha echado. ¡Quién sabe qué será de nosotros mañana! — Ahora no piense en eso. Intente dormir. Tres Botones, sin embargo, no podía dormir y pensaba: pobrecita ella y pobrecitos sus niños. Apuesto a que no han cenado siquiera. Igual que yo y que el tío Caramelo. El temporal continuaba. La lluvia caía sin reposo. Los truenos retumbaban de punta a punta de la tierra. Y de vez en cuando alguien llamaba a la puerta buscando cobijo, y Tres Botones lo hacía pasar, diciendo: — Donde hay sitio para cinco, hay sitio para seis... Donde hay sitió para seis, hay sitio para siete... Donde hay sitio para once, hay sitio para doce... Antes del alba, cuando el cielo estaba más negro y los truenos más violentos, un puño imperioso llamó tan fuerte que la casita tembló: — Abrid! — Podría añadir «por favor» —pensó Tres Botones, sorprendido—. Pero abrió lo mismo y se encontró frente... — ¡Hazme entrar! Era realmente... — ¡Haz entrar también a mi caballo! No había lugar a dudas: el manto estaba empapado, pero la corona relucía como si la tempestad la hubiese abrillantado. Era el rey, que se había perdido en el bosque durante una cacería. — Donde hay sitio para doce, hay sitio para trece — murmuró Tres Botones, inclinándose—. Y añadió para sí: y donde hay sitio para un rey, hay también sitio para su caballo. El rey entró y miró alrededor a la luz de los relámpagos. — Vista desde fuera —dijo—, tu casa parecía más pequeña. —Verdaderamente —explicó Tres Botones— yo me la había hecho a la medida de mi persona. — ¿Qué madera has utilizado? — Castaño, majestad. — E1 castaño no es elástico como la goma. Hay algo que no entiendo. — Y menos mal que hay este algo —dijo Tres Botones—, porque si no ¿cómo entraba toda esta gente? Su majestad el rey Bernardino Cuarto reflexionó durante un largo rato. — Quizá no sea asunto de la madera, sino del corazón.— — ¿Qué quiere decir? — El corazón es pequeño como un puño, pero si uno quiere, puede meter dentro a toda la gente del mundo y aún queda sitio. Se nota que esta casa la has hecho con el corazón. Tres Botones se quedó callado. — ¿Y esta gente quién es? — preguntó el rey, señalando al grupo de gente dormida-—. — Mire, aquel es el tío Caramelo, aquella es una viuda con sus tres niños... Tres Botones le explicó todo al rey Bernardino, que, oyéndolo, se entristecía cada vez más. Cuando al final vio a su criado enfermo, que se lamentaba en sueños, se quitó la corona de la cabeza como si de golpe se hubiese vuelto demasiado pesada para llevarla. — Creía que era un buen rey — dijo —, y fíjate cuánta gente desgraciada. ¿Qué he hecho yo para esta gente? Mucho menos que tú, que al menos les has dado un techo para esta noche. Ha llegado el momento de marcharme. — ¿Con esta lluvia, majestad? — No. no quería decir esta. Ha llegado el momento de retirarme. Si uno no sabe gobernar de modo que todos sean felices, es mejor que se quite la corona de la cabeza. Estuvo pensando todavía un poco y después dijo: — Pero todavía puedo hacer alguna cosa. Apenas acabe el temporal vendréis todos a palacio conmigo. Tú, por lo que veo, eres un buen carpintero y en palacio no te faltará trabajo. Pensaremos también en los demás.; quien necesite ser curado, lo será; quien necesite encontrar trabajo, lo encontrará. A cambio, tú me darás tu casita con ruedas: con ella recorreré mi reino en busca de las personas que necesiten mi ayuda. ¿Estás de acuerdo? No se sabe qué respondió Tres Botones, porque justo en aquel momento se oyó un claxon. Durante la noche, el viento había empujado a la casita justo en medio de la carretera y ahora el coche de línea no podía pasar. — ¡Eh! ¡Vosotros! gritaba el chófer—-. ¡Despertaos! Apartaros un poco. La gente se asomaba a las ventanillas y reía. — ¡Es la casa de Tres Botones! – ¿La casa? ¡Queréis decir la roulotte! — ¡Despierta, Tres Botones! Tres Botones salió de la casita y lo primero que notó, con alivio, fue que ya no llovía. Detrás de él salió el tío Caramelo, peinándose la barba. Detrás del tío Caramelo ¡alió la viuda, salieron sus tres hijos; el último, salió a gatas. — Pero esto no es una casa — reía la gente -. ¡Es el sombrero de un prestidigitador! ¡Ya veréis cómo al final sale un conejíto blanco! Y venga salir gente, vengasalir gente. — ¿Pero cómo os las habéis compuesto para caber todos sin quedar prensados como las sardinas en lata? Pero detrás del caballo salio el rey en persona, Entonces todos enrnudecieron. El chófer hizo una reverencia que por poco se le parte la espalda en dos. — Basta, basta, nada de historias —dijo el Rey-—, haced subir a esta buena gente, que yo les pago el billete. La casita de Tres Botones vamos a atarla detrás del autocar como si fuese un remolque. Yo iré delante con mi caballo y os dire dónde tenéis que parar. Si los libros de historia dicen la verdad, aquella fue la primera vez que el coche de línea llegó a la capital escoltado por el rey a caballo. Y fue también la última. Tres Botones se casó con la viuda y, para que jugasen sus sus tres hijos, fabricó otra casita de madera con ruedas igualita que la primera. Era así de pequeñita pero dentro cabían todos los niños de la ciudad y si al final quería entrar un gato también había sitio para él. Traducción de Teresa Durán. CUENTA CUENTOS UNA COLECCIÓN DE CUENTOS PARA PODER CONTAR . . . Editorial Siglo XXI de España. Editores S.A

LOS TAMBORES

REINER ZIMNIK

EDITORIAL LUMEN

Diseño gráfico: Joaquín Monclús

Publicado por Editorial Lumen,

Ramón Miquel y Planas, 10 – Barcelona – 34

Reservados todos los derechos de edición

Para todos los paises de lengua castellana

© Editorial Lumen, 1970, 1972, 1974, 1976 y 1978

ISBN 84 - 264 - 2907 - 6

Depósito Legal: B. 42832 – 1978

Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zamora, 83 – Barcelona – 18

Hace muchos años, cuando la ciudad donde sucedió esto era aún la única que había en los grandes bosques, un tambor recorrió las calles gritando:

-¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!

En aquella ciudad, la catedral estaba en el centro y a su alrededor se extendía la plaza del mercado. En torno a la plaza del mercado se alineaban los palacios de los ricos, que eran de piedra y tenían puertas de hierro. Detrás de los palacios de los ricos se alzaban las casas de los campesinos; eran de madera. Detrás de las casas de los campesinos se apiñaban las casas de los pobres, que eran de paja. Y, rodeándolo todo, habían construido una muralla para gloria de Dios y protección contra los enemigos.

Los campos se extendían en círculo alrededor de la muralla. En la ciudad habitaban gentes que poseían campos de buena tierra negra; los campos de los otros no eran más que arena y guijarros. Había quienes hubiesen sido felices sólo con tener un pedazo de pan que llevarse a la boca todos los días; y había quienes dormían en lechos de plata y no por ello eran felices, ya que le Emperador dormía en un lecho de oro.

Pero sobre la catedral, las casas, la muralla y los campos, el cielo era un enorme techo común y hacía de todos ellos una familia. Trabajaban y rezaban, y durante el día se alegraban de ver el sol, y por la noche de mirar las estrellas. Unos tenían sus sueños, otros el miedo a perder su dinero, y al final yacían todos enterrados bajo la misma tierra. Mas después - eso bien lo sabían ellos - empezó otra vida, mucho más larga, y entonces ya no había ninguna diferencia entre los que venían de los palacios de piedra y los que venían de las cabañas de paja.

Por eso su mejor cualidad era la paciencia; y su peor pecado, la envidia. Si se le preguntaba al más pobre si estaba conforme con el orden del mundo, contestaba: «Es como es. Debe ser así.»

Sin embargo, llegó el día en que un jorobado corrió de calle en calle. Tocaba el tambor y gritaba:

-¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!

Y era muy de mañana, antes de que el sol asomara sobre los bosques.

Entonces se reunieron los ciudadanos y celebraron Consejo. Dijeron:

-Siempre ha sido así: pobres y ricos, alrededor de todos una sólida muralla y sobre sus cabezas el cielo y Dios. Nadie puede cambiarlo. Quienquiera que siembre el desorden en nuestra ciudad debe ser encarcelado.

Y decidieron meter al tambor entre rejas a pan y agua.

Pero, por más que los guardias le buscaron por todas las calles y todas las cabañas, no pudieron dar con él. Todos habían oído su voz; muchos lo habían visto; mas nadie acertaba a recordar su rostro. Incluso había quienes aseguraban: «No tenía rostro.»

Al anochecer, encontraron a un viejo con un tambor junto a la muralla.

-No soy yo - dijo el viejo -, ¡yo no quiero cambiar de país!

 Pero los guardias no le hicieron el menor caso y lo metieron en la prisión, aunque no había sido la voz de un viejo la que había despertado a los habitantes de la ciudad.

A la mañana siguiente, las gentes oyeron de nuevo el tambor en las calles. Los que miraron por la ventana, pudieron ver al viejo. A su lado caminaba el carcelero, tocando el tambor y gritando:

-¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!

Pero tampoco era la voz del día anterior.

El Consejo de la Ciudad acordó encadenar al viejo y al carcelero. Seis soldados con yelmos y lanzas hacían guardia ante la prisión y no dejaban entrar ni salir a nadie.

Pero, a la otra mañana, fueron ocho a recorrer las calles y a tocar el tambor. Y en el miedo de los ricos y en los sueños de los pobres se abrió paso aquel grito. «¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!»

Entonces, el Consejo hizo encadenar a los ocho hombres y los sepultó en una profunda mazmorra, junto a la muralla de la ciudad. Cuarenta caballeros armados de sables vigilaban el calabozo; y el pregonero tuvo que ir da casa en casa, tocando la campana y anunciando que se cortaría la cabeza a todo aquel que se aproximara a cien pasos de los prisioneros.

Así pues, las gentes de la ciudad pensaron una vez más que todo había concluido, se encasquetaron sus gorros y se fueron a la cama contentos.

Sin embargo, a la mañana siguiente se volvió a oír el tambor. Eran el viejo, el carcelero, los seis soldados, los cuarenta caballeros, y esta vez también iba con ellos uno de los miembros del Consejo.

La gente formaba corrillos en los portales y cuchicheaba entre sí. «Empieza una nueva edad…», murmuraban algunos cautelosamente. Otros decían: «¡Es la peste! ¡Que Dios se apiade de nosotros!» Y la mayoría afirmaba: «¡La ciudad está hechizada!»

Aún quedaban algunos que aconsejaban calma y reflexión. Prendieron a los tambores, les ataron las manos y los llevaron delante de la catedral, para que el obispo los rociara con agua bendita. Después rezaron una misa, rogaron a Dios que protegiera la ciudad de las epidemias y de la locura, y echaron dinero en los cepillos de la Santa Infancia.

Pero era ya demasiado tarde. Cuando salieron de la catedral, vieron que nuevos tambores recorrían las calles. Los había por doquier. Tocaban los tambores en los campos, sobre los tejados y en la muralla de la ciudad. Salían de las chozas de paja y de los palacios de piedra. En todas las casas resonaba el grito: «¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!»

Un hombre se golpeó la cabeza contra la muralla y gritó:

-¡No quiero, no quiero! ¡Yo me quedo aquí! ¡Dejad de tocar el tambor!

Y las gentes vieron cómo cruzaba corriendo la puerta de la ciudad y desaparecía en el bosque. Nunca regresó.

La mujer del comerciante más rico de la ciudad, que cada día se hacía bañar y acicalar por doce doncellas, ordenó a los criados que cerrasen y atrancasen las puertas y las ventanas, cuando los tambores cruzaran ante su palacio.

-¡Mandaré azotar al que toque el tambor en mi casa! - gritó.

Pero de súbito se cubrió el rostro con las manos, y las sirvientas vieron que los brazos de su señora empezaban a tocar el tambor. Arrojó todas sus joyas a la calle, dejó el palacio y se unió a los tambores.

Y un pobre, que nunca había poseído otra cosa que el jergón de paja en el que dormía por las noches, prendió fuego a la paja y echó a correr por los campos, tocando el tambor y gritando:

-¡Todo es nuestro! ¡Todo es mío!

Finalmente toda la ciudad tocó el tambor.

El domingo antes de Pascua, se reunieron los tambores delante de la catedral y acordaron que cada uno de ellos se fabricase un buen madero, de tres varas de longitud y con cuatro agujeros. Todos llevarían en la bolsa un puñado de trigo; uno de cada diez llevaría un arado; y los que fueran carpinteros, un hacha.

Después volvieron por última vez a sus casas; repartieron cuanto poseían, hasta el más insignificante alfiler; y durante una semana se despidieron de los que no querían partir.

El domingo de Pascua, muy de mañana, estaban de nuevo en la plaza del mercado, delante de la catedral. Cada uno de ellos llevaba un madero, de tres varas y con cuatro agujeros, y guardaba en el saco un puñado de trigo; uno de cada diez había traído el arado; y los carpinteros, su hacha. Mandaron al sacristán que tocara por última vez las campanas y escucharon.

Después abrieron la gran puerta de la muralla y se pusieron en camino, para empezar una nueva vida.

Desde la ciudad se oyeron aún largo rato los tambores en el bosque. Poco a poco, con dificultad, la vida recobró su ritmo normal, dentro de las murallas, y el Señor hizo brillar el mismo sol sobre aquellos que habían partido y aquellos que se habían quedado.

Entretanto, nuestros tambores caminaban a lo largo de los caminos, con su madero al hombro, y tocaban el tambor y cantaban y hablaban del nuevo tiempo que se iniciaba.

Cuando llegaron a la primera ciudad, los centinelas, en lo alto de las almenas, hicieron sonar las trompetas y gritaron:

-¡Gente armada! ¡Se acerca gente armada!

Las campanas tocaron a rebato en todas las torres de la ciudad, y los ciudadanos se precipitaron a la muralla, con alabardas y ballestas, y preguntaron a voces:

-¿Venís en son de guerra?

-¡No! ¡Nosotros empezamos una nueva vida! ¡Buscamos otro país! - respondieron los tambores.

-¡Aquí no hay sitio! - gritaron los de la ciudad desde lo alto de la muralla -. Todas las casas están ocupadas; todos los campos están sembrados. Mirad: allí donde el cielo se encuentra con la tierra, allí donde se pone el sol, existe un país lo suficientemente extenso para quienes desean empezar una nueva vida.

-¡Está bien! - dijeron los tambores -. Pero está escrito: Darás provisiones al viajero y una buena palabra que lo acompañe en el camino.

Los ciudadanos armados que ocupaban la muralla hablaron entre ellos y como sabían que es preferible dar provisiones a promover una guerra, hicieron bajar unos cestos, con pan y queso, y gritaron desde detrás de las almenas:

-¡De acuerdo, buen viaje! ¡Dios sea con vosotros!

Cuando los tambores estaban ya en las colinas, se abrieron de súbito, abajo en el valle, las puertas de la ciudad, y cuatrocientos hombres con tambores siguieron su camino. Como exigía la ley de los tambores, todos llevaban al hombro un madero de tres varas, con cuatro agujeros, y un puñado de trigo en la bolsa; uno de cada diez arrastraba un arado.

-¡Empezamos una nueva vida! - gritaron -. ¡Buscaremos con vosotros otro país!

La noticia de que un puñado de hombres abandonaba las región para empezar una nueva vida corrió por los valles como un reguero de pólvora, y de todas partes acudían nuevos grupos con tambores y ocupaban su lugar en el largo cortejo.

Cuando llegaron a la siguiente ciudad, había también gente armada en las murallas.

-¡Llevamos mucho tiempo esperándoos! - gritaron entre risotadas burlonas -. ¿Qué? ¿Queréis algo de nosotros?

-Está escrito: Darás provisiones al viajero y una buena palabra que lo acompañe en su camino.

Tras las almenas, los soldados se desternillaban de risa y vociferaban:

-A los caminantes, ¡pero no a los locos!

Y de repente sonó una trompeta: con mil brazos los guerreros lanzaron sus venablos sobre la muchedumbre de tambores, que hormigueaba ante la fortificación.

Los tambores se batieron en retirada y celebraron consejo. Después gritaron a los de la muralla:

-Soldados, no es costumbre matar a quien llega en son de paz y pide provisiones para el viaje. No creáis que nos podréis detener. ¡Decid a todos que no hemos devuelto mal por mal!

-¡Llevaos lo que es vuestro! - se burlaron los otros desde lo alto del camino de ronda -. ¡Llevaos vuestros muertos!

Pero cuando los tambores se inclinaban sobre los que habían caído, retumbó de nuevo la trompeta y, por segunda vez, una lluvia de venablos descendió desde la muralla. Cuantos se habían acercado para enterrar a los muertos, quedaron tendidos en el polvo.

Entonces, los tambores decidieron destruir la ciudad.

Juntaron los maderos para formar un poderoso ariete, más resistente que un roble y cuatro veces más largo, lo cargaron sobre sus hombros y se precipitaron contra al puerta de la ciudad, hasta que saltó en pedazos.

Irrumpieron en la ciudad, vencieron a los guerreros y prendieron fuego a las casas.

Después siguieron su camino, y aquellos ciudadanos que habían escapado con vida cogieron un tambor y se unieron a ellos.

Anduvieron y anduvieron, siempre más lejos, hacia el punto donde el cielo se encontraba con la tierra, donde se pone el sol. Cuando llegaban a un pantano, construían un paso con los maderos, y sobre los ríos tendían puentes, que desmontaban tras ellos. Hacía mucho tiempo que los caminos eran estrechos para contenerlos. La caravana se desbordaba ahora por toda la región como un ejército interminable. No había en catedral alguna una torre lo suficientemente alta para que desde ella se alcanzara a ver el final del cortejo. En muchas leguas a la redonda se oía el retumbar de los tambores, como es estruendo lejano de un mar embravecido, y, durante la noche, el cielo enrojecía sobre sus hogueras.

Hubo todavía un rey que reunió un ejército de caballeros y se interpuso en el camino de los tambores.

-¡Dad media vuelta y regresad a vuestras ciudades! - les gritó -. ¡Tengo tras mi cuatro mil caballeros!

-¡Nosotros somos innumerables! - respondieron los tambores -. ¡Dejad libre el paso!

- Este país es mío. ¡Yo soy su rey, en nombre de Dios y del Emperador!

-El país es tuyo. Pero el camino es nuestro.

-¡Detrás de vosotros, los campos están asolados y la tierra es demasiado dura para el arado!

-La lluvia esponjará la tierra. Después del verano, el trigo crecerá sobre nuestro camino y será como si nunca hubiésemos cruzado por el país.

Entretanto, los primeros tambores habían llegado ya muy cerca del rey. Los otros les empujaban como un torrente incontenible.

-¡Volved atrás! - les gritó el rey por última vez. Desenvainó su espada y cuatro mil caballeros espolearon sus monturas.

Los tambores cayeron como moscas bajo las lanzas, y por algún tiempo pareció que el ejército del rey iba a poder contener el torrente. Pero por cada tambor muerto, acudían diez a ocupar su puesto. Al anochecer, desfallecieron las fuerzas de los caballeros de hierro. Había llegado para ellos la hora de elegir: la muerte o el tambor.

La expedición de los tambores avanzaba ahora tranquilamente por el país; escalaba las montañas y descendía a los llanos; y por doquier, allá donde ellos llegaban, había gente que los esperaban con tambores ante las puertas de la ciudad y les gritaban: «¡Bienvenidos, hermanos!», y había gentes que cargaban todo cuando poseían en un carro y huían hacia el norte o hacia el sur, como si la peste los persiguiera.

Pero a lo largo de su camino, los tambores no encontraron en parte alguna un país que no tuviera ya dueño.

Había transcurrido un año, cuando tuvieron que hacer alto.

-¿Qué es lo que nos impide el paso? - gritaron los que iban en retaguardia -. ‘¡Arrollémoslo!

Los de delante respondieron a grito:

-¡Hermanos, es el mar! El mar corta el camino. La tierra termina aquí; empieza el mar.

La decisión era difícil.

-¿No nos pusimos en camino para encontrar un nuevo país? - se decían unos a otros -. ¿De qué puede servirnos el mar?

Pero en la costa habitaban pescadores, que les aseguraron:

-Dicen que el mar tiene un fin y que al otro lado existe un país extenso y libre.

Los tambores meditaron y deliberaron entre ellos. Después se descargaron el madero del hombro y empezaron a construir un barco. Era un barco tan grande como una ciudad, mayor aún, y sus mástiles eran una catedral. Y cuando estuvo terminado, cien mil remos se hundieron en al agua y el barco se deslizó sobre el mar.

La tierra desapareció en lontananza y no quedó más que el cielo y las olas.

Los tambores decidieron que cada uno dividiría su jornada en tres partes iguales: una para remar, otra para tocar el tambor y la tercera para pescar. De ese modo, los remeros no desfallecerían, los tambores sonarían sin cesar y nadie pasaría hambre a bordo.

Cuando por sexta vez hubo luna llena, vieron tierra delante del barco. Como un viento helado soplaba desde la costa, y al acercarse a ella no vieron otra cosa que nieve y hielo, algunos tambores empezaron a desalentarse. Pero los otros gritaron:

-¡Adelante hermanos! ¡Donde hay invierno, tiene que haber verano! Esta tierra es libre; nadie habita en ella. ¡Bailad y regocijaros y tocad el tambor!

Entonces se pusieron a bailar y a gritar de alegría. Desmontaron el barco, se echaron los maderos al hombro y caminaron por aquel país blanco como una serpiente negra interminable.

Al pie de una montaña altísima, se detuvieron y construyeron con los maderos unas cabañas bajas. Se sentaron acurrucados dentro de ellas y esperaron el verano. Pero pasó mucho tiempo y seguía siendo invierno.

-No habrá verano - refunfuñaban algunos -. ¡Es un país que no tiene verano!

-Si no hay verano, aún puede haberlo - decían los otros -. ¡Tocad el tambor, hermanos! ¡Tocando el tambor no se siente el frío!

Pero el verano no llegó. Cuando hubieron transcurrido de nuevo seis lunas, volvieron a cargar con el madero y siguieron adelante. Avanzaban como una muralla, apretujados unos contra otros, para darse calor con sus cuerpos.

Y el hambre formaba parte de la expedición. La tempestad arañaba sus filas con sus garras heladas, y la nieve tendía un manto blanco y espeso sobre aquellos que caían y no habían de tocar ya más el tambor. Al volver la vista atrás, se contemplaba una tierra tan blanca y tan extraña como si nunca la hubiese pisado el hombre.

Tocaron el tambor durante todo el invierno, hasta que llegaron de nuevo a la costa. De nuevo construyeron un gran barco, se hicieron a la mar y remaron hacia el sol. Cuanto más remaban, mayor se volvía el sol; el mar se tornó azul; el aire era tan caliente que pudieron prescindir de los vestidos. Estaban ahora muy alegres y reían y bailaban, y cierto día apareció nuevamente tierra ante el barco.

Anduvieron muchas jornadas sobre montañas de piedra; los peñascos ardían y les quemaban las plantas de los pies. Pon fin llegaron a un valle liso como una tabla y tan amplio que dolían los ojos si se quería distinguir el final.

No había un solo árbol.

Entonces los tambores gritaron:

-¡Adelante hermanos! Aquí tenemos un país vacío. Nadie ha plantado aún un árbol. ¡Construyamos cabañas y sembremos el trigo!

Alzaron cabañas con sus maderos y sembraron trigo en la arena.

-Hermanos, hace macho calor aquí - se decían unos a otros -. ¡Cuando llegue la lluvia, todo será verde, hasta donde abarca la vista!

Y se acurrucaron de nuevo en las cabañas y esperaron la lluvia. Pero la lluvia no llegó. Y la sed se unió al hambre.

Dijeron los tambores:

-Hermanos, ¿acaso no disponemos de millares de brazos para excavar un canal en la roca y traer agua del mar hasta nuestros campos?

Y excavaron un canal en la roca y con millares de palas empujaron el agua a través de la montaña. Mas cuando el agua llegó al valle, desapareció en la arena, sin humedecerla siquiera.

Ante esto los tambores se sentaron en el suelo y estaban tristes.

Uno de ellos, sin embargo, se levantó y propuso:

-¡Subamos a las montañas, hermanos, y empujemos las nubes hacia nuestro valle! Donde hay nubes, no tarda en caer lluvia.

Inmediatamente hicieron astillas algunos de los maderos, entretejieron enormes abanicos con las astillas, subieron a las montañas y los alzaron ante las nubes. Pero las nubes seguían la ley de los vientos y huían hacia el mar, sin derivarse un solo milímetro de su camino.

Entonces a los tambores les cayó el alma a los pies. Al día siguiente, recogieron su trigo de entre la arena, se echaron el madero al hombro y siguieron adelante. Pero eran muchos los que quedaban tendidos en la arena, muchos los que no habían de volver a tocar el tambor.

Cuando hubieron cruzado aquel valle ardiente, llegaron a un país de mil colinas. A derecha, a izquierda, ante ellos, hasta donde abarcaba la vista, no había más que colinas. Día y noche soplaba un viento caliente sobre toda la región. Las nubes cruzaban en cielo, y algunas veces llovía.

Sembraron el trigo y se dijeron unos a otros:

-Hermanos, hemos sembrado nuestro trigo, aquí llueve algunas veces y un viento cálido acaricia día y noche la tierra. Muy pronto el trigo será tan alto como un hombre. Con que construyamos ya unos molinos donde moler la cosecha. ¡Después podemos descansar!

Pusieron inmediatamente manos a la obra. Unos ensamblaron madero con madero; otros arrastraban hasta allí pesadas piedras de molino. Antes de dos semanas, se alzaba en cada colina un soberbio molino de viento. Entonces se tumbaron en el suelo y cayeron en un sueño largo y profundo.

Cuando despertaron, vieron que los molinos estaban en los valles y que nuevas colinas se alzaban en el lugar donde habían sembrado el trigo. En un primer momento, pensaron que se trataba de un mal sueño y se frotaron los ojos para despabilarse. Luego se acercaron, miraron, ¡y era verdad! El viento había soplado sobre la movediza tierra de las colinas, y los valles se habían transformado en colinas y las colinas en valles.

-Hermanos - dijeron entonces -, ¿es sensato quedarse en un país donde el viento cambia los campos de sitio y las montañas emigran? Te echas una noche tranquilamente a dormir, silbas tal vez una cancioncita para conciliar el sueño, y antes de que salga el sol te encuentras enterrado bajo una montaña. ¡Hermanos, no es país éste para empezar en él una nueva vida!

Dicho esto, recogieron su trigo, desmontaron los molinos de viento, se echaron sus maderos al hombro y siguieron adelante.

Las colinas se fueron empequeñeciendo en la lejanía; finalmente no eran mayores que cabezas de alfiler. Ante los tambores, el paisaje empezó a verdear. De un extremo a otro del horizonte se extendía una inmensa pradera. Primero, se echaron al suelo y comieron hierba. Después se pusieron a labrar la tierra, sembraron el trigo y construyeron cabañas.

Llegó la lluvia; el trigo creció y creció, hasta alcanzar la estatura de un hombre; y cuando fue tiempo, los tambores segaron la cosecha y llenaron sus cabañas, hasta el techo, de espigas gruesas y doradas.

Estaban sentados al sol, gordos y satisfechos, con las manos cruzadas sobre la panza. Se hizo un silencio tan profundo como si el mundo hubiese muerto, y el cielo les pesaba sobre la cabeza.

-Hermanos, hemos sembrado y hemos recogido la cosecha – dijeron algunos -. Nadie pasa hambre. Nadie tiene frío. ¡Alegrémonos de vivir, bailemos y cantemos!

Pero nadie se alegró. Nadie tenía ganas de mover un dedo.

Los días se arrastraban densos y perezosos sobre los campos y parecían no tener fin. Por la noche, era como si una gallina gorda y negra se posara en el pecho de los durmientes; apenas si se atrevían a respirar, y las noches se hacían todavía más interminables que los días.

En cierta ocasión, uno de ellos gritó en sueños:

-¡Aquí no crece ninguna flor!

Los otros levantaron la cabeza y escucharon. Y de repente uno se levantó de un salto y chilló:

-¡Hermanos, aquí no canta ningún pájaro!

Algunos se precipitaron sobre él y quisieron reducirle al silencio. Pero sobre los campos había empezado ya a retumbar el tambor. Por doquier la vida volvía a recorrer los miembros entumecidos; por doquier, demolían las cabañas y abarrotaban de trigo los sacos. Y antes del amanecer, se cargaron el madero al hombro y abandonaron aquel país donde nunca cantaban los pájaros.

 Una vez más, los tambores tuvieron que escalar una montaña muy alta; gemían y suspiraban bajo el peso de los maderos. Pero al llegar a la cima, vinieron a sus pies, en el valle, un nuevo país, y era tan hermoso que se quitaron los gorros de la cabeza y contuvieron la respiración. Vieron bosques y colinas y ríos y nubes en el cielo. De todos los árboles pendían frutos; pájaros multicolores gorjeaban entre las ramas. En los ríos centelleaban millares de pedes; y por todas partes crecían flores.

-¡Mirad, hermanos! – dijeron en un susurro - ¡El

 Paraíso!

 Descendieron al valle, se cogieron de las manos y bailaron.

 Al otro día, cuando comenzaron a labrar, vieron que la tierra contenía oro. Estallaban de contento y gritaron:

-Hermanos, ¿ha tenido hombre alguno la suerte que

nosotros? ¡Somos ricos, hermanos! ¡Cada uno de nosotros es un rey!

 Cavaron por todos lados el suelo y recogieron con avidez el oro. De día y de noche, horadaron y apalearon, escarbaron y arañaron. No se concedían descanso y no sentían fatiga. Todos ellos tenían ya mucho más oro del que podían transportar, pero seguían cavando y buscando.

 Pronto no quedó una solo flor en todo el país. Los pájaros huyeron y los peces nadaron hacia el mar.

 Los tambores llevaban en la cabeza una corona de oro. Comían en platos de oro, con cucharas de oro, y dormían bajo techos de oro. Los domingos iban a pavonearse como gallos de oro por las colinas peladas, y las semanas tenían para ellos siete domingos.

 Y como todos querían ser reyes y ninguno quería ser criado, no había nadie para labrar los campos y sembrar el trigo. Un hambre terrible asoló el país, daban un puñado de oro a cambio de un granito de trigo. Pero, eso sí, enterraban a sus muertos en tumbas de oro.

 Eran a un tiempo riquísimos y pobres como mendigos.

 Hasta que una buena mañana, uno de ellos arrojó su oro al río, tocó el tambor y gritó:

-¡En pie, hermanos! ¡Esto ya no es el paraíso! ¡Mejor vivir en harapos, que estar muertos en tumbas de oro!

 Cuando el sol ascendió sobre los bosques, los tambores redoblaron por todas pares. De valle en valle corría de nuevo aquel grito: «¡Empezamos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!» Y antes de que cayera la noche, se echaron el madero al hombro y marcharon hacia el mar.

 Pero ya no era necesario encaramarse a lo alto de una torre para divisar el fin de la expedición.

 Una vez más, construyeron un barco y se hicieron a la mar.

 Arribaron a una costa abrupta y vieron que allá arriba habitaba gente.

-¿Hay oro ahí? – vocearon los tambores.

-No - les respondieron

-¿Hay lluvia y viento?

-Sí

-¿Es grande el país?

-Es grande

Entonce se pusieron muy alegres y empezaron a desmontar los mástiles.

Pero les gritaron desde el acantilado:

-¡No hay tierra aquí, amigos! Este pueblo sólo alimenta corderos. Vivimos de los corderos. ¡Mejor será que busquéis otro país!

Los tambores salieron de nuevo a alta mar y siguieron remando. Siete semanas después, desembarcaron en una costa desconocida, y se internaron en el país. Vieron campos y árboles, y había casas al borde de los caminos. Las casas estaban desabitadas. No encontraron un solo ser humano en todo el territorio.

-Bien - se dijeron los tambores -, ¡tierra de nadie, tierra de todos!

 Y echaron abajo las puertas.

 La gente había huido de los tambores, llevando consigo todo aquello que pudieron cargar en los carros. Habían olvidado, sin embargo, montones de cosas. Quedaba todavía pan en los hornos y algunas veces una vaca o un cerdo en el establo. En los huertos, los frutos estaban maduros.

 Los tambores encendieron fuego en los hogares, cocieron y asaron, y se llenaron la tripa. Pero nadie cuidó de apagar el fuego, cuando siguieron adelante, y nadie cerró las puertas. El viento sopló en las casas vacías, aventó las brasas de los hogares, y por todas partes, detrás de los tambores, el país fue presa de las llamas. Desde muy lejos, se podía descubrir el camino que habían seguido.

 Al trigésimo día estaban sobre una colina, cuando vieron que un ejército les salía al paso desde lo hondo del valle. Un duque cabalgaba a la cabeza.

Algunos tambores se precipitaron inmediatamente al valle y le gritaron al duque:

-¡Detente! ¡No somos gente de guerra! ¡Venimos en son de paz! ¡Queremos empezar una nueva vida y nos trasladamos a otro país!

 El duque callaba.

 Uno de los soldados señaló con la lanza el país en llamas.

 -¡Ninguno de nosotros prendió fuego a una sola casa! - exclamaron los tambores - El viento sopla en las viviendas vacías y no hay nadie allí para vigilar el fuego de los hogares.

 No hubo respuesta. Los soldados se habían bajado las viseras y habían puesto sus lanzas en ristre. Escalaron la colina en silencio, como un mar metálico que nada podía contener.

 Los tambores se reunieron y deliberaron.

 -Hermanos - dijeron algunos -, ¿no sería mejor retroceder hacia el mar y construir un nuevo barco? ¡Esos vienen en nuestra busca son más numerosos que nosotros y tienen armas de hierro!

 Pero los demás se enardecieron:

 -Hermanos, ¿hemos dado nunca un paso atrás desde que nos pusimos en camino para buscar un nuevo país? – Y. señalando con el dedo el ejército del duque, gritaron -: ¡Hermanos, éste es nuestro camino!

 De pronto, un tambor, fuerte como un oso, saltó hacia delante, se volvió hacia ellos y gritó, de modo que su voz se oyera hasta el fondo del valle:

 -¡Adelante, hermanos! ¡Si no podemos tener paz, tengamos guerra!

 Tocaron el tambor y se precipitaron contra el ejército enemigo, y los soldados contuvieron el aliento, pues parecía ue la tierra iba a estallar.

 Los tambores descargaban sus maderos con todas sus fuerzas sobre los yelmos de hierro.

 Ninguno cedía un solo paso; luchaban como leones.

 Pero también los soldados del duque luchaban como leones, y eran dos veces más numerosos que sus enemigos.

 Al caer la noche, la batalla había terminado.

 Las trompetas del duque proclamaron la victoria.

 Aquellos tambores que habían escapado con vida se refugiaron en los bosques.

 Largo tiempo erraron perdidos, pero finalmente los reunió el redoble de los tambores. Cuando vieron que no eran más que un puñado de hombres, dejaron caer los brazos con desaliento y su ánimo flaqueó. Pero como siempre, hubo uno entre ellos para gritar:

 -¡Hermanos! ¿Acaso ahora, que sólo somos un grupo, no nos será mucho más fácil encontrar un lugar donde comenzar una nueva vida, que cuando éramos una enorme multitud?

 Se cargaron, pues, el madero al hombro y reemprendieron el camino. En adelante, evitaron los parajes descubiertos, pero los carboneros, en los bosques, oían sus tambores desde la madrugada hasta bien entrada la noche.

 Llegó el invierno. El frío se pegó a sus cuerpos escuálidos y el grupo se redujo más aún. Tenían las espaldas doblegadas; sus brazos se debilitaron; estaban muy cansados. Sobre sus cabezas se extendía el cielo, a su costado colgaba el tambor, y ante ellos el camino se perdía en la lejanía: esto era todo lo que sabían. Cuanto dejaran tras ellos, lo habían olvidado.

 Habían olvidado también que la tierra es redonda.

 La primavera volvió una vez más. La nieve se fundió sobre los campos y el sol recalentó los miembros ateridos.

 Y he aquí que un día el bosque empezó a clarear y apareció ante ellos una ciudad maravillosa. En el centro, deslumbrante de oro y palta, se alzaba la catedral; alrededor, en los tejados, centelleaban las piedras preciosas; e incluso la misma muralla resplandecía con millares de perlas.

 Entonces murmuraron:

 -Ved, hermanos, estamos al límite de nuestras fuerzas, pero la suerte nos sonríe otra vez. ¡Quedémonos aquí y empecemos una nueva vida!

 Ante la puerta de la ciudad había guardias con lazas de hierro.

 -¿Cómo se llama esta ciudad? - preguntaron los tambores -. ¿Podemos entrar?

 -Pueden entrar los comerciantes y los campesinos; no aquellos que llegan en harapos y con tambores.

 -No somos gente de guerra – dijeron los tambores.

 -¿Qué sois, pues? ¿Y de donde venís?

 -No sabemos quién somos. Hemos olvidado de donde venimos. Peor hemos estado en todas partes.

 -¿Y qué queréis hacer en nuestra ciudad? - preguntaron los guardianes.

 -Empezaremos una nueva vida. No somos muchos.

 -¡No hay sitio aquí! Todos los campos han sido sembrados; en todas las casas habita gente.

 -¡Dadnos una choza de paja! Será suficiente para nosotros.

 -En esta ciudad no hay chozas de paja - dijeron los guardianes -. Antes, eran muchos los que nacían en chozas de paja, paro ahora hay sitio para todos en las casas de piedra.

 -¡Qué rica es esta ciudad! ¡Resplandece de oro y plata!

 -El oro y la plata los trae el sol. Acude cada día. Al anochecer, las piedras se vuelven grises. - Y añadieron -: Id donde queráis. Id al sitio de donde venís. ¡Aquí no hay sitio para vosotros!

Entonces, por primera vez, los tambores volvieron atrás.

Los guardianes se golpeaban los muslos y se desternillaban de risa.

 -Hay una leyenda en nuestra ciudad - dijo uno -. Se cuenta que, hace muchos años, unos hombres salieron por la gran puerta de la muralla en busca de una nueva vida. Se dice que llevaban maderos y tambores. ¡Igual que éstos! ¡Ja, ja, ja!

 Y otro guardián gritó a los tambores que se alejaban:

 -¡Eh! ¡Sé de un país donde podríais empezar una nueva vida! ¡Aquí! - y señalaba, burlándose, los campos -, ¡y allí! - y señalaba hacia el bosque -, ¡y allí y allí y en todas partes! En todas partes hay sitio para empezar una nueva vida. ¡Me muero de risa!

 Se apoyaban en sus lanzas y reían como si nunca, en toda su vida, hubieran estado tan alegres. Y nadie se dio cuenta de que no tenían ganas ningunas de reír…

 Los tambores habían desaparecido tras las colinas y nunca se volvió a saber de ellos. Peor el más joven de los guardianes estuvo largo rato mirando el camino por donde marcharan.

 A la mañana siguiente, cogió un tambor y recorrió las calles gritando:

 -¡Empecemos una nueva vida! ¡Nos vamos a otro país!

€€€€€€€€€€€€

€€€€€€€€

[****](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/literatura-tica-y-esttica-lecturas-solidarias-y-educacin-0/html/003dd810-82b2-11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_4_)**Lecturas solidarias para la Educación Secundaria**

José Manuel Alonso Ibarrola: «Ataque masivo» de *Dos veces cuento*, Internacionales Universitarias, 1998.

Mario Benedetti: «Salutación del optimista» de *Poemas de otros*, Visor, 1984.

Colectivo por la No violencia: «Carta a un cabeza rapada», texto recogido en Ortega, P., Mínguez, R. y Gil, R., *Valores y educación*, Ariel, 1996.

Miguel Delibes: «El refugio» en Varios Autores: *Érase una vez la paz*, Planeta-CEAR (Comisión Española de Ayuda al Refugiado), 1996.

Jesús Ferrero: «Los amantes de Sarajevo» en Varios Autores: *Escritores contra el racismo*, Talasa, 1998.

Eduardo Galeano: «Nochebuena» de *El libro de los abrazos*. Siglo XXI, 1991.

Gabriel García Márquez: «La historia que más me ha impresionado...» en Varios Autores: *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*, Fugaz, 1990.

Ramón Gómez de la Serna: «El desterrado» de *Obra completa*, Círculo de Lectores, 1999.

Nadine Gordimer: «El mejor safari» en Varios Autores: *Érase una vez la paz*, Planeta-CEAR, 1996.

Juan Goytisolo: «El niño sin lengua» en Varios Autores: *Las voces del espejo. Cuentos, poemas y dibujos del zapatismo, para construir futuro*, Espejo, 1998.

Josan Hatero: *La bicicleta* en Varios Autores: *Escritores contra el racismo*, Talasa, 1998.

Augusto Monterroso: «La oveja negra» de *La oveja negra y demás fábulas*, Seix Barral, 1983.

Hipólito G. Navarro: «Árbol del fuego» de *Los tigres albinos*, Pre-Textos, 2000.

Juan Carlos Onetti: «El cerdito» de *Cuentos completos*, Alfaguara, 1994.

István Örkeny: «El hogar» de *Cuentos de un minuto*, Quimera, nº 89, 1989.

Juan de Dios Ramírez Heredia: «*O tikno xundunal katar i maripen kotar Kuba*»-«El soldaíto de la guerra de Cuba». en Varios Autores: *Trabajar no es un juego*, Planeta-CEAR, 1997. Edición bilingüe romaní-castellano.

Manuel Rivas, «La lengua de las mariposas» de *¿Qué me quieres, amor?*, Alfaguara, 1996.

José Luis Sampedro: «Como ahora. Cuento de Navidad» en Varios Autores: *Érase una vez la paz*, Planeta-CEAR, 1996.

# «ATAQUE MASIVO», de Alonso Ibarrola

***[01](https://lilemus.wordpress.com/2016/01/01/ataque-masivo-de-alonso-ibarrola/)***[Viernes](https://lilemus.wordpress.com/2016/01/01/ataque-masivo-de-alonso-ibarrola/)*[Ene 2016](https://lilemus.wordpress.com/2016/01/01/ataque-masivo-de-alonso-ibarrola/)*

Posted by [Lílemus](https://lilemus.wordpress.com/author/profesorlilemus/%22%20%5Co%20%22Ver%20todas%20las%20entradas%20de%20L%C3%ADlemus) in [TEXTOS](https://lilemus.wordpress.com/category/textos/)

**≈**[**3 comentarios**](https://lilemus.wordpress.com/2016/01/01/ataque-masivo-de-alonso-ibarrola/#comments)

***Etiquetas***

[*Escritores*](https://lilemus.wordpress.com/tag/escritores/)*,*[*Lenguaje literario*](https://lilemus.wordpress.com/tag/lenguaje-literario/)*, [Libertad](https://lilemus.wordpress.com/tag/libertad/),*[*Microrrelatos*](https://lilemus.wordpress.com/tag/microrrelatos/)

Al lector que lee con intensidad y viveza, los libros no se le presentan una, sino innumerables veces. Y es que para un aficionado a la literatura las ideas, sentimientos, e impresiones del presente suelen venir asociados a los personajes y voces de los textos leídos, porque en el diálogo con ellos ha formado desde la infancia los conceptos de dignidad, justicia, libertad, individualidad. A través de esta permanencia en la memoria, el libro puede acabar haciéndose un buen amigo, de esos que se presentan espontáneamente justo cuando los necesitas, y son capaces de explicarte bien claro lo que te sucede, y no te abandonan cuando haces el ridículo, o te sientan en una silla para soltarte tres verdades cuando el resto hace equilibrios para disculparte.



Y el relato de hoy, escrito por el genial[***Alonso Ibarrola***](http://www.alonsoibarrola.com/index.html), se me ocurre que podría darnos un poco de dignidad. Para ello es preciso que penséis en un enemigo personal. Tiene que ser un enemigo real, íntimo, verdaderamente personal. Y para el caso que nos ocupa hoy, preferiblemente numeroso. Pero esto no es del todo imprescindible. Basta que sea un enemigo tan poderoso, que con el paso del tiempo hayáis perdido la esperanza de poder con él. Porque si de verdad os encontráis con fuerzas para vencerlo, no es para tal situación el texto de hoy. Hay ocasiones y ocasiones. El brevísimo texto de hoy lo imagino dirigido a derrotados de antemano que aún esperan aguantar dignamente el chaparrón. No sé, puede ser el ambiente de trabajo en el que habéis caído, insulso y sin motivación, horizontal y sin horizonte a la vista; puede ser que hayáis llegado a la conclusión de que vuestro equipo de lo que sea nunca podrá con sus limitaciones de toda la vida; o tal vez os angustie la situación política y social, y sintáis que se avecinan tiempos de chubasco y gabardina; puede tratarse de deudas que llaman con insistencia a la puerta de la cuenta corriente; o de vuestros propios defectos, que os tienen hundidos hasta el flequillo; o de un cúmulo de dolores que os ponen cada vez más difícil la sonrisa.



Porque de eso se trata hoy: de encontrar un camino a la sonrisa. Hay un tipo de dignidad que, además de saber aguantar el chaparrón, sonríe. Y esa es la que a mí personalmente me transmiten los dos protagonistas del brevísimo cuento de hoy, una pareja de ases del sentido del humor. Y ya que el sentido del humor es ese último reducto de libertad donde solo entran quienes uno deja pasar, tal vez queráis practicar en compañía la sonrisa, que podría volverse por este medio risa franca, insustancial, liberadora. Pero tampoco esto es imprescindible. Después de todo, la soledad es tan buena como una buena compañía.



Ahora bien, el cuento habla de dos, y dice…

Profesor LÍLEMUS

.

**ATAQUE MASIVO**

El enemigo estaba allí, fuertemente atrincherado y protegido por numerosas baterías, que cubrían con su fuego todo el valle. Era preciso atravesarlo con cargas furiosas de la caballería. El Alto Estado Mayor calculó que serían precisas cinco oleadas, cada una de ellas con cinco mil hombres. Teniendo en cuenta que el enemigo causaría un sesenta o setenta por ciento de bajas, era lógico suponer que la quinta oleada llegaría a su destino. Dadas las órdenes pertinentes se iniciaron las cargas. La batalla no se desarrolló según el cálculo previsto y lo cierto es que para la supuesta última y definitiva oleada sólo quedaban dos soldados. Preguntaron estos si la carga tenían que hacerla al galope forzosamente, como las anteriores. Vistas las circunstancias, se les dio plena libertad para hacer lo que quisieran. Y los dos soldados, pie a tierra, cansadamente, arrastrando de la brida a sus respectivos caballos, se lanzaron contra el enemigo, hablando tranquilamente de sus cosas…

**ALONSO IBARROLA**

**SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA MARIO BENEDETTI**

A instancias de mis amigos cuerdos y cautelosos
que ya no saben si diagnosticarme
prematuro candor o simple chifladura
abro el expediente de mi optimismo
y uno por uno repaso los datos

allá en el paisito quedó mi casa
con mi gente mis libros y mi aire
desde sus ventanas grandes conmovedoras
se ven otras ventanas y otras gentes
se oye cómo pasa aullando la muerte
son los mismos aullidos verdes y azules son
los que acribillaron a mis hermanos

los cementerios están lejos pero
los hemos acercado con graves excursiones
detrás de primaveras y ataúdes
y de sueños quebrados
y de miradas fijas

los calabozos están lejos pero
los hemos acercado a nuestro invierno
sobre un lecho de odios duermen sin pesadillas
muchachos y muchachas que arribaron juntos
a la tortura y a la madurez
pero hay que aclarar que otras y otros los sueñan
noche a noche en las casas oscuras y a la espera

la gente
la vulgar y la silvestre
no los filatélicos de hectáreas y vaquitas
va al exilio a cavar despacio su nostalgia
y en las calles vacías y furiosas
queda apenas uno que otro mendigo
para ver como pasa el presidente

en la cola del hambre nadie habla
de fútbol ni de ovnis
hay que ahorrar argumentos y saliva
y las criaturas que iban a nacer
regresan con espanto al confort de la nada

ésta es la absurda foja de mi duro optimismo
prematuro candor o simple chifladura
lo cierto es que debajo de estas calamidades
descubro una sencilla descomunal ausencia

cuando los diez tarados mesiánicos de turno
tratan de congregar la obediente asamblea
el pueblo no hace quorum

por eso
porque falta sin aviso
a la convocatoria de los viejos blasfemos
porque toma partido por la historia
y no tiene vergüenza de sus odios
por eso aprendo y dicto mi lección de optimismo
y ocupo mi lugar en la esperanza.

**PLAN DE ACCIÓN TUTORIAL: VALORES: TOLERANCIA**

CARTA A UN CABEZA RAPADA

**(CLARIFICACIÓN DE VALORES)**

## *Objetivos:*

* 1. Descubrir la intolerancia como signo no de fuerza, sino de debilidad mental, de una mente cerrada, de miedo al pluralismo y a la diversidad.
	2. Examinar críticamente el fenómeno del racismo, la intolerancia y la violencia en el seno de nuestras sociedades democráticas.
	3. Formar mentalidades abiertas, reflexivas y flexibles a favor de una convivencia solidaria y democrática.

## *Desarrollo de la actividad*

2.1. Repartir el documento “Carta a un cabeza rapada” y leer individualmente cada alumno.

2.2. En grupos de 4/5 alumnos, a través del cuestionario que se encuentra después de la carta, reflexionar y dialogar

2.3. Contestar el pequeño grupo a modo de conclusión a la siguiente pregunta:¿Qué podemos hacer para fomentar mentalidades abiertas, reflexivas y flexibles a favor de una convivencia respetuosa y tolerante, libre y solidaria?

**Fuente: VV.AA., *Valores y educación***

**Barcelona, Ariel Educación, 1996, pp. 68s.**

***“Querido cabeza rapada:***

**Yo escribirte con palabras fáciles, para que tú poder comprender Yo leer en periódico que tú ser *bestia*, pero yo no creer. Yo creer que tú ser ignorante e ignorancia ser grande problema para todos. También para mí. Porque ignorante ser persona débil y persona débil tener miedo y el que tener miedo ser persona que hacerse agresiva y hacer *bonk* con bastón sobre cabeza de pobre hombre.**

**Yo querer decir esto: si tú pegar a un pobre hombre, tú no demostrar tu fuerza, tú demostrar tu debilidad y estupidez. Porque tu cabeza rota no resolver problema.**

**Tu problema ser que tú vivir en suburbio de mierda, sin trabajo o con trabajo de mierda. Tu problema ser que tú ser última rueda del carro. Y por eso tú querer volverte fuerte y tú tener razón. Pero nadie se vuelve fuerte pegando (cuarenta contra dos) a dos personas débiles. Si tú querer ser fuerte tú deber rebelarte a tu debilidad. Tú deber pensar. En tu cráneo afeitado haber cerebro. Tu cerebro necesita alimento, como tu estómago. Tú entonces intentar *hablar*, *leer* y preguntarte por qué tú vivir vida de mierda.**

**Esto es cultura. Y cultura ser fuerza para mejorar a las personas.**

**Yo saber: leer es muy cansado. Pensar ser aún más cansado. Mucho más cansado que gritar *negro de mierda* o *sucio judío*. Gritar jilipolleces ser muy fácil. Todos ser capaces de insultar y odiar.**

**A mí no me importa nada si tú afeitar cráneo o llevar botas militares: por mí tú poder ponerte alcachofa de sombrero y tatuar tus nalgas. A mí importar que tú respetar a ti mismo, tu cerebro y tu dignidad. Así tú tal vez aprender también a respetar a otras personas. Si tú gritar *sucio judío,* tú deber saber por lo menos qué es ser judío. Y si tú saber qué ser judío, tú probar a preguntarte qué tal si quemasen en hornos a tu madre, tu padre, tus hermanos, tus amigos, a ti mismo. Si tú empezar a hacer preguntas, tú empezar a vencer, preguntas ser como llave de coche: basta una para encender el motor y llegar lejos.**

**Yo, muy preocupado por ti (y también por las cabezas de los que quieres pegar).Yo preocupado porque el poder, cuando ver personas ignorantes, hace dos cosas: meterte en la cárcel (y cárcel ser como un inmenso “bonk” sobre tu cabeza). O bien servirse de ti como esclavo, mandarte a pegar, torturar y quemar a otros, mientras él vive en buena casa, con buen coche y buena tía. ¿Tú querer ser libre? Mantiene tu cráneo afeitado pero aprende a amar tu cerebro. La fuerza y el poder habitar ahí. Dentro del coco, no sobre el coco. Ciao”**

**Colectivo No Violencia y Educación Citado por *Manos Unidas*, 1995**

 ***Cuestionario para la reflexión y diálogo en grupo:***

**• ¿Cuál es la idea principal de este escrito?**

**• Examinar las posibles causas que generan este fenómeno de intolerancia en nuestras sociedades.**

**• Identificar los falsos supuestos en los que se sustentan las ideologías intolerantes como la que se expone en la carta.**

**• Consecuencias que se derivan de las actitudes de intolerancia.**

**• ¿Crees acertados los consejos del Colectivo “No Violencia y Educación” que se reflejan en la carta?**

**• Imagina una alternativa a estos comportamientos de intolerancia.**

*EL REFUGIO*

La guerra a través de los ojos de un niño es uno de los motivos más poderosos del siglo XX, una forma de conciencia de la pérdida de la inocencia del hombre moderno. Para él la guerra nunca volverá a ser una empresa noble y caballeresca, como en sus juegos infantiles, y arrastrará consigo un sentimiento de culpa o complicidad colectiva hacia la gran maquinaria de muerte que, por un azar fortuito, a él le perdonó la vida.

No hay una única manera de abordar el tema. Algunos autores exprimen la inocencia incólume del niño, que no entiende bien este juego de adultos. Sus equívocos resultan entrañables a la par que escalofriantes para el lector que sí sabe lo que está ocurriendo.

Se puede acusar a esta visión de edulcorar la realidad y buscar una complacencia fácil, pero recuerdo las palabras de un escritor contando que, para él, el asedio de Madrid fue una fiesta: nada de clases y todo el día en la calle. Quizás fuera así o quizás haya borrado el estruendo de los obuses de su memoria, que también es el repositorio de nuestras propias ficciones.

Pero, ¿y si se diera la circunstancia inversa? ¿Y si fuera el niño el que comprendiera mejor que nadie la guerra, el que la describiera con naturalidad, aquél que con su mirada límpida y libre fuera capaz de revelarla al desnudo? **Miguel Delibes** fue niño de la guerra y vio lo que los demás no pudieron ver, y lo cuenta en su relato **El Refugio**.

Sumergido en un refugio antiaéreo situado en un almacén de féretros, el narrador adolescente va a describir las largas horas de espera en la atmósfera opresiva. Él ve como los adultos que le rodean, sus vecinos, se van transformados por el miedo y la angustia en una grotesca parodia de lo que son en la superficie.

Este es un mundo al revés descoyuntado por el temor a la guerra, en el que el egoísmo y las miserias de cada cuál afloran. Más que encerrados en un refugio, los adultos están encerrados en sí mismos, en sus pequeñas mezquindades y fijaciones. Sólo el narrador es capaz de dar el significado la guerra, cuando el recuerdo de un juego infantil le revela la verdadera medida de lo que ha perdido.

Muchos temerán encontrarse al Delibes costumbrista de **El camino** o **El príncipe destronado**, que probablemente rememoren tedios escolares. En realidad el de aquí es el Delibes experimental de **Cinco horas con Mario**, pero que nadie se asuste tampoco: el narrador es chispeante, ágil, castizo y cercano, la voz de un niño de la guerra para el que ya no habrá más juegos

*El refugio*

      Vibraba la guerra en el cielo y en la tierra entonces, y en la pequeña ciudad todo el mundo se alborotaba si sonaban las sirenas o si el zumbido de los aviones se dejaba sentir. muy alto, por encima de los tejados. Era la guerra y la vida humana, en aquel entonces, andaba baja de cotización y se tenía en muy poco aprecio, y tampoco preguntaba nadie, por aquel entonces, si en la ciudad había o no objetivos militares, o si era un centro industrioso o un nudo importante de comunicaciones. Esas cosas no importaban demasiado para que vinieran sobre la ciudad los aviones, y con ellos, la guerra, y con la guerra la muerte. Y las sirenas de las fábricas y las campanas de las torres se volvían locas ululando o tañendo hasta que los aviones soltaban su mortífera carga y los estampidos de las bombasborraban el rastro de las sirenas y de las campanas del ambiente y la metralla abría entonces oquedades en la uniforme

arquitectura de la de la ciudad.

      A mí, a pesar de que el *Sargentón*me miraba fijamente a los ojos cuando en el refugio se decían aquellas cosas atroces de los emboscados y de las madres que quitaban a sus hijos la voluntad de ir a la guerra, no me producía frío ni calor porque  sólo tenía trece años y sé que a esa edad no existe ley, ni fuerza moral alguna que fuerce a uno a ir a la guerra y sé que en la guerra un muchacho de mi edad estorba más que otra cosa. Por todo ello no me importaba que el *Sargentón*me mirase, y me enviara su odio cuidadosamente envuelto en su mirada; ni que me refrotase por las narices que tenía un hijo en Infantería, otro enrolado en un torpedero y el más pequeño en carros de asalto; ni cuando añadía que si su marido no hubiera muerto andaría también en la guerra, porque no era lícito ni moral que unos pocos ganaran la guerra para que otros muchos se beneficiaran de ello. Yo no podía hacer nada por sus hijos y por eso me callaba; y no me daba por aludido porque yo tampoco pretendía beneficiarme de la guerra. Pero sentía un respiro cuando el *Cigüeña,*el guardia que vigilaba la circulación en la esquina, se acercaba a mí con sus patitas de alambre estremeciéndose de miedo y su ojo izquierdo velado por una nube y me decía, con un vago aire de infalibilidad, apuntando con un dedo al techo y ladeando la pequeña cabeza: «Ésa ha caído en la estación», o bien: «Ahora tiran las ametralladoras de la Catedral; ahí tengo yo un amigo», o bien: «Ese maldito no lleva frío; ya le han tocado». Pero quien debía llevar frío era él, porque no cesaba de tiritar desde que comenzaba la alarma hasta que terminaba.

      A veces me regocijaba ver temblar como a un azogado al *Cigüeña,*allí a mi lado, con las veces que él me hacía temblar a mí por jugar al fútbol en el parque, o correr en bicicleta sin matrícula o, lisa y simplemente, por llamarle a voces *tío Cigüeña*y *Patas de alambre.*

      Sí, yo creo que allí entre toda aquella gente rara y con la muerte rondando la ciudad, se me acrecían los malos sentimientos y me volvía yo un poco raro también. A la misma *Sargentón*la odiaba cuando se irritaba con cualquiera de nosotros y la tomaba asco y luego, por otro lado, me daba mucha pena si cansada de tirar pullas y de provocar a todo el mundo se sentaba ella sola en un rincón, sobre un ataúd de tercera, y pensaba en los suyos y en las penalidades y sufrimientos de los suyos. y lo hacía en seco, sin llorar. Si hubiera llorado, yo hubiera vuelto a tomarla asco y a odiarla. Por eso digo que todo el mundo se volvía un poco raro y contradictorio en aquel agujero.

      En contra de lo que ocurría a muchos, que  consideraban  nuestra situación como un mal présagio, a mí no me importaba que el sótano estuviera lleno de ataúdes y no pudiera uno dar un paso sin toparse de bruces con ellos. Eran filas iterminables de ataúdes, unos blancos, otros negros y otros de color caoba  reluciente. A mí, la verdad, me era lo mismo estar  entre ataúdes que entre canastillas de recién nacido. Tan insustituibles me parecían unos como otras y me desconcertaba por eso la criada del principal que durante toda la alarma no cesaba de llorar y de gritar que por favor la quitasen "aquellas cosas de encima" , como si aquello fuese tan fácil y  ella no abonase a Ultratumba, S.A., una módica prima anual para tener asegurado su ataúd el día que la díñase.

      En cambio a don Serafín, el empresario de Pompas Fúnebres, le complacía que viésemos de cerca el género y que la vecindad de los aviones nos animase a pensar en la muerte y sobre la conveniencia de conservar incorruptos nuestros restos durante una temporada. Lo único que le mortificaba era la posibilidad de que los ataúdes sufrieran deterioro con las aglomeraciones y con los nervios. Decía:

      \_Don Matías, no le importará tener los pies quietecitos, ¿no es cierto? Es un barniz muy delicado éste.

      O bien:

      \_La misma seguridad tienen ustedes aquí que allá. ¿Quieren correrse un poquito?

      También bajaba al refugio un catedrático de la Universidad, de lacios bigotes blancos y ojos adormecidos, que, con la guerra, andaba siempre de vacaciones. Solía sentarse sobre un féretro de caoba con herrajes de oro, y le decía a don Serafín, no sé si por broma:

      \_Éste es el mío, no lo olvides. Lo tengo pedido desde hace meses, y tú te has comprometido a reservármelo.

      Y daba golpecitos con un dedo, y como con cierta ansiedad, en la cubierta de la caja, y la ancha cara de don S*erafín*se abría en una oscura sonrisa.

      \_Es caro \_advertía y el catedrático de la Universidad decía:

      \_No importa; lo caro, a la larga, es barato.

      Y la criada del principal hacía unos gestos patéticos y les rogaba, con lágrimas en los ojos, pero sin abrirlos, que no hablasen de aquellas cosas horribles, porque Dios les iba a castigar.

      Y la ametralladora de San Vicente, que era la más próxima, hacía de cuando en cuando: «Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá». y el tableteo cercano dejaba a todos en suspenso, porque barruntaban que era un duelo a muerte el que se libraba fuera y que era posible que cualquiera de los contrincantes tuviera necesidad de utilizar el género de don Serafín al final.

      Las calles permanecían desiertas durante los bombardeos, y las ametralladoras, montadas en las torres y azoteas más altas de la ciudad, disparaban un poco a tontas y a locas y los tres cañones que el Regimientode Artillería había empotrado en unos profundos hoyos, en las afueras, vomitaban fuego también, pero habían de esperar a que los aviones rondasen su radio de acción, porque carecían casi totalmente de movilidad, aunque muchas veces disparaban sin ver a los aviones con la vaga esperanza de ahuyentarlos. Y había un vecino en mi casa, en el tercero, que era muy hábil cazador, y  los primeros días hacía fuego también desde las ventanas, con su escopeta de dos cañones. Luego, aquello pasó de la fase de improvisación, y a los soldados espontáneos, como mi vecino, no les dejaban tirar. Y él se consumía en la pasividad del refugio, porque entendía que los que manejaban las armas antiaéreas eran unos ignorantes y los aviones podían cometer sus desaguisados sin riesgos de ninguna clase.

        En alguna ocasión bajaba también al refugio don Ladis, que tenía una tienda de ultramarinos, en la calle de Espería, afluente de la nuestra, y no hacía más que escupir y mascullar palabrotas. Tenía unas anacrónicas barbitas de chivo, y  a mi madre le gustaba poco por las barbas, porque decía que en un establecimiento de comestibles las barbas  hacen sucio. A don Ladis le llevaban los demonios de ver a su dependiente amartelado en un rincón con una joven que cuidaba a una anciana del segundo. El dependiente decía en guasa que la chica era su refugio, y si hablaban lo hacían en cuchicheos, y cuando sonaba un estampido próximo, la muchacha se tapaba el rostro con las manos y el dependiente le pasaba el brazo por los hombros en ademán protector.

      Un día, el *Sargentón*se encaró con don Ladis y le dijo:

      \_La culpa es de ustedes, los que tienen negocios. La ciudad debería tener ya un avión para su defensa. Pero no lo tiene porque usted y los judíos como usted se obstinan en seguir amarrados a su dinero.

      Y era verdad que la ciudad tenía abierta una suscripción entre el vecindario para adquirir un avión para su defensa. y todos sabíamos, porque el diario publicaba las listas de donantes, que don Ladis había entregado quinientas pesetas para este fin. Por eso nos interesó lo que diría don Ladis al *Sargentón.*Y lo que le dijo fue:

      \_¿Nadie le ha dicho que es usted una enredadora y una asquerosa, doña Constantina?

      Todo esto era también una rareza. Dicen que el peligro crea un vínculo de solidaridad. Allí, en el refugio, nos llevábamos todos como el perro y el gato. Yo creo que el miedo engendra otros muchos efectos además del de la solidaridad.

      Me acuerdo bien del día en que el *Sargentón*le dijo a don Serafín, el empresario de Pompas Fúnebres, que él veía con buenos ojos la guerra porque hacía prosperar su negocio. Precisamente aquel día habían almacenado en el sótano unas cajitas para restos, muy remataditas y pulcras, idénticas a la que don Serafín prometió a mi hermanita Cristeta, años antes, si era buena, para que jugase a los entierros con los muñecos. A mi hermana Cristeta y a mí nos tenía embelesados aquella cajita tan barnizada del escaparate que era igual que las grandes, sólo que en pequeño. Por eso don Serafín se la prometió a mi hermanita si era buena. Pero Cristeta se esmeró en ser buena una semana y don Serafín no volvió a acordarse de su promesa. Tal vez por eso aquella mañana no me importó que el *Sargentón*dijese a don Serafín aquella cosa tremenda de que no veía con malos ojos la guerra porque ella hacía prosperar su negocio.

      Don Serafín dijo:

      \_¡Por amor de Dios, no sea usted insensata, doña Constantina! Mi negocio es de los que no pasan de moda.

      Y don Ladis, el ultramarinero, se echó a reír. Creo que don Ladis aborrecía a don Serafín, por la sencilla razón de que los muertos no necesitan ultramarinos. Don Serafín se encaró con él:

      \_Cree el ladrón que todos son de su condición \_dijo. Don Ladis le tiró una puñada, y el catedrático de la Universidad se interpuso. Hubo de intervenir el *Cigüeña)*que era la autoridad, porque  don Serafín exigía que encerrase al *Sargentón*y don Ladis, a su vez, que encerrase a don Serafín. En el corro sólo se oía hablar de la cárcel, y entonces el dependiente de don Ladis pasó el brazo por los hombros de la muchachita del segundo, a pesar de que no había sonado ninguna explosión próxima, ni la chica, en apariencia, se sintiese atemorizada.

      De repente, la sirvienta del principal se quedó quieta, escuchando unos momentos. Luego se secó, apresuradamente, dos lágrimas con la punta de su delantal, y chilló:

      \_iHa terminado la alarma! ¡Ha terminado la alarma! y se reía como una tonta. En el corro se hizo un silencio y todos se miraron entre sí, como si acabaran de reconocer- se. Luego fueron saliendo del refugio uno a uno.

      Yo iba detrás de don Serafín, y le dije:

      \_¿Recuerda usted la cajita que prometió a mi hermana Cristeta si se comportaba bien?

      Él volvió la cabeza y se echó a reír. Dijo:

      \_Pobre Cristeta; iqué bonita era!

       Fuera brillaba el sol con tanta fuerza que lastimaba los ojos.

["NOCHEBUENA"](http://tra65.blogspot.com/2011/04/nochebuena-microrrelato-de-eduardo.html)

FERNANDO SILVA DIRIGE EL HOSPITAL DE NIÑOS EN MANAGUA.

EN VÍSPERAS DE NAVIDAD, SE QUEDÓ TRABAJANDO HASTA MUY TARDE. YA ESTABAN SONANDO LOS COHETES, Y EMPEZABAN LOS FUEGOS ARTIFICIALES A ILUMINAR EL CIELO, CUANDO FERNANDO DECIDIÓ MARCHARSE. EN SU CASA LO ESPERABAN PARA FESTEJAR.

HIZO UNA ÚLTIMA RECORRIDA POR LAS SALAS, VIENDO SI TODO QUEDA EN ORDEN, Y EN ESO ESTABA CUANDO SINTIÓ QUE UNOS PASOS LO SEGUÍAN. UNOS PASOS DE ALGODÓN; SE VOLVIÓ Y DESCUBRIÓ QUE UNO DE LOS ENFERMITOS LE ANDABA ATRÁS. EN LA PENUMBRA LO RECONOCIÓ.

ERA UN NIÑO QUE ESTABA SOLO. FERNANDO RECONOCIÓ SU CARA YA MARCADA POR LA MUERTE Y ESOS OJOS QUE PEDÍAN DISCULPAS O QUIZÁ PEDÍAN PERMISO.

FERNANDO SE ACERCÓ Y EL NIÑO LO ROZÓ CON LA MANO:

-DECILE A... -SUSURRÓ EL NIÑO-
DECILE A ALGUIEN, QUE YO ESTOY AQUÍ.

FIN

EDUARDO GALEANO... "EL LIBRO DE LOS ABRAZOS"

Biografía

[Eduardo Galeano](http://www.sololiteratura.com/gal/biografiagaleano.htm)
(1940- )



Eduardo Germán Hughes Galeano, nace en Montevideo el 3 de septiembre de 1940. En él conviven el periodismo, el ensayo y la narrativa, siendo ante todo un cronista de su tiempo, certero y valiente, que ha retratado con agudeza la sociedad contemporánea, penetrando en sus lacras y en sus fantasmas cotidianos. Lo periodístico vertebra su obra de manera prioritaria. De tal modo que no es posible escindir su labor literaria de su faceta como periodista comprometido.

A los 14 años entró en el mundo del periodismo, publicando dibujos que firmaba "Gius", por la dificultosa pronunciación castellana de su primer apellido. Algún tiempo después empezó a publicar artículos. Se firmó Galeano y así se le conoce. Ha hecho de todo: fue mensajero y dibujante, peón en una fábrica de insecticidas, cobrador, taquígrafo, cajero de banco, diagramador, editor y peregrino por los caminos de América.

En sus inicios fue redactor jefe de la prestigiosa revista Marcha (1960-64), publicación que durante décadas dio cobijo a las voces más interesantes de las letras uruguayas y que terminó siendo silenciada en 1974 por la dictadura. En el año 1964 Galeano es director del diario Época. En 1973 Galeano tuvo que exiliarse a Argentina en donde funda y dirige una revista literaria titulada Crisis, en la que también destaca la labor del poeta Juan Gelman. En 1975 se instala en España, encontrando un país que estaba a punto de dar un salto histórico cualitativo, con el octogenario dictador como sombra de sí mismo. Reside en Calella, al norte de Barcelona. Publica en revistas españolas y colabora con una radio alemana y un canal de televisión mexicano.

Sus primeros escritos son reportajes de corte político en los que la realidad aparece continuamente golpeada por las circunstancias. Tanto el reportaje titulado "China" (1964) como "Crónica de un desafío", del mismo año, o "Guatemala, un país ocupado" (1967) reflejan una escritura de urgencia, de denuncia, que retrata la cotidianeidad de unos tiempos difíciles con una escritura situada siempre en primera línea de los hechos que vertebran el presente. Con "Las venas abiertas de América latina" (1971), explicativo título, logró su obra más popular y citada, condenando la opresión de un continente a través de páginas brutalmente esclarecedoras que se sumergen en la amargura creciente y endémica de América Latina. Esta obra ha sido traducida a dieciocho idiomas y mereció encendidos elogios desde diversos sectores. El escritor alemán Heinrich Böll, Premio Nobel de Literatura en 1972 y autor de "Opiniones de un payaso", obra clave de la literatura contemporánea, llegó a decir a propósito de la obra de Galeano que pocas obras en los últimos tiempos le habían conmovido tanto.

Junto al Galeano periodista empieza a aparecer el Galeano narrador que prolonga en sus obras su visión de América Latina. De la novela corta "Los días siguientes" (1963) a los relatos contenidos en "Vagamundo" (1973) pasan diez años pero se mantiene una misma percepción de las cosas, continuada en "La canción de nosotros" que merecío el premio Casa de las Américas de 1975. En Galeano el contexto político y social no puede eludirse y es el marco central en el que transitan sus historias. "Días y noches de amor y de guerra" (1978) se enmarca en los difíciles días de la dictadura en Argentina y Uruguay.

Con la "Memoria del fuego" hay una recuperación del pasado indigenista. Esta obra narra la odisea de las dos Américas, centrándose en los hechos más cotidianos, componiendo una trilogía febril e incisiva, apoyada en la rigurosidad de las fuentes y en la que se entrecruzan crónicas históricas con pinceladas del presente, siempre en busca de un futuro más justo. De aquella trilogía histórica formaban parte "Los nacimientos" (1982), "Las caras y las máscaras" (1984) y "El siglo del viento" (1986). En los tres libros hay un mismo objetivo y como dice el periodista italiano Gianni Miná, una voz incisiva y militante que trata de impedir que se olvide la tragedia que asola a quienes viven en el más completo subdesarrollo.

"La memoria del fuego" está estructurada en torno a pequeñas vivencias cotidianas que es en donde encuentra Galeano la verdadera grandeza del ser humano. La intrahistoria es el universo en el que caminan las obras del escritor uruguayo, al margen de grandes gestas y de sucesos grandilocuentes, que se apartan del hombre de a pie y del verdadero devenir de los acontecimientos históricos. Son, en palabras de Galeano, historias pequeñas, pero no minimalistas.

Joan Manuel Serrat toma prestado un fragmento de una de estas historias de la "Memoria del fuego" para ilustrar a modo de presentación en sus recitales el tema "Che Pykasumi", que el cantautor interpreta en lengua guaraní.

Un año antes de la publicación de "El siglo del viento" y una vez terminada la dictadura uruguaya regresa a Montevideo. Tres años después firma "El libro de los abrazos", de contenido más sutil y poético. El propio Galeano definiría de este modo la raíz de esta obra: "Creo que un autor al escribir abraza a los demás. Y éste es un libro sobre los vínculos con los demás, los nexos que la memoria ha conservado, vínculos de amor, solidaridad. Historias verdaderas vividas por mí y por mis amigos, y como mi memoria está llena de tantas personas, es al mismo tiempo un libro de "muchos"... Es un equívoco que ha fragmentado los lazos de solidaridad, que ha condenado a este mundo de finales de siglo a tener hambre de abrazos, a padecer de soledad, el peor tipo de soledad: la soledad en compañía. Es el mismo proceso que se manifiesta con la pobreza".

Precisamente en "El libro de los abrazos", uno de los libros más exitosos y logrados de Galeano, está contenido un pequeño relato titulado "La noche". Este relato dividido en cuatro partes sirvió de inspiración a Serrat para su canción "Secreta mujer" que formó parte del álbum "Sombras de la China" (1998)

El mismo año de "El libro de los abrazos" aparece "Nosotros decimos no". En 1992 publica "Ser como ellos y otros artículos" y un año después "Las palabras andantes", recopilación de cuentos y reflexiones ilustrados por el artista brasileño José Francisco Borges. El propósito de Galeano en los 90 sigue siendo el mismo que le había impulsado en las otras décadas. Palpar la realidad y luego derramarla en un libro. Como respiro, muestra su pasión por el fútbol y lo reivindica desde la literatura, al modo que también hará Javier Marías, en un libro titulado "El fútbol a sol y sombra".

En 1998 Galeano ofrece en "Patas arriba. La escuela del mundo al revés", otro de esos libros de denuncia que no edulcoran el presente ni rehuyen de sus sombras. Es por tanto Galeano un ejemplo de coherencia en una obra que sirve siempre de guía a la hora de definir un continente como el de América Latina que debe seguir cerrando heridas. La voz de Galeano suena clara en el marasmo de intereses e injusticias cotidianas. Más allá de una obra literariamente sólida, está la figura del cronista que persigue injusticias, que conjura temores, que rescata del abismo personajes e historias postergadas.

La obra de Eduardo Galeano nos convoca a mirar qué pasado hemos levantado y qué futuro estamos dejando para nuestros descendientes. Establece un frente común contra la pobreza, la miseria moral y material, la hipocresía de un mundo que sigue abriendo cada vez más distancias entre los que tienen y los que no tienen. Lo demagógico puede ser un riesgo inevitable en este tipo de propuestas, pero Galeano la salva con un estilo conciso, brillante y, sobre todas las cosas, necesario. En Eduardo Galeano hay un compromiso constante con el ser humano y sobre todo una fidelidad a unas ideas que condenan el neoliberalismo y que siguen apostando por un socialismo real, no de andar por casa, y que de alguna forma recupere el pulso perdido, lejos del presente en el que el hombre es visto como una mercancía y en el que parece que no hay lugar para las utopías.

Eduardo Galeano reside desde 1985, -tras finalizar la dictadura uruguaya-, en su Montevideo natal donde sigue haciendo su literatura y su periodismo de marcado tinte político.

## [La historia que mas me ha impresionado…](http://www.uncuentoaldia.es/?p=1515)

Publicado por: [**Carlos**](http://www.uncuentoaldia.es/?author=1) en [**Cuentos**](http://www.uncuentoaldia.es/?cat=3), [**Gabriel García Márquez**](http://www.uncuentoaldia.es/?cat=56)

**La historia que más me ha impresionado** en mi vida, la más brutal y al mismo tiempo la más humana, se la contaron a Ricardo Muñoz Suay, en 1947, cuando estaba preso en la cárcel de Ocaña, provincia de Toledo, España. Es la historia real de un prisionero republicano que fue fusilado en los primeros días de la guerra civil en la prisión de Ávila. El pelotón de fusilamiento lo sacó de su celda en un amanecer glacial, y todos tuvieron que atravesar a pie un campo nevado para llegar al sitio de la ejecución. Los guardias civiles estaban bien protegidos del frío con capas, guantes y tricornios, pero aún así tiritaban a través del yermo helado. El pobre prisionero, que sólo llevaba una chaqueta de lana deshilachada, no hacía más que frotarse el cuerpo casi petrificado, mientras que se lamentaba en voz alta del frío mortal. A un cierto momento, el comandante del pelotón, exasperado con los lamentos, le gritó:
-Coño, acaba ya de hacerte el mártir con el cabrón frío. Piensa en nosotros, que tenemos que regresar.

[**El desterrado. Ramón Gómez de la Serna (Micro-cuento)**](http://elcajondesastre.blogcindario.com/2005/12/00274-el-desterrado-ramon-gomez-de-la-serna-micro-cuento.html)

¿A qué le podían condenar después de todo? A destierro. Valiente cosa. Cumpliría la pena alegremente en un país extranjero en que viviría una nueva vida y recordaría con un largo placer su ciudad y su vida pasada.
En efecto, la sentencia fue el destierro. ¡Pero qué destierro! El tribunal, amigo de aquel hombre autoritario y de inmenso poder a quien él había insultado, queriendo venderle el favor, y ya que no podía sentenciarle a muerte, le desterró a más kilómetros que los que tiene el mundo recorrido en redondo, aunque se encoja, para alargar más la medida, el diámetro que pasa por las más altas montañas. ¿Qué quería hacer con él el tribunal, sentenciándole a un destierro que no podía cumplir?

¡Ah! El tribunal, para agasajar al poderoso ofendido, había encontrado la fórmula de castigarle a muerte, por un delito que no podía merecer esa pena de ningún modo. Había encontrado la manera de ahorcar a aquel hombre, porque no habiendo extensión bastante a lo largo de este mundo para que cumpliese el sentenciado su destierro, habría que enviarle al otro para que ganase distancia.
Y le ahorcaron.

# El mejor safari

[Cuento - Texto completo.]

Nadine Gordimer

Aquella noche nuestra madre fue a la tienda y no regresó. Nunca. ¿Qué había pasado? No lo sé. También mi padre se había marchado un día para nunca regresar; pero es que él fue a la guerra. Donde nosotros estábamos también había guerra, pero éramos pequeños y, al igual que la abuela y el abuelo, no teníamos armas. Aquellos contra quienes mi padre luchaba -los bandidos, los llama nuestro gobierno- irrumpían en el lugar donde vivíamos y nosotros huíamos de ellos como gallinas perseguidas por perros. No sabíamos adónde ir. Nuestra madre fue a la tienda porque decían que se podía comprar aceite para cocinar. Nos alegró porque hacía mucho que no probábamos el aceite. Puede que comprase aceite y que alguien la atacase en la oscuridad y le quitase aquel aceite. Puede que se topase con los bandidos. Si te encuentras con ellos, te matan. En dos ocasiones entraron en nuestro pueblo y corrimos a ocultarnos en el bosque, y cuando se hubieron marchado regresamos y descubrimos que se lo habían llevado todo. Pero la tercera vez que vinieron no quedaba nada que pudieran llevarse, ni aceite ni comida, así que le prendieron fuego a la paja y los techos de nuestras casas se hundieron. Mi madre encontró unas chapas de hojalata y las pusimos para cubrir parte de la casa. La esperamos allí la noche que no regresó.

Nos daba pánico salir, incluso para hacer nuestras cosas, porque sí que habían llegado los bandidos; no a nuestra casa -sin techo debía de parecer que no había nadie, que todos se habían ido-, pero sí al pueblo. Oíamos que la gente gritaba y corría. Nos daba miedo incluso correr, sin que nuestra madre nos dijese hacia dónde. Yo soy la segunda, la chica, y mi hermanito se agarraba a mi estómago, rodeándome el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, igual que un monito a su madre. Mi hermano mayor se pasó toda la noche con un trozo de madera astillada en la mano, parte de uno de los palos que sostenían la casa y se habían quemado; era para defenderse si los bandidos lo encontraban.

Nos quedamos allí todo el día. Aguardándola. No sé que día era; en nuestro pueblo ya no había escuela ni iglesia, así que no sabíamos si era domingo o lunes.

Al ponerse el sol, llegaron la abuela y el abuelo. Alguien del pueblo les había dicho que los niños estábamos solos; nuestra madre no había regresado. Digo «abuela» antes que «abuelo» porque es así: nuestra abuela es alta y fuerte, y aún no es vieja, y nuestro abuelo es bajito, apenas se le ve en sus holgados pantalones, sonríe pero no ha oído lo que le dices, y lleva el pelo que parece lleno de restos de jabón, La abuela nos llevó -a mí, al chiquitín, a mi hermano mayor y al abuelo- a su casa y todos teníamos miedo (salvo el chiquitín, que iba dormido en la espalda de la abuela) de encontrarnos a los bandidos por el camino. Estuvimos esperando mucho tiempo en casa de la abuela. Puede que un mes. Teníamos hambre. Nuestra madre nunca regresó. Durante el tiempo que estuvimos esperando que viniese a buscarnos, la abuela no pudo darnos comida, no tenía comida para el abuelo ni para ella. Una mujer que tenía leche en los pechos nos dio un poco para mi hermanito, aunque él en casa comía gachas, igual que nosotros. La abuela nos llevó a buscar espinacas silvestres, pero toda la gente del pueblo hacía lo mismo y no quedaba ni una hoja.

El abuelo, aunque se quedaba un poquito atrás, salió a pie con unos jóvenes a buscar a nuestra madre, pero no la encontró. Nuestra abuela lloró con otras mujeres y yo canté los himnos con ellas. Trajeron un poco de comida -alubias- pero al cabo de dos días nos quedamos otra vez sin nada. El abuelo tuvo tres ovejas y una vaca y un huerto, pero ya hacía mucho tiempo que los bandidos le habían quitado las ovejas y la vaca, porque ellos también pasaban hambre; y al llegar la época de la siembra el abuelo se había quedado sin semillas que sembrar.

Así que decidieron -nuestra abuela, porque el abuelo hizo unos ruiditos, balanceándose, pero ella no le prestó atención- que nos marchásemos. Mis hermanos y yo nos alegramos. Queríamos irnos de allí donde ya no estaba nuestra madre y donde pasábamos hambre. Queríamos ir a donde no hubiese bandidos y hubiese comida. Era estupendo pensar que tenía que haber un lugar semejante lejos de allí.

La abuela dio su ropa de ir a la iglesia a una persona a cambio de maíz seco, que hirvió y envolvió en un trapo. Nos llevamos el maíz al marcharnos y ella creyó que podríamos encontrar agua en algún río, pero no dimos con ningún río y pasamos tanta sed que tuvimos que regresar. No hasta casa de los abuelos, sino hasta un pueblo donde había bomba de agua. Ella destapó la cesta donde llevaba ropa y el maíz y vendió sus zapatos para comprar un bidón grande agua. Yo dije: Gogo, ¿cómo vas a ir a la iglesia ahora si no llevas siquiera zapatos?, pero ella dijo que el viaje era largo y llevábamos demasiado peso. En aquel pueblo encontramos a otra gente que también se marchaba. Nos unimos a ellos porque parecían saber mejor que nosotros dónde estaba aquello.

Para llegar allí teníamos que cruzar el Parque Kruger. Habíamos oído hablar del Parque Kruger como de un país entero lleno de animales: elefantes, leones chacales, hienas, hipopótamos, cocodrilos, toda clase de animales. En nuestro país teníamos algunos iguales, antes de la guerra (la abuela lo recuerda, mis hermanos y yo no habíamos nacido), pero los bandidos matan a los elefantes y venden los colmillos, y los bandidos y nuestros soldados se han comido toda la caza. En nuestro pueblo había un hombre sin piernas: un cocodrilo se las arrancó en nuestro río; pero a pesar de ello nuestro país es un país de personas y no de animales. Habíamos oído hablar del Parque Kruger porque algunos de nuestros hombres iban a trabajar allí, a unos sitios donde acudían los blancos de visita y para ver los animales.

Así que reemprendimos el viaje. Había mujeres, y otras niñas como yo que tenían que llevar a los pequeños a cuestas cuando las mujeres se cansaban. Un hombre nos guió hasta el Parque Kruger. Es que aún no llegamos, es que aún no llegamos, no paraba yo de preguntarle a la abuela. Todavía no, decía el hombre, cuando ella se lo preguntaba por mí. Él nos explicó que tendríamos que dar un gran rodeo siguiendo la cerca, que nos mataría, nos dijo, achicharrándonos la piel en cuanto la tocásemos, igual que los cables de lo alto de los postes que llevan la luz eléctrica a nuestras ciudades. Yo ya he visto ese dibujo de una cabeza sin ojos ni piel ni pelo, en una caja de hierro del hospital de la Misión que teníamos antes de que lo volasen.

Al preguntar otra vez, dijeron que llevábamos una hora caminando por el Parque Kruger. Pero tenía el mismo aspecto que el chaparral por donde caminamos todo el día, y no habíamos visto más animales que monos y pájaros como los que hay donde vivimos, y una tortuga que, como es natural, no pudo escapar de nosotros. Mi hermano mayor y los otros chicos se la trajeron al hombre para matarla, guisarla y comérnosla. El hombre la dejó libre porque dijo que no podíamos encender fuego; que mientras estuviésemos en el Parque no deberíamos encender fuego porque el humo indicaría que estábamos allí. La policía y los guardas vendrían y nos obligarían a volver por donde habíamos venido. Dijo que teníamos que ir de un lado a otro como los animales entre animales, lejos de las carreteras, lejos de los campamentos de los blancos. Y justo en aquel momento oí, estoy segura de que fui la primera en oírlo, un crujir de ramas y el sonido de algo que se abría paso entre la hierba, y casi chillé porque creí que era la policía, los guardas (con quienes él nos dijo que tuviésemos cuidado) que habían dado con nosotros. Y era un elefante, y otro elefante, y más elefantes, grandes manchas oscuras que se movían por dondequiera que mirases entre los árboles. Arrollaban la trompa en las hojas rojas de los árboles de mopane y se las embutían en la boca. Los elefantitos se pegaban a sus madres. Los que ya eran un poco mayores peleaban entre sí igual que mi hermano mayor con sus amigos, pero con la trompa en lugar de con los brazos. Yo los observaba con tal interés que me olvidé de que tenía miedo. El hombre nos dijo que permaneciésemos quietos y en silencio mientras los elefantes pasaban. Pasaron muy lentamente, porque los elefantes son demasiado grandes para necesitar huir de nadie.

Los gamos corrían ante nosotros. Saltaban tan alto que parecían volar. Los facóqueros se paraban en seco al oírnos, y se alejaban zigzagueando como solía hacerlo un chico de nuestro pueblo con la bicicleta que su padre trajo de las minas. Seguimos a los animales hasta donde bebían. Cuando se marchaban íbamos a sus pozas. Nunca pasábamos sed porque encontrábamos agua, pero los animales comían, comían constantemente. Siempre que los veías estaban comiendo hierba, árboles, raíces. Y no había nada para nosotros. El maíz se nos había terminado. Lo único que podíamos comer era lo que comían los babuinos, pequeños higos resecos llenos de hormigas, que crecen en las ramas de los árboles junto a los ríos. Era duro ser como animales.

Cuando hacía mucho calor, durante el día encontrábamos leones echados y durmiendo. Eran del color de la hierba y no los descubríamos a primera vista, aunque el hombre sí, y nos hacía retroceder y dar un largo rodeo para no pasar por donde dormían. Yo quería echarme como los leones. Mi hermanito estaba adelgazando pero pesaba mucho. Cuando la abuela me buscaba, para cargármelo a la espalda, yo intentaba escabullirme. Mi hermano mayor dejó de hablar; y cuando descansábamos tenían que zarandearle para que se volviese a levantar, como si ahora fuese igual que el abuelo, que no oía. Vi que la abuela tenía la cara llena de moscas y que no se las espantaba; me asusté. Cogí una hoja de palmera y se las quité.

Caminábamos de día y de noche. Veíamos los fuegos donde los blancos cocinaban en los campamentos y olíamos el humo y la comida. Mirábamos las hienas, que iban agachadas como si sintiesen vergüenza, deslizarse por el chaparral siguiendo aquel olor. Si una de ellas volvía la cabeza, le veías unos ojos grandes y brillantes, como los nuestros cuando nos mirábamos unos a otros en la oscuridad. El viento traía voces en nuestra lengua desde los cercados donde viven quienes trabajan en los campamentos. Una de las mujeres que iba con nosotros quería ir a verlos por la noche y pedirles que nos ayudasen. Pueden darnos la comida de los cubos de basura, dijo, y empezó a lamentarse y la abuela tuvo que agarrarla y taparle la boca con la mano. El hombre que nos guiaba nos había dicho que debíamos rehuir a aquellos de los nuestros que trabajaban en el Parque Kruger; si nos ayudaban, perderían su trabajo. Si nos veían, todo lo que podían hacer era fingir que no éramos nosotros, que lo que habían visto eran animales.

A veces nos deteníamos a dormir un poco durante la noche. Dormíamos muy juntos. No sé que noche fue (porque caminábamos y caminábamos siempre y a todas horas) pero una vez oímos que los leones estaban muy cerca. Sus rugidos no eran como los que se oían desde lejos. Jadeaban como nosotros al correr, aunque es un jadeo diferente: se nota que no corren, que acechan por allí cerca. Nos apretábamos unos contra otros, unos encima de otros, y los de los lados intentaban refugiarse en el centro, donde estaba yo. Me aplastaron contra una mujer que olía mal porque tenía miedo, pero me alegré de poder agarrarme fuertemente a ella. Rogué a Dios que hiciera que los leones cogieran a alguien de los lados y se marcharan. Cerré los ojos para no ver el árbol desde donde cualquier león podía saltar y caerme justo encima. En lugar del león saltó el hombre que nos guiaba; puesto en pie, comenzó a golpear el árbol con una rama seca. Nos había enseñado a no hacer nunca ruido, pero él gritaba. Gritaba a los leones como solía hacerlo un borracho de nuestro pueblo, que le gritaba al aire. Los leones se retiraron. Los oímos rugir, devolviéndole los gritos desde lejos.

Estábamos cansados, cansadísimos. Mi hermano mayor y el hombre tenían que aupar al abuelo y pasarlo de piedra en piedra allí donde encontrábamos vados para cruzar los ríos. La abuela es fuerte, pero le sangraban los pies. Ya no podíamos seguir llevando las cestas en la cabeza, no podíamos cargar con nada, excepto mi hermanito. Dejamos nuestras cosas bajo un arbusto. Con tirar de nuestros cuerpos hasta allí ya será mucho, dijo la abuela. Luego comimos frutos silvestres que en el pueblo no conocíamos y tuvimos retortijones. Estábamos entre la hierba que llaman elefante porque es casi tan alta como un elefante, aquel día que nos dieron los dolores, y el abuelo no podía agacharse allí delante de todos como mi hermanito, y se fue un poco más allá para hacerlo a solas. Nosotros teníamos que seguir, no paraba de decirnos el hombre que nos guiaba, no podíamos retrasarnos, pero le pedimos que aguardase al abuelo.

Así que todos aguardaron a que el abuelo nos alcanzase. Pero no nos alcanzó. Era en pleno día; los insectos zumbaban en nuestros oídos y no lo oímos moverse entre la hierba. No podíamos verle porque la hierba era muy alta y él muy bajito. Pero debía de andar por allí, metido en sus holgados pantalones y en la camisa rasgada que la abuela no le pudo coser porque no tenía hilo. Sabíamos que no podía estar lejos porque era débil y lento. Fuimos todos a buscarle, pero en grupos, no fuese que también nosotros nos perdiésemos de vista entre la hierba. Esta se nos metía en los ojos y en la nariz. Continuábamos llamando al abuelo, pero el zumbido de los insectos debió de llenar el pequeño espacio que le quedaba para oír en las orejas. Miramos y miramos, pero no dábamos con él. Estuvimos entre aquella hierba tan alta toda la noche. En sueños, me lo encontré acurrucado en un espacio que había apisonado con los pies, igual que hacen los antílopes para ocultar sus crías.

Al despertarme seguía sin aparecer. Así que continuamos buscando, y para entonces vimos senderos que habíamos abierto de tanto pasar entre la hierba, y sería fácil para él encontrarnos si nosotros no le encontrábamos. Todo aquel día no hicimos más que quedarnos sentados y aguardar. Todo está muy tranquilo cuando tienes el sol encima de la cabeza, dentro de la cabeza, aunque te acuestes como los animales, bajo los árboles. Yo me tendí boca arriba y vi esos feos pájaros de pico ganchudo y cuello desnudo volando en círculo por encima de nosotros. Habíamos pasado muchas veces por delante de ellos mientras descarnaban huesos de animales muertos, de los que no quedaba nada que pudiésemos comer también nosotros. Ronda tras ronda, elevándose y descendiendo y de nuevo elevándose. Veía sus cabezas asomar por todos lados. Volando en círculo sin parar. Noté que la abuela, quieta allí sentada con mi hermanito en su regazo, también los veía.

Por la tarde, el hombre que nos guiaba se acercó a la abuela y le dijo que los demás debían continuar. Le dijo que si sus hijos no comían, morirían pronto.

La abuela no dijo nada.

Le traeré agua antes de marcharnos, dijo él.

La abuela nos miró, a mí, a mi hermano mayor y a mi hermanito, que estaba en su regazo. Nosotros observábamos cómo los demás se levantaban para marcharse. Yo no podía creer que la hierba se vaciaría en todo el derredor, donde ellos habían estado. Que nos quedaríamos solos en aquel lugar, el Parque Kruger: la policía o los animales darían con nosotros. Me saltaron lágrimas de los ojos y de la nariz y me cayeron en las manos, pero la abuela no hizo caso. Se levantó, con los pies separados tal como los pone para izar un haz de leña, allá en casa, en nuestro pueblo; se colgó a mi hermanito a la espalda y lo ató con su vestido (la parte de arriba se le había desgarrado y llevaba sus grandes pechos al aire, pero no había nada en ellos para él). Y dijo entonces: Vamos.

Así que dejamos el lugar de la hierba alta. Lo dejamos atrás. Fuimos con los demás y con el hombre que nos guiaba. Emprendimos la marcha, otra vez.

Hay una tienda muy grande, más grande que una iglesia o una escuela, sujeta al suelo. No podía imaginar que aquello fuese lo que era, al llegar allá lejos. Vi una cosa parecida la vez que nuestra madre nos llevó a la ciudad porque se enteró de que nuestros soldados estaban allí y quería preguntarles si sabían donde estaba nuestro padre. En aquella tienda la gente cantaba y rezaba. Esta es azul y blanca como aquella pero no es para rezar y cantar; vivimos en ella con muchos otros que han llegado de nuestra tierra. La hermana de la clínica dice que somos doscientos sin contar los bebés; han nacido algunos por el camino a través del Parque Kruger.

Dentro, está oscuro incluso cuando luce el sol, y es como una especie de pueblo. En lugar de casas, cada familia tiene unos espacios separados por sacos o cartones de cajas -lo que encontremos- para que las demás familias sepan que es tu espacio y que no deben entrar aunque no haya puerta ni ventanas ni techumbres, de manera que si estás de pie y no eres una niña pequeña puedes ver el interior de la casa de todo el mundo. Algunos incluso han hecho pintura con piedras del suelo y han dibujado cosas en los sacos.

Pero sí que hay un techo de verdad: la tienda es el techo, alto, muy alto. Como el cielo. Como una montaña, y nosotros estamos dentro de ella; por las grietas bajan caminos de polvo, tan prietos que parece que se pudiera trepar por ellos. La tienda no deja entrar el agua por arriba, pero entra por los lados y por las callecitas que separan nuestros espacios (solo puede pasar por ellas una persona cada vez) y los pequeños como mi hermanito juegan con el barro. Hay que saltar por encima de ellos para pasar. Mi hermanito no juega. La abuela lo lleva a la clínica cuando viene el médico el lunes. La hermana dice que le pasa algo en la cabeza, y cree que es porque no teníamos bastante comida en casa. Por la guerra. Porque nuestro padre no estaba. Y porque luego había pasado mucha hambre en el Parque Kruger. Solo quiere estar todo el día encima de la abuela, en su regazo o pegado a ella, y no hace más que mirarnos y mirarnos. Quiere pedir algo pero se nota que no puede. Si le hago cosquillas solo sonríe un poquito. En la clínica nos dan un polvo especial para hacerle gachas y puede que un día se ponga bien.

Cuando llegamos estábamos con él, mi hermano mayor y yo. Casi no me acuerdo. Los vecinos del pueblo que está cerca de la tienda nos llevaron a la clínica, donde tienes que firmar que has llegado, desde muy lejos, por el Parque Kruger. Nos sentamos en la hierba y todo estaba embarrado. Había una hermana muy guapa con el pelo muy estirado y unos bonitos zapatos de tacón alto, que nos trajo el polvo especial. Nos dijo que teníamos que mezclarlo con agua y beberlo despacio. Nosotros rasgamos los paquetes con los dientes y lamimos todo el polvo; a mí se me quedó pegado en la boca y me chupé los labios y los dedos. Otros niños que hicieron el viaje con nosotros vomitaron. Pero yo solo notaba que todo se removía dentro de mi estómago, y que lo que me había tragado bajaba y se me arrollaba como una serpiente, y me dio un hipo muy fuerte. Otra hermana nos dijo que nos pusiésemos en fila en el porche de la clínica pero no pudimos. Nos quedamos todos por allí sentados, cayendo unos sobre otros; las hermanas nos ayudaron a todos a levantarnos cogiéndonos del brazo y luego nos clavaron una aguja. Con otras agujas nos sacaron la sangre y la metieron en unas botellitas. Era contra la enfermedad, pero yo no lo comprendía, y cada vez que cerraba los ojos me figuraba que aún caminaba, y que la hierba era alta, y veía a los elefantes, y no sabía que estábamos allá lejos.

Pero la abuela aún era fuerte, todavía podía tenerse en pie, y como sabe escribir firmó por nosotros. La abuela nos consiguió este espacio en la tienda junto a uno de los lados; es el mejor sitio porque, aunque entre agua cuando llueve, podemos levantar la lona cuando hace buen tiempo y nos da el sol, y se van los olores de la tienda. La abuela conoce aquí a una mujer que le enseñó dónde hay buena hierba para hacer esteras para dormir, y la abuela nos las hizo. Una vez al mes llega a la clínica el camión de la comida. La abuela va con una de las tarjetas que firmó y cuando le hacen el agujero nos dan un saco de maíz. Hay carretillas para llevarlo a la tienda; mi hermano mayor lo carga por ella, y luego él y los otros chicos hacen carreras con las carretillas vacías hasta la clínica. A veces tiene suerte y un hombre que ha comprado cerveza en el pueblo le da dinero para que la transporte; aunque esto no está permitido, porque hay que devolver las carretillas enseguida a las hermanas. Él se compra un refresco y me da un trago si le pillo. Otra vez al mes, la iglesia deja un montón de ropa vieja en el patio de la clínica. La abuela tiene otra tarjeta para que le hagan el agujero, y entonces podemos elegir algo: yo tengo dos vestidos, dos pantalones y un suéter, así que puedo ir a la escuela.

Los del pueblo nos dejan ir a su escuela. Me sorprendió que hablasen nuestra lengua. La abuela me dijo: Por eso nos dejan estar en su tienda. Hace mucho tiempo, en tiempos de nuestros padres, no había la cerca que mata, no estaba el Parque Kruger entre ellos y nosotros, y éramos todos un solo pueblo bajo nuestro propio rey, desde el hogar de donde nos marchamos hasta este sitio adonde hemos llegado.

Llevamos ya mucho tiempo en la tienda (yo he cumplido once años y mi hermanito tiene casi tres, aunque es muy pequeño, solo tiene grande la cabeza, y aún no está del todo bien) y han cavado por todo el derredor y han plantado alubias y trigo y berzas. Los ancianos entretejen ramas para vallar sus jardines. No está permitido que nadie vaya a buscar trabajo en las ciudades, pero algunas mujeres lo han encontrado en el pueblo y pueden comprar cosas. La abuela, como todavía está fuerte, consigue trabajo donde la gente construye casas; porque en este lugar la gente construye bonitas casas con ladrillos y cemento, y no con barro como las que teníamos en nuestro pueblo. La abuela acarrea ladrillos para ellos y cestas de piedra en la cabeza. Así que tiene dinero para comprar azúcar y té y leche y jabón. El almacén le ha regalado un calendario que ella ha colgado en la lona de nuestra tienda. Voy muy bien en la escuela, y ella guardó los papeles de los anuncios que la gente tira al salir de comprar en el almacén y me forró los libros. A mi hermano mayor y a mí nos manda hacer los deberes todas las tardes antes de que oscurezca, porque no hay sitio más que para estar echados, muy juntos, como hacíamos en el Parque Kruger, aquí en nuestro espacio de la tienda, y las velas son caras. La abuela todavía no ha podido comprarse un par de zapatos para ir a la iglesia, pero nos ha comprado zapatos negros de colegiales y betún para lustrarlos a mi hermano mayo y a mí. Todas las mañanas, al levantarnos, los chiquitines lloran, la gente se empuja frente a los grifos de afuera y algunos niños ya rebañan los restos de gachas pegados en las ollas de las que comimos por la noche y mi hermano mayor y yo nos lustramos los zapatos. La abuela nos hace sentar en las esteras con las piernas estiradas para ver bien los zapatos y asegurarse de que los hemos hecho como es debido. Nadie más en la tienda tiene auténticos zapatos de colegial. Al mirar a los demás es como si estuviésemos otra vez en una verdadera casa, sin guerra, y no aquí lejos.

Llegaron unos blancos a tomarnos fotografías a los que vivimos en la tienda; dijeron que estaban haciendo una película, que es algo que nunca he visto pero sé lo que es. Una mujer blanca se metió en nuestro espacio y le hizo a la abuela unas preguntas que uno que entiende la lengua de la mujer blanca nos dijo en la nuestra.

¿Cuánto tiempo llevan viviendo de este modo?

¿Quiere decir aquí?, dijo la abuela. En esta tienda, dos años y un mes.

¿Y qué espera del futuro?

Nada. Estoy aquí.

¿Y para sus pequeños?

Quiero que aprendan para que puedan conseguir buenos empleos y dinero.

¿Confían en regresar a Mozambique, a su país?

No volveré.

¿Pero cuando termine la guerra… y no puedan quedarse aquí? ¿No desea volver a su hogar?

No me pareció que la abuela quisiera seguir hablando. No me pareció que fuese a contestar a la mujer blanca. La mujer blanca ladeó la cabeza y nos sonrió.

La abuela apartó la mirada de la mujer blanca y dijo: Ya no hay nada. No hay hogar.

¿Por qué dirá esto la abuela? ¿Por qué? Yo volveré. Yo volveré a través del Parque Kruger. Después de la guerra, cuando ya no queden más bandidos, quizá nuestra madre nos estará esperando. Y puede que cuando dejamos al abuelo solo se rezagase, que acabase por encontrar el camino, y fuese poquito a poco, a través del Parque Kruger, y esté también allí. Estarán en casa, y yo los recordaré.

FIN

### Cuentos e historias para la ternura. La historia de este día lunes 22 de diciembre del 2014 El niño sin lengua. Juan Goytisolo.

Amigas y amigos. Hace 17 años, el 22 de diciembre de 1997, allá en la comunidad de Acteal, en el municipio de Chenalhó, ubicado en la región de Los Altos de Chiapas al sureste de México, un grupo de paramilitares entrenados, financiados y protegidos por el Ejercito Mexicano, atacaron a niños, niñas, mujeres, hombres, ancianos y ancianas y asesinaron a 45 de ellos y ellas. Algunas mujeres estaban embarazadas. Hoy, quienes planearon esa masacre están en libertad; Ernesto Zedillo es consejero de empresas trasnacionales, Emilio Chuayffet es secretario de Educación Pública, y Eraclio Zepeda, uno de los principales asesinos, acaba de ser premiado con la medalla Belisario Domínguez por el Senado de la República Mexicana. Así es la justicia en nuestro país. Va esta historia escrita por Juan Goytisolo y publicada en el, libro *Las Voces del Espejo*. Espero que les guste y que un día se haga justicia.



El niño sin lengua.

                                                                                                        Juan Goytisolo.

Cuando se dieron los hechos – así los denominaron las autoridades locales a fin de no herir, con exquisito pudor, la sensibilidad de la opinión pública ni de azuzar la consabida inquina y mala fe de los informadores -, el niño había sido apriscado con algunos familiares y vecinos  en un claro del bosque. Las fuerzas paramilitares, tras el saqueo e incendio de las viviendas, aguardaron la ceja del alba y los rubores del sol en la cresta de las colinas para proceder a la operación de limpieza. Dispararon con sus fusiles hasta que los aldeanos cayeron en medio de los gritos y el seco zumbido de los disparos.

El niño permaneció oculto  bajo el cadáver de un hombre y aguardo allí sin mover un musculo. Los milicianos remataban a  los heridos y, poco a poco, los gemidos cesaron. Se hizo el muerto, y en realidad, había muerto. Cuando lo rescataron contemplaba a sus salvadores  con los ojos vacíos, vueltos hacia algún punto fijo en el interior de sí mismo. ¿Había sobrevivido al exterminio? Su rostro no expresaba emoción alguna. Se había tragado la lengua. ¿Qué dijo Lázaro a su retorno del reino de las sombras?

Aquello había ocurrido en Bosnia, en Argelia, en Chechenia, en Perú y en Colombia, en varios países de África y Centroamérica, ahora en Chiapas. Quedó el niño sin voz. Era el testigo mudo de todas y cada una de esas matanzas. Fue fotografiado y su rostro apareció en las cinco partes del mundo. Su retrato enmarcado colgaba en numerosos despachos y lugares privados. Millones de personas se familiarizaron con su rostro, pero nadie alcanzó a identificarlo. Lo llamaron, es, el niño sin lengua, traspuesto al limbo desde la barbarie.

# La oveja negra

[Minicuento - Texto completo.]

Augusto Monterroso

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

FIN

[**Arbol del fuego. Hipólito G. Navarro (Micro-cuento)**](http://elcajondesastre.blogcindario.com/2006/03/00570-arbol-del-fuego-hipolito-g-navarro-micro-cuento.html)

Es el niño primero de la clase, extraño niño de sobresalientes y matrículas. Por las tardes abunda en su sustancia, y en el parque soslaya la facilidad de los cerezos y los arces y trepa, con dificultades, a lo más alto de un árbol del fuego.
Abajo, intuyendo la caída que algún día tendrá que llegar, espera sin prisas otro niño, este más discreto tras sus gafas: el que fantasea en la clase en el último pupitre bajo el mapa, donde nunca llegan los premios del maestro.

# El cerdito

[Cuento - Texto completo.]

Juan Carlos Onetti

La señora estaba siempre vestida de negro y arrastraba sonriente el reumatismo del dormitorio a la sala. Otras habitaciones no había; pero sí una ventana que daba a un pequeño jardín parduzco. Miró el reloj que le colgaba del pecho y pensó que faltaba más de una hora para que llegaran los niños. No eran suyos. A veces dos, a veces tres que llegaban desde las casas en ruinas, más allá de la placita, atravesando el puente de madera sobre la zanja seca ahora, enfurecida de agua en los temporales de invierno.

Aunque los niños empezaran a ir a la escuela, siempre lograban escapar de sus casas o de sus aulas a la hora de pereza y calma de la siesta. Todos, los dos o tres; eran sucios, hambrientos y físicamente muy distintos. Pero la anciana siempre lograba reconocer en ellos algún rasgo del nieto perdido; a veces a Juan le correspondían los ojos o la franqueza de ojos y sonrisa; otras; ella los descubría en Emilio o Guido. Pero no trascurría ninguna tarde sin haber reproducido algún gesto, algún ademán de nieto.

Pasó sin prisa a la cocina para preparar los tres tazones de café con leche y los panques que envolvían dulce de membrillo.

Aquella tarde los chicos no hicieron sonar la campanilla de la verja sino que golpearon con los nudillos el cristal de la puerta de entrada, la anciana demoró en oírlos pero los golpes continuaron insistentes y sin aumentar su fuerza. Por fin, por que había pasado a la sala para acomodar la mesa, la anciana percibió el ruido y divisó las tres siluetas que habían trepados los escalones.

Sentados alrededor de la mesa, con los carrillos hinchados por la dulzura de la golosina, los niños repitieron las habituales tonterías, se acusaron entre ellos de fracasos y traiciones. La anciana no los comprendía pero los miraba comer con una sonrisa inmóvil; para aquella tarde, después de observar mucho para no equivocarse, decidió que Emilio le estaba recordando el nieto mucho más que los otros dos. Sobre todo con el movimientos de las manos.

Mientras lavaba la loza en la cocina oyó el coro de risas, las apagadas voces del secreteo y luego el silencio. Alguno caminó furtivo y ella no pudo oír el ruido sordo del hierro en la cabeza. Ya no oyó nada más, bamboleó el cuerpo y luego quedó quieta en el suelo de su cocina.

Revolvieron en todos los muebles del dormitorio, buscaron debajo del colchón. Se repartieron billetes y monedas y Juan le propuso a Emilio:

-Dale otro golpe. Por si las dudas.

Caminaron despacio bajo el sol y al llegar al tablón de la zanja cada uno regresó separado, al barrio miserable. Cada uno a su choza y Guido, cuando estuvo en la suya, vacía como siempre en la tarde, levantó ropas, chatarra y desperdicios del cajón que tenía junto al catre y extrajo la alcancía blanca y manchada para guardar su dinero; una alcancía de yeso en forma de cerdito con una ranura en el lomo.

FIN

# [Hogar: István Örkény](http://apostillasnotas.blogspot.com.es/2009/06/hogar-istvan-orkeny.html)

*La niña tenía cuatro años, de manera que con seguridad sus recuerdos eran confusos. Su madre, para hacerla consciente del inminente cambio, la llevó hasta la cerca de alambre de púas y, de lejos, le mostró el tren.

- ¿No te alegras? Ese tren nos llevará a casa.
- Y entonces ¿qué va a pasar?
- Entonces estaremos en nuestro hogar.
- ¿Qué es un hogar? – preguntó la niña.
- Donde vivíamos antes.
- Y allí ¿qué hay?
- ¿Te acuerdas todavía de tu osito? Quizás también estén allí tus muñecas.
- Mamá – preguntó la niña -, ¿en casa también hay guardias?
- No, allí no hay.
- Entonces – preguntó la niña -, de allí ¿podremos escapar?*

[István Örkény](http://es.wikipedia.org/wiki/Istv%C3%A1n_%C3%96rk%C3%A9ny), "Hogar", del libro [Cuentos en un minuto](http://www.spejismos.com/articulos.asp?n=29&s=4&num=2&tit=Cuentos%20de%20un%20minuto.%20Istv%C3%A1n%20%C3%96rk%C3%A9ny%20&ent=Haciendo%20de%20la%20diversidad%20de%20t%C3%A9cnicas%20narrativas%20virtuosismo%20compositivo,%20Istv%C3%A1n%20%C3%96rk%C3%A9ny%20tiene%20en%20la%20imagen%20pl%C3%A1stica%20su%20recurso%20m%C3%A1s%20eficiente,%20y%20cada%20narraci%C3%B3n%20es%20una%20instant%C3%A1nea%20o%20una%20superposici%C3%B3n%20de%20flashes%20que%20quedan%20fijados%20en%20nuestra%20retina.) (Trad. Judit Gerendas, Editorial Thule, 2006).

"Los Cuentos de un minuto de Örkény también tienen una relación peculiar con la realidad. Muchos de ellos usan el lenguaje periodístico de los anuncios, e históricamente están muy arraigados a la realidad centroeuropea de los años sesenta, al régimen que se atrevía a llamarse socialista. Justamente por esa razón su interpretación y recepción deben ser distintas para un lector del siglo XXI, con un pasado y unas experiencias diferentes. Sin embargo, su visión grotesca y su humor absurdo, capaces de representar los conflictos, las situaciones humanas de manera compacta, densa, son independientes de la época y de la ideología política actual.

Este enfoque al revés que invierte el orden y lo vuelve todo literalmente de arriba abajo, más el tono descarado que aparenta no respetar nada ni a nadie, son los que tienen en común ambos autores (István Örkény y Frigyes Karinthy). Sus obras nos brindan la ocasión de tener una visión diferente de lo habitual y cotidiano, sobre los momentos más oscuros de la historia mundial del siglo XX y sobre la lucha contra una enfermedad mortal.

Por el tono irónico de sus cuentos y dramas, y por su actitud siempre dispuesta a burlarse de todo y de todos, Örkény es uno de los autores más conocidos y más queridos de las letras húngaras".

**PENSAMIENTO EN EL SÓTANO**

La pelota atravesó la ventana rota y cayó en el pasillo del sótano.

Una de las niñas, la hija de catorce años de los conserjes, bajó renqueando a buscarla. A la pobre el tranvía le había cortado la pierna por debajo de la rodilla, y se sentía feliz cuando podía recoger pelotas para los demás.

En el sótano reinaba la penumbra, pero de todas maneras le llamó la atención algo que se movía en un rincón.

¡Minino! –dijo la muchacha de pierna de palo de la conserjería-. Y tú ¿qué aquí, gatito?

Alzó la pelota y, como pudo, se apresuró a llevarla.

La vieja, sucia y hedionda rata –fue a ella a quien confundieron con un gatito –se sorprendió. Así no le había hablado todavía nadie.

Hasta ahora sólo la odiaron, le lanzaron pedazos de carbón o huyeron aterrados ante su presencia.

Por primera vez se le ocurrió lo diferente que hubiera sido todo si, por ejemplo, hubiera nacido gato.

Es más -¡porque así de insaciables somos!-, continuó tejiendo sus fantasías. ¿Y si hubiera nacido para ser la muchacha de pierna de palo de la conserjería?

Pero eso ya hubiera sido demasiado hermoso. No se lo pudo ni imaginar.

**LA MUERTE DEL ACTOR**

Hoy en la tarde, en una de las calles laterales a la avenida Üllöi. Perdió el conocimiento y cayó desmayado Zoltán Zetelaki, el popular actor.

Los transeúntes lo llevaron a la clínica más próxima, pero resultó vano todo intento por resucitarlo con los avances más recientes de la ciencia, incluido el uso de un pulmón de acero. El excelente actor, después de una larga agonía, falleció a las seis y media de la noche; su cuerpo fue trasladado al Instituto de Anatomía.

A pesar de este trágico acontecimiento, la representación de esa noche de *El rey Lear*transcurrió sin contratiempos. A pesar de que Zetelaki se retrasó un poco, y en el primer acto se le notó extremadamente cansado (en algunos momentos fue evidente que requería de la ayuda del apuntador), luego se encontró a sí mismo, y la muerte del rey ya la representó con una fuerza tan convincente, que recibió un aplauso estruendo.

Después lo invitaron a cenar, pero no fue. Se limitó a decir:

-Hoy tuve un día muy difícil.



**IN MEMORIAM DOCTOR K.H.G.**

-*Hölderlin ist Ihnen unbekanny?*(\*)*–*preguntó el doctor K.H.G., mientras cavaba la fosa para el caballo muerto.

-¿Quién era ése? –preguntó el guardia alemán.

-El que escribió *Hiperión*–explicó el doctor K.H.G. Le gustaba mucho explicar -. La figura más importante del romanticismo alemán. ¿Y Heine, por ejemplo?

-¿Quiénes son esos? –preguntó el guardia.

-Poetas –dijo el doctor K.H.G. -. ¿Tampoco conoce el nombre de Schiller?

-Sí, lo conozco –dijo el guardia alemán.

-¿Y el de Rilke?

-También –dijo el guardia alemán, y de un tiro mató al doctor K.H.G.

(\*) ¿No conoce usted a Hölderlin? (N. de la T.)

La lengua de las mariposas Manuel Rivas Manuel Rivas El periodista y escritor Manuel Rivas nació en La Coruña en 1957. Comenzó a escribir en su adolescencia y colaboró en distintos medios de comunicación. También fundó diversas revistas literarias de corta vida. Es socio fundador de Greenpeace y tiene un puesto en la junta directiva de la organización. Es considerado el escritor más sobresaliente de la literatura gallega actual, en la que destaca su maestría en el uso de la lengua, la autenticidad de sus historias y el compromiso social y político. Cultiva distintos géneros literarios como la novela, el ensayo y la poesía, pero donde parece que se siente más cómodo es con el relato. Los dieciséis relatos breves de ¿Qué me quieres, amor? han sido considerados por la crítica como una joya literaria, algunos de los cuales (y entre ellos, "La lengua de las mariposas") merecerían figurar en las antologías universales del cuento. El libro tiene como eje central la incomunicación personal en las relaciones humanas, donde la soledad y el dolor conviven con el humor y la ternura La lengua de las mariposas «¿Qué hay , Gorrión? Espero que este año podamos ver por fin la lengua de las mariposas». El maestro aguardaba desde hacía tiempo que le enviaran un microscopio a los de la instrucción pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuvieran un efecto de poderosas lentes. «La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un resorte de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar ¿a que sienten ya el dulce en la boca como si la yema fuera la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa». Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Que maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de jarabe. Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender como yo quería a mi maestro. Cuando era un «picarito», la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que cimbraba en el aire como una vara de mimbre. «¡Ya verás cuando vayas a la escuela!» 2 Dos de mis tíos, como muchos otros mozos, emigraron a América por no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América sólo por no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores de la batalla del Barranco del Lobo. Yo iba para seis años y me llamaban todos Gorrión. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos y no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, el que me puso el apodo. «Pareces un gorrión». Creo que nunca corrí tanto como aquel verano anterior al ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica. «¡Ya verás cuando vayas a la escuela!» Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancara las amígdalas con la mano, la manera en que el maestro les arrancaba la jeada del habla para que no dijeran ajua ni jato ni jracias. «Todas las mañanas teníamos que decir la frase 'Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo'. ¡Muchos palos llevábamos por culpa de Juadalagara!» Si de verdad quería meterme miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de la pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de mandil de carnicero. No mentiría si les dijera a mis padres que estaba enfermo. El miedo, como un ratón, me roía por dentro. Y me meé. No me meé en la cama sino en la escuela. Lo recuerdo muy bien. Pasaron tantos años y todavía siento una humedad cálida y vergonzosa escurriendo por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio escondido con la esperanza de que nadie se percatara de mi existencia, hasta poder salir y echar a volar por la Alameda. «A ver, usted, ¡póngase de pie!» El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que la orden iba para mi. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mi me pareció la lanza de Abd el-Krim. «¿Cuál es su nombre?» «Gorrión» Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me batieran con latas en las orejas. «¿Gorrión?» 3 No recordaba nada. Ni mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré cara al ventanal, buscando con angustia los árboles de la alameda. Y fue entonces cuando me meé. Cuando se dieron cuenta los otros rapaces, las carcajadas aumentaron y resonaban como trallazos. Huí. Eché a correr como un loquito con alas. Corría, corría como solo se corre en sueños y viene tras de uno el Sacaúnto. Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mi. Podía sentir su aliento en el cuello y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré cara atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba solo con mi miedo, empapado de sudor y de meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía reparar en mi, pero yo tenía la sensación de que toda la villa estaba disimulando, que docenas de ojos censuradores acechaban en las ventanas, y que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarle la noticia a mis padres. Las piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta A Coruña y embarcaría de polisón en uno de esos navíos que llevan a Buenos Aires. Desde la cima del Sinaí no se veía el mar sino otro monte más grande todavía, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y nostalgia lo que tuve que hacer aquel día. Yo sólo, en la cima, sentado en silla de piedra, bajo las estrellas, mientras en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi búsqueda. Mi nombre cruzaba la noche cabalgando sobre los aullidos de los perros. No estaba sorprendido. Era como si atravesara la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando llegó donde mi la sombra regia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me abrazó en su pecho. «Tranquilo Gorrión, ya pasó todo». Dormí como un santo aquella noche, pegadito a mamá. Nadie me reprendió. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como pasara cuando había muerto la abuela. Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado de la mano en toda la noche. Así me llevó, agarrado como quien lleva un serón en mi vuelta a la escuela. Y en esta ocasión, con corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo. El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. «¡Me gusta ese nombre, Gorrión!». Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en el medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano cara a su mesa y me sentó en su silla. Y permaneció de pie, agarró un libro y dijo: 4 «Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso». Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. «Bien, y ahora, vamos a comenzar con un poema. ¿A quien le toca? ¿Romualdo? Ven, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta». A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas. «Una tarde parda y fría...» «Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?» «Una poesía, señor». «¿Y como se titula?» «Recuerdo infantil. Su autor es don Antonio Machado» «Muy bien, Romualdo, adelante. Despacito y en voz alta. Repara en la puntuación» El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo. «Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de lluvia tras los cristales. Es la clase. En un cartel se representa a Caín fugitivo, y muerto Abel, junto a una marcha carmín... «Muy bien. ¿Qué significa monotonía de lluvia, Romualdo?», preguntó el maestro. «Que llueve después de llover, don Gregorio». «¿Rezaste?», preguntó mamá, mientras pasaba la plancha por la ropa que papá cosiera durante el día. En la cocina, la olla de la cena despedía un aroma amargo de nabiza. «Pues si», dije yo no muy seguro. «Una cosa que hablaba de Caín y Abel». «Eso está bien», dijo mamá. «No se por que dicen que ese nuevo maestro es un ateo». «¿Qué es un ateo?» «Alguien que dice que Dios no existe». Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón. «¿Papá es un ateo?» 5 Mamá posó la plancha y me miró fijo. «¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa pavada?» Yo había escuchado muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios. Decían dos cosas: Cajo en Dios, cajo en el Demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían de verdad en Dios. «¿Y el Demonio? ¿Existe el Demonio?» «¡Por supuesto!» El hervor hacía bailar la tapa de la olla. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor e gargajos de espuma y berza. Una abeja revoloteaba en el techo alrededor de la lámpara eléctrica que colgaba de un cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada como cada vez que tenía que planchar. Su cara se tensaba cuando marcaba la raya de las perneras. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriera a un desvalido. «El Demonio era un ángel, pero se hizo malo». La abeja batió contra la lámpara, que osciló ligeramente y desordenó las sombras. «El maestro dijo hoy que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el resorte de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que mandar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?» «Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te gusta la escuela?» «Mucho. Y no pega. El maestro no pega» No, el maestro don Gregorio no pegaba. Por lo contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos peleaban en el recreo, los llamaba, «parecen carneros» y hacía que se dieran la mano. Luego, los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como hice mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro rapaz, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, en el que golpearía con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandara darle la mano y que me cambiara junto a Dombodán. El modo que tenía don Gregorio de mostrar un gran enfado era el silencio. «Si ustedes no se callan, tendré que callar yo». Y iba cara al ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, desasosegante, como si nos dejara abandonados en un extraño país. Sentí pronto que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que tocaba era un cuento atrapante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y el sístole y diástole del corazón. Todo se enhebraba, todo tenía 6 sentido. La hierba, la oveja, la lana, mi frío. Cuando el maestro se dirigía al mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminara la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relincho de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomo de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Hacíamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribimos cancioneros de amor en Provenza y en el mar de Vigo. Construimos el Pórtico da Gloria. Plantamos las patatas que vinieron de América. Y a América emigramos cuando vino la peste de la patata. «Las patatas vinieron de América», le dije a mi madre en el almuerzo, cuando dejó el plato delante mío. «¡Que iban a venir de América! Siempre hubo patatas», sentenció ella. «No. Antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz». Era la primera vez que tenía clara la sensación de que, gracias al maestro, sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, los padres, desconocían. Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche con azúcar y cultivaban hongos. Había un pájaro en Australia que pintaba de colores su nido con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba tilonorrinco. El macho ponía una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra. Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y feriados que pasaba por mi casa y íbamos juntos de excursión. Recorríamos las orillas del río, las gándaras, el bosque, y subíamos al monte Sinaí. Cada viaje de esos era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Una libélula. Un escornabois. Y una mariposa distinta cada vez, aunque yo solo recuerde el nombre de una es la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o en el estiércol. De regreso, cantábamos por las corredoiras como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: «Y ahora vamos a hablar de los bichos de Gorrión». Para mis padres, esas atenciones del maestro eran una honra. Aquellos días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos. «No hacía falta, señora, yo ya voy comido», insistía don Gregorio. Pero a la vuelta, decía: «Gracias, señora, exquisita la merienda». «Estoy segura de que pasa necesidades», decía mi madre por la noche. «Los maestros no ganan lo que tienen que ganar», sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. «Ellos son las luces de la República». «¡La República, la República! ¡Ya veremos donde va a parar la República!» 7 Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia. Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero muchas veces los sorprendía. «¿Qué tienes tu contra Azaña? Esa es cosa del cura, que te anda calentando la cabeza» «Yo a misa voy a rezar», decía mi madre. «Tu, si, pero el cura no» Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría «tomarle las medidas para un traje». El maestro miró alrededor con desconcierto. «Es mi oficio», dijo mi padre con una sonrisa. «Respeto muchos los oficios», dijo por fin el maestro. Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año y lo llevaba también aquel día de julio de 1936 cuando se cruzó conmigo en la alameda, camino del ayuntamiento. «¿Qué hay, Gorrión? A ver si este año podemos verles por fin la lengua a las mariposas»" Algo extraño estaba por suceder. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban para la derecha, viraban cara a la izquierda. Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca vi sentado en un banco a Cordeiro. Miró cara para arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros era que venía una tormenta. Sentí el estruendo de una moto solitaria. Era un guarda con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró cara a los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: «¡Arriba España!» Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de estallidos. Las madres comenzaron a llamar por los niños. En la casa, parecía haber muerto otra vez la abuela. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo del agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios. Llamaron a la puerta y mis padres miraron el picaporte con desasosiego. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en la casa de Suárez, el indiano. «¿Saben lo que está pasando? En la Coruña los militares declararon el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil» «¡Santo cielo!», se persignó mi madre. «Y aquí», continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyeran, «Se dice que el alcalde llamó al capitán de carabineros pero que este mandó decir que estaba enfermo». 8 Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas, como si de pronto cayera el invierno y el viento arrastrara a los gorriones de la Alameda como hojas secas. Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a la misa y volvió pálida y triste, como si se hiciera vieja en media hora. «Están pasando cosas terribles, Ramón», oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor todavía. Parecía que había perdido toda voluntad. Se arrellanó en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer. «Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo» Fue mi madre la que tomó la iniciativa aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a la misa. Cuando volvieron, me dijo: «Ven, Moncho, vas a venir con nosotros a la alameda». Me trajo la ropa de fiesta y, mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo en voz muy grave: «Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro». «Si que lo regaló». «No, Moncho. No lo regaló. ¿Entendiste bien? ¡No lo regalo!» Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. Bajaran también algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas, paisanos viejos de chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola en el cinto. Dos filas de soldados abrían un corredor desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado, como los que se usaban para transportar el ganado en la feria grande. Pero en la alameda no había el alboroto de las ferias sino un silencio grave, de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento. Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardas, salieron los detenidos, iban atados de manos y pies, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, el de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la orquesta Sol y Vida, el cantero a quien llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al cabo de la cordada, jorobado y feo como un sapo, el maestro. Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco a poco, de la multitud fue saliendo un ruge-ruge que acabó imitando aquellos apodos. «¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!» 9 «Grita tu también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!». Mi madre llevaba agarrado del brazo a papá, como si lo sujetara con toda su fuerza para que no desfalleciera. « ¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!» Y entonces oí como mi padre decía «¡Traidores» con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, «¡Criminales! ¡Rojos!» Saltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida cara al maestro. «¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!» Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. «¡Cabrón! ¡Hijo de mala madre¡». Nunca le había escuchado llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. «Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso». Pero ahora se volvía cara a mi enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. «¡Grítale tu también, Monchiño, grítale tu también!» Cuando los camiones arrancaron cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrían detrás lanzando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: «¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!».

Preguntas para analizar

1-perspectiva narrativa desde la que está contada la historia. (¿Quién nos relata los hechos?). 2- Argumento y tema Resume brevemente la trama del cuento y determina el tema del mismo. 3-Retrato de los protagonistas - descripción de los personajes (físicamente/psicológicamente) según sus respectivos papeles en la trama del cuento. • el padre • la madre • Moncho • El maestro. (contrapón la imagen que el Pardal tenía de él antes y después de conocerlo.)

4-Época en que transcurren los hechos - Explicita las alusiones que aparecen en el relato a hechos u otros datos que nos permitan establecer el momento histórico exacto en que se da la trama

5- Cita todas las alusiones que aparecen en el relato que hagan referencia a rasgos sociales de la época • hábitos sociales de hombres y/o mujeres • relación entre ellos • trabajo infantil • oficios; • escuela y el papel social del maestro • emigración...

 6-En el relato aparece la jeada, así como el uso frecuente del diminutivo con el sufijo -iño. ¿A qué lengua peninsular se asocian estos rasgos? ¿Has percibido alguna otra Característica lingüística que te haya llamado la atención? Si es así, cítala.

7. La importancia del poema de Antonio Machado

 8 - Análisis del desenlace. a) En el desenlace de la historia, el miedo es un elemento muy importante (miedo de la madre, el padre, el hijo). ¿Cómo lo manifiestan cada uno de ellos? ¿Qué relación hay entre el miedo y la guerra? b) El relato termina con las siguientes palabras: "Grítale tú también,Monchiño, grítale tú también"(...) Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en medio de la Alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: "¡Sapo¡Tilonorrinco! ¡Iris!". • Reflexiona acerca de ellas y establece: ¿Por qué Moncho siente rabia? ¿Por qué sólo es capaz de vocear nombres de los animales que don Gregorio le ha enseñado? ¿Qué crees que el autor nos quiere reseñar con ello? O dicho de otro modo, ¿crees que el Pardal odia al maestro por su ideología o, presionado por el entorno, hace ver que lo insulta con claves cómplices entre ellos?

UNIDAD DIDÁCTICA DE LECTURA Etapa Escolar: Educación Secundaria Obligatoria (ESO) Nivel: Cuarto Área: Lengua Castellana y Literatura Autoras: Amalia García González y Mónica Hernando Rosa Como ahora (Cuento de Navidad) 1. Introducción 2. Justificación 3. Programación didáctica 3.1. Objetivos 3.2. Contenidos 3.3. Criterios de evaluación 3.4. Metodología 4. Actividades 5. Valoración Texto:

COMO AHORA. Cuento de Navidad

Los escasos transeúntes miran con disimulo al hombre sentado en el banco. No es la primera vez que ven a un negro en la calle, pero no es nada frecuente en esta selecta colonia residencial de las afueras y se preguntan cómo le habrá dejado entrar el permanente servicio de seguridad. El hombre ya está acostumbrado a esos recelos. Lo que le preocupa es su hijo, un chiquitín que se entretiene a solas arrojando guijarros al hoyo que acaba de hacer en la tierra. Su color es más claro que el del padre y en la graciosa carita, coronada por su cabello crespo, lucen ojos inteligentes concentrados en acertar con sus lanzamientos. Ni se le ocurre acercarse al grupo de niños blancos que juegan en la glorieta algo más allá. «Bien pronto ha aprendido a no intentar juntarse con ellos», piensa el padre con amargura. Pero aleja la idea, demasiado persistente en sus reflexiones, y vuelve su inquieta mirada hacia donde hace un rato ha entrado su mujer. Por encima del seto y la valla, que ocultan la planta baja, asoma un chalet con pretensiones. Sobre el banco está el periódico encontrado por la mañana en una papelera de la calle. Es de hoy y aunque el hombre no entiende bien todavía el español se sabe de memoria el anuncio leído horas antes por su mujer, con voz súbitamente animada: -«Se necesita matrimonio para criada y jornalero»... ¡Vamos a vedo! Jardinero, ¡ya lo creo! Él no ha hecho otra cosa en su vida que doblarse sobre la tierra, sembrar, escardar, recoger. Claro que allá son otros cultivos, pero las plantas crecen igual en todas partes... ¿Les darán el Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 1 - empleo? Se fuerza a tener esperanzas. Su mujer es mauritana, apenas morena, casi como esas filipinas o dominicanas que han visto por estas calles limpias y silenciosas. Además es agraciada y muy lista, sabe hablar bien... Pero ¿por qué tarda tanto? ¿Será eso buena señal?... Al menos no la han despedido en la misma puerta, como otras veces. De pronto advierte un ligero movimiento en el visillo de una de las ventanas. Sólo dura un instante; no alcanza a ver a la persona que ha movido el blanco lienzo. Pero sabe que alguien le ha mirado. Le han visto... Se le derrumba el corazón: ya no espera nada. El niño, como si se diera cuenta de todo, interrumpe el juego y mira inquieto a su padre. Se abre la puerta de la verja y sale la mujer. Una cabeza vencida, un paso titubeante. No dice nada al sentarse en el banco al Iado del hombre. Se nota su esfuerzo para no llorar y el niño se acerca temeroso, dejando caer los guijarros por entre sus dedos. El hombre toma la mano femenina entre las suyas, grandes, fuertes, de palma rosada bajo el negro dorso. -No lo comprendo -murmura la mujer- ... Parecían ya interesados... Todo iba bien... De pronto apareció por la escalera una señora mayor y cambió todo... No sé... El hombre oprime la mano temblorosa pero no explica lo sucedido: es lo de siempre. La madre sonríe al pequeño para tranquilizarle. -Han dicho que me mandarán recado pronto. -La casa es bonita, madre. El hombre calla. De pronto le ha caído encima todo lo que durante un rato se esforzó por olvidar. Todo: desde los meses de separación al lograr ella entrar en este país llamada por un pariente, mientras él ahorraba para venir con el niño, hasta los apuros más recientes, casi ya sin dinero, fracasando en todos sus intentos de encontrar trabajo. Lo último fueron esos cinturones de cuero que intentó vender, exponiéndolos sobre un trapo en el suelo de la calle: no interesaron a nadie. Acabará como otros, vendiendo droga. Hay que comer; no pueden seguir así. El sol está ya muy bajo y se siente frío. La chabola está al otro lado de la ciudad y llevan todo el día andando al hilo de los anuncios. El hombre se levanta y le vuelve el dolor de sus pies: le cansa más este asfalto que la tierra de allá. También le dolerán al niño. -Ven, Bdala; padre te va a llevar. Sube al chico sobre sus hombros y camina con la mujer al lado. Se colarán en el Metro sin pagar. En la estación cercana a la elegante colonia no habrá vigilante. «y aunque lo haya», piensa, ceñudo. Algo más adelante, en el pórtico de otro chalet, se alza un decorado árbol de Noel, iluminado con lucecitas intermitentes. Bdala ya ha visto otros, pero éste le llama la atención. -¿Por qué ponen eso? -Es su fiesta; la de ellos -contesta, áspero, el hombre. Pero la madre ve en eso una manera de distraer al niño, de alejarle cualquier pensamiento sombrío. Conoce la historia: la contaba el padre blanco cuando ella, sin saberlo su familia musulmana, acudía a la misión porque daban pan y chocolate. -Es en recuerdo de que hace muchos, muchos años, nació su Dios, ¿sabes? Sus padres andaban buscando un refugio donde el hijo les pudiera nacer, un albergue cualquiera, aunque fuese un pesebre, porque no tenían nada. Iban de un portal a otro, pidiendo ayuda, pero nadie los amparaba, no les abrían en ninguna casa. Hasta que.., Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 2 - -Entonces ¿iban como nosotros? La cándida pregunta infantil hace callar a la madre, clavándose en su corazón. Imposible hablar ahora de ángeles cantando y de pastores con ofrendas. Además aquella madre del cuento viajaba al menos en un asno... -Sí, hijo. Como nosotros. El padre no dice nada. Ya se divisa la boca del Metro, allá al fondo del paseo. «Al menos que no haya vigilantes)), piensa. Jose Luis Sanpedro publicado en “Érase una vez la Paz”

1. Introducción La educación secundaria obligatoria tiene una función formativa y propedéutica, prepara al alumno para la incorporación al mundo de los adultos, por ello se hace necesario facilitar al alumno de herramientas e instrumentos que faciliten esa transición. Esta unidad didáctica se plantea para materia optativa de 4º ESO Transición a la vida adulta tiene como objetivo fundamental dotar al alumno de instrumentos que faciliten la adaptación a los cambios que él va a experimentar en los próximos años. Se trata de que el alumno conozca las herramientas necesarias para la incorporación bien sea al mundo laboral bien a los estudios superiores pero también y sobre todo de que se desarrolle como persona favoreciendo su autonomía y creando situaciones en las que muestre su pensamiento crítico. La lectura comprensiva y crítica entendemos que ha de impartirse desde todas las áreas de conocimiento. La comprensión de textos constituye un pilar básico del proceso de enseñanza-aprendizaje. Esta comprensión no ha de limitarse a una mera representación mental del texto, la lectura ha de favorecer el pensamiento crítico y por lo tanto la formación de juicios y opiniones, contribuiremos así al desarrollo del pensamiento lógico formal y a la reflexión, tan necesarios para la formación como personas. 2.- JUSTIFICACIÓN Hemos elegido este texto por varios motivos: -Se trata de un cuento literario escrito por Jose Luis Sampedro y publicado en una antología de cuentos (Érase una vez la Paz ed. Planeta 1991). Esto implica que de este modo: ƒ Los alumnos conocen la obra de un autor de reconocido prestigio del cual tienen como lectura obligatoria en el tercer trimestre La sonrisa etrusca. Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 3 - ƒ El texto nos ofrece un modelo de corrección lingüística y de expresión artística. ƒ El hecho de que esté publicado junto a otros relatos cuyo fin es la defensa de la paz nos ofrece la posibilidad de que el alumno se acerque aunque sólo sea por curiosidad a otros relatos. - Por otro lado desde la perspectiva del contenido, el texto contribuye doblemente: ƒ Por un lado nos muestra una realidad social: los problemas que supone el adaptarse a una nueva sociedad, las dificultades en la búsqueda de empleo. ƒ Nos ofrece una situación ficticia pero que refleja muy claramente el problema real de la inmigración, y la posibilidad de tratar temas transversales como: educación para la paz, para la convivencia, el respeto a cualquier etnia, raza, la interculturalidad. 3.- PROGRAMACIÓN DIDÁCTICA 3.1 - Objetivos 1. Lectura de textos literarios como fuente de información, de enriquecimiento personal, placer estético y modelo de expresión artística y corrección lingüística. 2. Comprender los significados implícitos de un texto realizando las inferencias oportunas. 3. Sintetizar el contenido de un texto y expresarlo por escrito, determinar el tema las ideas principales y las secundarias. 4. Realizar intervenciones orales respetando las reglas del intercambio comunicativo. (Los turnos de palabra) 5. Expresar juicios y opiniones sobre el contenido de lo leído desarrollando el pensamiento crítico. 6. Utilizar las fuentes de información como medio de documentación previo a la elaboración de un trabajo. 7. Utilizar las fases del proceso de composición para la realización de textos escritos. 8. Conocer la situación de los distintos países de procedencia de las principales masas migratorias que acuden a nuestro país. 9. Conocer los pasos que hay que llevar a cabo para la búsqueda de empleo, en concreto la entrevista. 10. Desarrollar actitudes críticas ante cualquier tipo de discriminación. Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 4 - 11. Respetar las opiniones ajenas 3.2 - Contenidos 1. Técnicas para la comprensión de textos narrativos: ƒ Diferencias entre historia y narración, ƒ Esquema de acciones o sucesos, identificación del narrador. ƒ La utilización del diccionario como herramienta para la comprensión. ƒ El resumen de un texto narrativo ƒ Extraer información implícita. 2. Principales aspectos sociales y económicos de países de procedencia de inmigrantes. 3. Situación de la España actual. Consecuencias de las diferencias y desigualdades económicas y sociales. 4. La búsqueda de empleo: la entrevista. El principio de cortesía en las normas que regulan el intercambio comunicativo. 5. Manejo de las fuentes de información como medio de documentación previo a la elaboración de un trabajo. 6. El proceso de composición de un texto (el diario), planificación, revisión, el borrador, la redacción final. 3.3 – Criterios de Evaluación 1. Extraer la idea principal y las ideas secundarias de un texto. Determinar el tema. 2. Realizar por escrito el resumen de un texto 3. Extraer la estructura de del relato, diferenciando los elementos de la acción e historia, su orden cronológico. 4. Manifestar una conducta adecuada en la realización de actividades orales, respetando los turnos de palabra y las opiniones ajenas 5. Seleccionar las fuentes de información adecuadas para la búsqueda de contenidos 6. Elaboración de textos escritos propios siguiendo las fases del proceso de composición y respetando los principios de adecuación coherencia, cohesión, y corrección. Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 5 - 7. Valorar el texto literario como cauce para la expresión de ideas, como fuente de enriquecimiento personal. 3.4.- Metodología La metodología intenta ser fundamentalmente práctica y sigue los principios metodológicos de todo proceso de enseñanza aprendizaje. Se favorecerá la construcción de de aprendizajes significativos buscando la funcionalidad de los contenidos: texto que relata una situación social próxima en el tiempo, de un autor conocido y del que leerán una novela, recreación de situaciones reales en las que el alumno asume distintos roles. Se combinan actividades grupales e individuales posibilitando así tanto la autonomía como el trabajo cooperativo. El debate como actividad de expresión oral favorece la participación y el análisis de los hechos desde distintos puntos de vista. El texto es el eje central de la unidad, nos ofrece múltiples posibilidades de explotación: la abstracción de ideas, la producción de textos orales y escritos, el análisis del relato, desarrollo de estrategias de comprensión y de producción, todas ellas encaminadas a desarrollar la competencia comunicativa y ampliar su visión del mundo. 4.- ACTIVIDADES 1. En la sesión previa se les entrega el texto al alumno para que realice una lectura individual en casa, busque aquellos términos que no entienda y se plantee preguntas y dudas sobre la comprensión del texto. 2. En la siguiente sesión se realiza una lectura en voz alta por un alumno voluntario o designado por el profesor. Seguidamente se resuelven las dudas y preguntas que los alumnos traen preparadas. 3. A continuación se desarrollan una serie de actividades para asegurar la comprensión: a) Los alumnos realizan un esquema de la narración: extrayendo los sucesos, esta actividad es un paso previo para la realización del resumen. El relato nos muestra elipsis, saltos hacia atrás; se trata de que el alumno ordene cronológicamente la historia y a partir de ahí realice el resumen. b) Se realizan preguntas concretas que versarán tanto sobre los contenidos implícitos en el relato como sobre el significado de algunas expresiones: - ¿Qué conocemos sobre el pasado de los personajes? Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 6 - - ¿Por qué el autor lo subtitula Cuento de navidad? - Explica el sentido de la siguiente afirmación en relación cono la historia: “…Su mujer es mauritana, apenas morena, casi como esas filipinas o dominicanas que han visto por estas calles limpias y silenciosas” - A lo largo del relato se rastrean diferencias entre dos modos de vida, dos sociedades. Explica esas diferencias. - Averigua qué quiere decir el protagonista cuando refiriéndose a su hijo comenta: “Bien pronto ha aprendido a no intentar juntarse con ellos. - ¿Qué crees que ha pasado en la casa, para que la mujer diga: “Todo iba bien…de pronto apareció por la escalera una señora mayor y cambió todo…No sé…” - ¿sabemos dónde viven los protagonistas? Explícalo - En el relato se establece una analogía con un hecho religioso. Explica qué se compara. c) Determinar el tema del relato 4. Actividades de expresión: con este bloque de actividades pretendemos que una vez que el alumno ha construido su imagen mental del texto, elabore sus propias producciones verbales poniendo en práctica estrategias de producción: elaboración de un plan previo, el borrador, corrección y la redacción final. Proponemos las siguientes actividades a) Los alumnos por parejas preparan una entrevista de trabajo que primero realizarán por escrito y posteriormente realizarán de manera oral en clase,, para lo cual cada uno deberá adoptar un papel (entrevistador- entrevistado) se trata de que reproduzcan la situación ficticia que aparece implícita en el texto. b) En la actividad anterior se pretende que el alumno se ponga en el lugar de otro y sea capaz de comprender situaciones y pensamientos ajenos. Con esta actividad el alumno desarrollará la capacidad empática y la expresión escrita. Cada alumno deberá realizar por escrito un diario, en primera persona narrará de modo ordenado la experiencia de un emigrante su periplo por un país desconocido. Podrán tomar como referencia la historia narrada en el relato o bien crear un personaje distinto. Se pueden seleccionar noticias sobre sucesos ocurridos a emigrantes y a partir de ahí crear un personaje. A cada alumno se le entregará una ficha con las pautas que debe seguir para la redacción: - Elaboración del personaje: Como ahora (cuento de navidad) (ESO) - 7 - ƒ Procedencia ƒ Edad ƒ Situación anterior ƒ Razones por las que abandonó su país - El viaje cómo llega a ese país (en patera, como turista y decide quedarse, con papeles y trabajo…) - Contraste de culturas, problemática que genera. - Valoración del cambio. ¿Merece la pena o no? Para desarrollar esta actividad el alumno deberá documentarse y por lo tanto recurrir a otras fuentes de información donde se recogerá información sobre el país de procedencia: localización geográfica, situación actual, economía. 5.- VALORACIÓN Con la lectura de este relato en la materia optativa Transición a la vida adulta hemos pretendido sensibilizar al alumno con un hecho social que le es cercano, -al centro acuden inmigrantes de distintas procedencias-, y que se ha intensificado en los últimos años. El conocimiento de distintas realidades sociales proporcionará al alumno una visión más amplia y una nueva perspectiva en el análisis de hechos, situaciones, en las que se verá inmerso en un futuro. Uno de los principales objetivos de la ESO es la comprensión y producción de textos ya sean literarios o no. Entendemos que esta tarea no debe ser exclusiva del área de Lengua, es más, ni tan siquiera el uso de textos literarios debe limitarse a esta área, y así lo hemos pretendido al planificar esta unidad. Somos conscientes del esfuerzo que esto requiere por parte de toda la comunidad educativa, supone una ardua tarea en la que todos debemos tomar parte.

# [Sobre la absoluta necesidad del relato: "FRANZ KAFKA Y LA NIÑA", por Joseba Sarrionandía / "Cuéntame un cuento", CELTAS CORTOS](http://dueloliterae.blogspot.com/2013/02/sobre-la-absoluta-necesidad-del-relato.html)

Según Azorín todos necesitamos un ideal para darle un sentido  a nuestras vidas, una aspiración... algo por lo que luchar, sea lo que sea, bastón, justicia, amor, igualdad,  reconocimiento, cansancio agradecido... da igual, algo...

*"¡Qué importa bastón, ideas o luz! En el fondo, todo es un ideal. Y la vida, que es triste, que es monótona, necesita, querido Sarrió, un ideal que la haga llevadera: justicia, amor, belleza, o sencillamente un bastón con una chapa de plata." ([Paperback Writer, The Beatles... y Azorín](http://dueloliterae.blogspot.com.es/2013/02/necesito-un-trabajo.html))*

Podríamos añadir, además, que hay otra cosa de la cual es imposible prescindir: siempre necesitamos que alguien nos siga contando un cuento. Estamos hechos de palabras, de historias, y, por tanto, la ficción, el relato, nos alimentan amables para que podamos seguir respirando, para restañar la herida, la pérdida constante que supone vivir.

Que nunca calle esa voz, que no termine ese cuento...

  

*Imagínate a Franz Kafka en una calle de Praga. No, no es Praga, es otra ciudad. Imagínatelo en una calle de Berlín. En el noviembre de 1923, él y Dora Dymant cambiaron de casa –Grunewaldstrass, 13- y alquilaron dos habitaciones en casa de un médico. Imagínate a aquel escritor, afectado ya por la tuberculosis, paseando por la calle en una tarde nublada y tranquila. Una niña llora en la acera. Franz Kafka se acerca a la niña, que oculta su cara bajo mechones pelirrojos. Llora porque ha perdido su muñeca.*

*-No, no se ha perdido –le dice Franz Kafka. Que no se ha perdido, que no llore, que la muñeca ha tenido que marcharse de viaje y que no se ha despedido de ella porque los adioses son tristes.*



*-Hace poco me he encontrado con tu muñeca –dice Franz Kafka-, a la salida de la ciudad. Y me ha dicho que te ha escrito. Imagínate a la niña secándose las lágrimas con las manitas. La niña, desde la profundidad de sus ojos azules, mira al hombre moreno, al extraño mensajero.*

*El mensajero, Franz Kafka, sube calle arriba con su traje negro y paso lento, para perderse, como el más misterioso de los mensajeros, tras la esquina de la calle. La niña, durante las semanas siguientes, recibió las cartas de la muñeca, en las que le contaba un viaje extraordinario, cada vez desde más lejos.*

# El niño y el perro

Otros

Guardar

Enviar por correo

Imprimir

[**MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN**](http://elpais.com/autor/manuel_vazquez_montalban/a/)

[21 ABR 1987](http://elpais.com/tag/fecha/19870421)

Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939) ha escrito libros de poesía, ensayos políticos y novelas. Su personaje más conocido -Pepe Carvalho- podría considerarse como una contrafigura del autor. El pragmatismo un tanto cínico de aquél contrasta con la exigencia ética permanente de su creador. La obra de Vázquez Montalbán permanece siempre en intenso contacto con la realidad. Pero no como fotografía, sino como objeto sobre el que aplicar la energía de una visión específica. El relato que hoy nos ofrece reúne todas estas características y las acentúa con un fondo hiperrealista que da pie a un sarcasmo sangrante.

Por aquellos días, el ministro de Industria afirmó que el balance de la reconversión industrial había sido positivo, en términos generales, y que era necesario asumir que el ajuste es un fenómeno permanente. La realidad industrial, aseguró el señor Croissier, se encuentra inmersa en un proceso de transformación que hoy, en este país, es un proceso acelerado. La postura inteligente y progresista no es frenarlo, sino, por el contrario, "aprovechar su empuje para situarnos de lleno entre los países más avanzados". El mensaje no tuvo cauces para llegar al niño no ya por la vía directa de la lectura -no sabía leer-, sino siquiera por la vía indirecta de la transmisión oral mediante parientes o amigos. Los parientes eran sombras intermitentes; la más constante tal vez, la de la madre, siempre entre dos borracheras o dos amores locos. Su madre era un largo silencio y, a veces, una mirada sorprendida porque él siguiera reapareciendo de tarde en tarde, como reclamando un tiempo y un espacio en su vida de mujer sin noción del espacio ni del tiempo. Los hijos mayores vagaban por los cuatro puntos cardinales del extrarradio de la ciudad y los dos más pequeños se orinaban mansamente en las esquinas del piso, diríase que lamiendo el mismo pedazo de pan que el día anterior o disputándose las tabletas de chocolate que el niño les llevaba de cuando en cuando. Eran unas tabletas conseguidas mediante un pacto con una tendera a la que había atracado con una navaja en la mano. "¿Cuántos años tienes?". "Siete". "Guárdate la navaja y te daré 1.000 pesetas". Luego llegaron al acuerdo de que pasara de tanto en tanto y siempre le caería algo, pero no dinero. "Dinero, no, que te lo gastarás en vicios". Y algún vicio tenía, perpetrado en sótanos abandonados a las aguas y a las ratas o entre las mamparas de antiguas fábricas y almacenes desguazados por las penúltimas epidemias de pobreza. Se pinchaba con la ayuda de El Supermanitas,un descuidero de 12 años que no teñía rival ni competencia en la barriada del Clot; pero el niño no estaba enganchado, sino que para él la jeringuilla era un juguete de horas bajas, cuando se sentía demasiado cansado de trotar por las calles de la ciudad desvalijando coches o atracando tiendecillas de poca monta; las más veces, regidas por viejas lentas que no sabían dónde tenían el grito ni los pies cuando veían la punta de la navaja como la prolongación de aquel cuerpo de culebrilla con los ojos algo turbios. Un espectador neutral -por ejemplo, el señor ministro de Industria o los responsables de que el Banco de España subiera por aquellos días el tipo de interés- habría dicho que el niño tenía un excelente aspecto de mendigo de película neorrealista, pero un tanto disminuido en su belleza cutre por aquellos ojos apagados, mal predispuestos a asumir las partes más estimulantes de la realidad. Será un mero recurso literario concluir diciendo que el niño tenía los ojos desencantados, así en la forma como en el fondo.Y en este punto coincidía con el perro. Es más, las desgracias del animal se habían iniciado el día en que los hijos de un inspector de seguros, el profesional más emergente de su escalera, aceptaron las críticas de su padre sobre los ojos del perro. No sólo no era de raza, sino que además tenía un ojo de cada color, y el inspector, cuando se cansaba de contemplar el televisor, inevitablemente se sentía atraído por la mirada del perrillo, cobijado en una esquina del living, y no podía reprimir un mohín de fastidio. "No me mires, Rusky", le ordenaba en tono airado, y el perro escondía la cabeza entre las patas para no ser visto y al mismo tiempo no verse en la obligación de asumir el desencanto que se generalizaba a su alrededor. Ya no era un cachorro, y a veces sentía la necesidad -muy de tarde en tarde, eso sí- de orinarse en una esquina de una alfombra pretendidamente turca que le recordaba los 20 metros de césped que el inspector cuidaba y recuidaba en su segunda vivienda, cuarta línea del mar en una urbanización con piscina, pista de tenis y club social donde jugar al mus y degustar paellas en verano y civets de jabalí en invierno. Por si faltara un motivo para romper el antiguo lazo de afecto entre la familia y el perro, el veterinario cobró 5.000 pesetas por quitarle un quiste sebáceo que le había salido en una pata, y no aseguró que otros quistes no aparecieran. Eso sí, benignos. Ya sólo restó convencer a los niños de que los perros son más felices en libertad que encarcelados en los pisos, y que con lo zalamero que era Rusky cuando quería, no tardaría en encontrar dueño. Y así fue liberado en un parque, apenas empujado para que saltara del coche, que partiría veloz nada más Rusky iniciara una carrera enloquecida en busca de la naturaleza ofrecida como un insospechado regalo de tarde de mayo. Había sido condición expresa del hijo pequeño que Rusky fuera abandonado cuando llegara el buen tiempo, porque era animal de escaso pelo y poca grasa, más bien friolero e incluso algo tímido.

Sobrevivió algún tiempo haciendo de Snoopy por las obras del mismo barrio en que lo abandonaron y aprendió a trepar sobre los poderosos cubos de basura de plástico, a derribarlos y seleccionar los escasos bocados que dejaba una ciudadanía educada en el principio de no desperdiciar la comida y apurar los huesos. Huesos sí había, pero tenía Rusky el hígado mal acondicionado para tan residual manjar, contra la sabiduría, evidentemente falsa y malintencionada, de que los huesos son la comida idónea para los perros. Sabiduría, como tantas, urdida por los hombres a lo largo de los siglos para quedarse con la mejor parte de la presa y además teorizar sobre la bondad de las sobras. Mal alimentado, deslucido, en plena crisis de la construcción y cojo por el atropello de un Peugeot 505 Turbo, Rusky se convirtió en un perro cansino, descarnado, maloliente y de aspecto ofensivo; un perro que ni siquiera inspiraba compasión entre las personas cansinas, descarnadas, malolientes y de aspecto ofensivo. Al contrario. Tal vez eran las más duras con él, y así, cuando se produjo el encuentro entre el perro y el niño, Rusky tuvo la intuición de que iba a ser agredido y se adelantó sabedor, por ciencia infusa, de que la mejor defensa es un ataque.

La mordedura quedó sobre la delgada pantorrilla del niño vagabundo como el beso cárdeno de la muerte. El Supermanitas le dijo que el perro podía estar rabioso y que había hecho una tontería no cogiéndolo y llevándolo al parque para que lo observaran. "Esos perros callejeros tienen muy mal morder y te puedes morir rabiando, que es muy mal morir". De la misma opinión fue su madre, acuciada entre dos ausencias por la demanda angustiada del niño. En cuanto vio la mordedura y supo la causa se puso a aullar como una plañidera premonitoria y convocó a la fantasmal vecindad para que juzgara por sus ojos. "Tienes que encontrar al perro. Vivo o muerto", fue el diagnóstico, y el niño volvió a la calle, esta vez no para ofrecer' bolígrafos o pañuelos de papel a los automovilistas atrapados en las redes de los semáforos, ni para tirar del bolso de las viejas o romper con una piedra los cristales laterales de los coches en busca de una radio digital o cualquier otro botín menos tecnológico. Esta vez buscaba obsesivamente al perro dando voces y referencias, en la confianza de que un perro tan asqueroso era de fácil localización y de difícil olvido. Fue decisiva en este punto la contribución de El Espumilla, así llamado porque, hablara o no hablara el muchacho, siempre tenía una puntilla de espuma entre los labios, lo que le había hecho perder más de un cliente en cuanto, tras el primer careo de la busca, el amante de ocasión entraba en detalles visuales. El Espumilla se pasaba el día recostado contra un farol al que a veces Rusky se acercaba para engañarse a sí mismo. No por ganas de mear, sino por fingir que aún era un perro con instinto y autoridad para marcar límites.

Fue El Espumilla quien le dijo que Rusky acababa de pasar por allí, y a las dos manzanas lo vio olisqueando una bola de papel de plata, por si llevaba en el alma algún resto de alimento desdeñado. Se acercó el niño con cien sigilos, pero no tantos como para que el animal no alzara la cabeza y le mirara con el ojo verde, mientras el azul seguía, mejor o peor, pendiente del posible tesoro. Y aunque el niño puso voz de concordia cuando le llamó y fingimiento de oferta en la mano tendida, Rusky retrocedió, y se iba a echar a correr acera arriba cuando vio venir la patada de El Espumilla, y para eludirla se metió en un portal que no tenía más salida que la escalera alzada ante su estatura de huesos y pellejos deslucidos. Renqueante, se fue escalera arriba, olisqueando nuevas cotas o volviendo la cabeza para comprobar el pertinaz seguimiento del niño y de El Espumilla. Y así hasta que llegó al último rellano y ofreció a sus perseguidores su entrega de animal débil, una desesperada parodia de Snoopy que en el pasado le había permitido cosechar algunas ternuras y bocados extras. Con el lomo en el suelo, patas arriba y la cabeza ladeada para ofrecer el cuello, mientras la cola iba de este a oeste, dubitativa del peor de los puntos cardinales, o no vio o no quiso ver la navaja en una mano del niño, mientras con la otra apartaba a El Espumilla."Déjamelo, es cosa mía". Y le clavó dos puñaladas en el cuello, y cuando el perro saltó como si quisiera colgarse de su propio aullido de muerte, otras dos puñaladas le cosieron el cuerpo, y otras dos y cuatro finales que ya sólo sirvieron para facilitar la sangría, mientras la cabeza puntiaguda se movía como la aguja de una brújula y los dientes asomaban fingiendo una ferocidad póstuma.

El niño metió a su presa en una bolsa de basura y la llevó para que la analizaran por si había posibilidad de rabia. Rusky tenía una cirrosis galopante, pero no la rabia. El niño volvió a sus calles y a nuestros descuidos y el perro sirvió de alimento a un tigre del zoológico, del que se asegura que, a pesar de haber nacido en cautividad, a veces ruge con acento del Punjab, patria remota de sus ancestros. En cuanto al señor Croissier, ministro de Industria, declaraba en el Club Siglo XXI que la necesidad de subirnos al tren de la revolución tecnológica era una idea sencilla, Pero que debía ser considerada con detenimiento por los agentes sociales, y, por su parte, el Banco de España volvió a elevar ayer el precio del dinero que presta a las instituciones financieras, bancos y cajas de ahorro, como continuación de su política de restringir la cantidad de dinero en circulación para poder alcanzar lo más pronto posible los objetivos de crecimiento monetario fijados para este año.

\* Este articulo apareció en la edición impresa del Martes, 21 de abril de 1987